

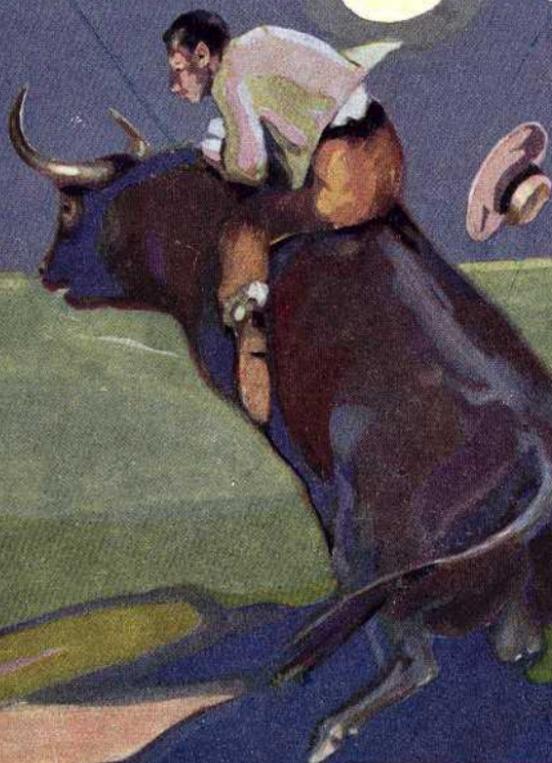




JOSE MAS

LUNA Y SOL DE MARISMA

NOVELA



PRIMERA EDICIÓN

EDITORIAL PUEYO, S. L. * MADRID

LUNA Y SOL DE MARISMA

Obras de JOSE MAS

CUENTOS:

Alma y materia (agotada).

Narraciones misteriosas (4.^a edición; traducida al italiano, al alemán y al holandés).

Narraciones trágicas (traducida al italiano, al alemán, al holandés y al portugués).

LAS NOVELAS DE LA MUJER:

Soledad (agotada, y en prensa; traducida al italiano y al portugués).

Sacrificio (agotada, y en prensa).

Esperanza (agotada, y en prensa).

LAS NOVELAS SEVILLANAS:

La bruja (4.^a edición; traducida al alemán y al portugués).

La estrella de la Giralda (4.^a edición; traducida al alemán y al portugués).

La orgía (7.^a edición; traducida al italiano y al portugués).

Por las aguas del río (4.^a edición; traducida al portugués).

Hampa y miseria (5.^a edición; traducida al alemán).

La locura de un erudito (novela-museo en dos tomos).

LAS NOVELAS DE CASTILLA:

El rastrero.

LAS NOVELAS ALUCINANTES:

El baile de los espectros (agotada, y en prensa la 5.^a edición).

Los sueños de un morfinómano (5.^a ed.; traducida al italiano).

La huida (traducida al italiano).

VIAJES:

En el país de los bubis (en prensa la segunda edición, corregida y aumentada, y con un hermoso prólogo de D. Miguel de Unamuno).

LAS NOVELAS EXOTICAS:

La piedra de fuego (en prensa la segunda edición; traducida al alemán y al italiano).

TRADUCCION:

Batuala (novela del negro Renato Marán; premiada por la Academia Goncourt. Lleva un extenso prefacio y notas aclaratorias en el texto).

CRITICA:

Blasco Ibáñez y la jauría (el libro de crítica literaria más difundido en España: 50.000 ejemplares).

LAS NOVELAS DE GALICIA:

La costa de la muerte (en prensa la tercera edición).

LAS NOVELAS DEL CAMPO ANDALUZ:

Luna y sol de marisma.

EN ESTUDIO:

LAS NOVELAS DOCENTES:

Yo soy honrada, caballero.

JOSÉ MAS

LUNA Y SOL
DE MARISMA

NOVELA

PRIMERA EDICIÓN

EDITORIAL PUEYO, S. L.
ARENAL, 6.—MADRID

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Quedan reservados todos los derechos de reproducción y traducción.

Copyright by JOSE MAS, 1930.

PARA

ANDRES MARTINEZ DE LEON

EL SEVILLANÍSIMO E INIMITABLE
ARTISTA, CON UN ABRAZO DE SU
AMIGO Y PAISANO

JOSE MAS

Madrid, 1929.

UNA NOCHE DE DICIEMBRE EN LA MARISMA...

¿QUÉ podría ser aquello? ¿Una estepa, un desierto, una landa, un yermo, una llanura, un páramo, una planicie o un arenal? La tierra rasa, convertida en una inmensa circunferencia, se confundía con la bóveda de un cielo violeta y purísimo. No había luna; pero las estrellas fulgían tan nítidamente sobre la curva escarolada del espacio, que una claridad suave hacía menos tenebroso el camino de aquellas dos sombras humanas, perdidas en la noche.

—¡No vamos bien, Guadalupe, no vamos bien! ¡Este mardito campo de las marismas se me resiste siempre! ¡Y pensar que podíamos haber yegao a La Puebla a boca de ponerse el so!

—¡Qué hemos de jacerle, Grabié! ¡Resirna-ción! Más pasó Nuestro Señor Jesucristo cuando lo vendió Júas. Clava las estacas y arma el chozo, que la vereíta a ca paso se vuelve más blanda y más enguachasná.

—¿Y er churumbé, no pasará frío?

—No tengas cudiao, que va contra mi pecho; y ya sabes que mientras me quee vía tengo yo caló pa el hijo de mis entrañas.

—Sigamos un poco, a ve si rastreamos siquiera la lu de un caserío.

En silencio ya, continuaron la marcha estas dos sombras. A veces, los pies chapoteaban en los charcos. Hojas aceradas parecían de lejos los regajos y los lapachares del terreno pantanoso. Monorrítmicamente se oía el croar de los batracios. Y en el inmenso tablero redondo de la nava misteriosa no se distinguía ni un álamo, ni una chumbera, ni un acebuche, ni una pita, ni un eucalipto, ni una encina, ni un aliso. Mujer y hombre, desorientados por completo, íbanse internando en la marisma. Lo demostraba que a cada paso de avance veían en mayor profusión lucios y albinas.

—Sigue por esa veta y no la dejes, que es el único terreno alto.

—Yo no pueo más, Grabié; los pies se me quean clavaos en la pergeña como si hubiera resina.

—¡Mardito barro marismeño! Pero ¿es que vamos a tené que acampá aquí como los patos, Guadalupe?

Mientras la hembra apretaba convulsa contra su pecho a un niño de pañales que llevaba en los brazos, el hombre, encorvado por el peso de un lío de ropas y de unos palos, es decir, con los bártulos del hogar a cuestras, seguía la marcha; pero a cada instante con más lentitud.

—Vamos a esperá a que yegue er día, Grabié; mira que estamos perdíos en este laberinto.

—¡Ties razón, Guadalupe, ties razón! Hay

que pararse; pero deja que sigamos entoavía una mijiya. Tengamos pacencia, y aguardemos un peaso de terreniyo más alto, un toruño pa podé pasá la noche en seco. Mira que aquí corremos el peligro de convertirnos en arbures.

Sonrió la mujer; a pesar de las penalidades sufridas, divertíase con las frases de su hombre. Al gitano no se le iba nunca el buen humor. Era la única riqueza de que disponían en aquella vida andariega y llevada con resignación apostólica desde hacía muchos años. La mujer dedicábase a confeccionar canastas con los mimbres que podían atrapar en las márgenes del Guadalquivir. Y así iban siempre de pueblo en pueblo, de aldeílla en aldeílla y de cortijo en cortijo. Ella era joven, de canela la carne y de ojos negros. El no había pasado de los treinta años, y era ojizarco y con la piel bronceada de tan oscura y brillante. El niño, que no había sido aún inscrito en ningún Registro civil ni bautizado en ninguna parroquia, cumplía aquella noche de diciembre dos meses. Y, como a Cristo, su madre le trajo al mundo en un establo, y fué su primer lecho un pesebre. Y para que el parecido bíblico se completara, en la cuadra de aquel rancho marismeño había además una mula y un buey. Pero la mula, coja y sarnosa, y el buey, viejo y ciego. ¡Una desdicha! Ahora dirigíanse a La Puebla para pasar una semana de descanso y comerse alegremente los cuartos que habían ahorrado durante su última correría por los caseríos ribereños. Engañados por la artera

celada que les había tendido la noche, en vez de tomar el camino del burgo, íbanse internando en las tierras más bajas.

La luna, aterida, fría, un poco verdosa, como la penca oval de una chumbera, asomó, al fin, sobre la pelusa morada del espacio, e iluminó el paisaje. Todo se llenó entonces de matices espectrales. Sudarios eran las albinas y los lucios. Pupilas vacías, como cuencas trágicas, los regajos y lapachares. Fantásticas guadañas los esteros, los canales y los vados. Cadáveres negros e hinchadísimos los toruños. Un panorama desolado, tétrico, fúnebre, que traía a la imaginación, atormentada por tenebrosos pensamientos, la angustiosa perspectiva de las regiones árticas. Hacía, además, frío, mucho frío, en esta madrugada del mes de diciembre. Habíase desvanecido la Andalucía tibia, dulce y deliciosa como un fruto en sazón. La visión era agria, dura, gris, norteña en suma. Lo meridional desaparecía entre los velos blancos de la noche y el acero empañado y mortecino del agua cenagosa. Lejano y muy débil, como enfermo, y arropado en el viento salobre que se extendía silencioso por la llanura inexorable, se oía de vez en cuando el bramido de un toro.

—Tuviera gracia que sin darnos cuenta nos hubiésemos metío en un cerrao.

—No me seas agorera, Guadalupe. Ondivé sabe que hoy no es marte ni trece. Además ese mugío viene de muy lejos. Es er mardito viento, que sumba y nos trae er berrío en las oleás.

—Así sea, para bien de toos.

—Fíjate, Guadalupe. Por aquí no se ven ni *carcagüesos* (1).

La mujer, ya menos intranquila, continuó de nuevo su marcha detrás del hombre, que se tambaleaba como un borracho, por el peso de su carga y por el barro, blando y pegajoso, que se adhería a sus pies.

Aún intentó el gitano, con sus ojos despiertos, de nómada, penetrar en el misterio de las sombras. Inútil porfía. La tierra, rasa, húmeda, cortada a trechos por los cuchillos y las hoces del agua cenagosa, seguía extendiéndose a su vista hasta un horizonte insospechado, pues confundíase allá lejos en una línea morada.

—¡Mira, mira; ahí, en ese repechiyo, podemos levantá er chozo!—advirtió de súbito la hembra ante el inesperado encuentro, y gozosa añadió:

—¿Ves?, ni se junden los pies ni se pegan las alpargatas. Hay que descansar aquí. Ni tú ni yo podemos aguantá esta vía crucis. Estamos ya estronchaítos, Grabié, estronchaítos. Hagamos alto ahí y que la Divina Providencia tenga piedá de nosotros.

Avizoraron bien los *sacáis* de la gitana canastera. El terreno aupábase ahora hasta formar una especie de minúsculo alcor en la planicie infinita,

(1) Señales que dejan en la tierra blanda las pesuñas del ganado vacuno. Cuando el sol seca el barro, quedan allí calcadas las huellas con toda perfección.

embarrizada por unos lados, encharcada por otros, y a veces con manchones de una rara estructura, donde formábanse ondas que a la luz de la luna se rizaban, como las de un lago o de una ría.

El viento, a medida que avanzaba la noche, era más frío y más cortante. Alguna vez habrían de tener razón las mujeres. Y el gitano echó a tierra su carga, y se dispuso a levantar el frágil cobijo en la colinilla leve y diminuta.

—En seco vamos a está, Grabié; pero esto es tan chico que parece un embuste.

—No te quejes, Guadalupe. Aquí, por lo pronto, no nos yegaré la humidá adonde tú sabes, ni chapalearemos esmorecíos. Argo es argo. Y Dios aprieta, pero no ajoga.

Aparte de aquel monótono y obsesionante croar, el silencio en la llanura desmantelada e inhóspita era completo. Había cesado también aquel bramido lejano del toro, rey de los campos marismeños, y no se oía ni el vuelo de un murcié-lago. Ahora, a pausas cortas, venía de no se sabe dónde el lamento tétrico y fúnebre de las lechuzas, de las zumallas y de las cornejas.

Tal vez no estuviesen muy distanciados del caserío de algún cortijo; pero no se veía ninguna luz que sirviese de brújula. Y en estas condiciones, continuar la marcha era una imprudencia.

Mientras la gitana sentábase en el suelo para dar más decansadamente el pecho a la criaturita, el hombre clavaba con fuerza dos estacas en la blandura de la tierra, no seca del todo, a pesar

de su elevación sobre la rasante de la estepa marismeña, y se disponía a cubrir estos palos con una arpillera de grandes dimensiones que servía-les de toldo cuando tenían que detenerse como ahora, sin ningún abrigadero natural para defenderse del sol, de la lluvia y del frío.

En esta circunferencia colosal de la vasta llanura, el tenderete levantado sobre el montículo era como una arruguita o como un pellizco hecho misteriosamente en la tierra por una mano oculta. La burda tela que servía de toldo sobre los palos hincados en el suelo, en la amplitud majestuosa del páramo, sugería la imagen de una banderita plegada, y colocada allí como señal y demanda de auxilio de unos fantásticos exploradores.

Dentro de aquella especie de cubilete, tosco y frágil, tendieron una manta. La hembra, ya más tranquila, y creyéndose segura en aquel cobijo, sacó sin cuidado del leve juboncillo uno de sus pechos, de afresado pezón, y el nene pudo entonces mamar a sus anchas. Después lo fué arrullando para que se durmiese. El gitano se tendió al lado de su compañera, y, rendido de cansancio, cerró los ojos.

* * *

A media noche, la mujer se despertó sobresaltada. ¿Qué ocurría? Alguien zarandeaba con fuerza el tenderete. Un ruido algo extraño, porque parecía como si intentasen torcer las estacas empotradas en el suelo.

—¡Grabié, Grabié, espabílate! ¡Mira que la casa se nos viene abajo!

Todavía enredado en las mallas del sueño, el hombre replicó burlón y sin incorporarse:

—Guadalupe, hija mía; deja que se nos caiga el palacio. Yo creo que pocos chichones nos pueden jase los tabiques.

—¡Levántate, hombre, levántate! ¡Mira que arguien hurga en los postes!

El gitano entonces irguió medio cuerpo, y sentado ahora prestó oídos. Sí que era raro aquello. Se bamboleaba el toldo, sin la menor ráfaga de viento, y además sentíase como si una persona se entretuviese en frotar con fuerza un papel de lija en una de las estacas.

—¡Por tus muertos, caya, Guadalupe, que por una rendija de la arpillera voy a ve lo que pasa!

Silencioso el hombre, arrastróse por el suelo del mísero refugio hacia la parte donde se oía con más intensidad aquel ruido. Tembloroso, pegó el rostro en la tierra, y levemente, como si tirase de un papel fino o de una gasa sutil, levantó un pico de la arpillera. ¡No pudo ahogar la exclamación de angustia y de espanto!

—¡Dios mío, Dios mío!

Y de pronto cesó aquel chirrido de sierra, y luego, como un alud, como un vendaval, que lanzó a los aires todo lo que había dentro de aquella rústica tienda de campaña. Ayes de dolor, gritos pavorosos. Luego, en la llanura se recortó como la silueta de un monstruo que huía chapoteando en

los cenagales. Y, por último, un silencio hondo, grave, agobiador, bajo esta paz que, por irónico contraste, descendía del cielo y extendíase nuevamente sobre el yermo, enigmático e inacabable.

* * *

David, uno de los vaqueros del cortijo y de la dehesa La Albina, dió varias vueltas en su jergón de paja, y, nervioso, tornó a sentarse sobre el modestísimo lecho.

—Esos bramíos me escaman.

Después continuó el soliloquio en estos términos:

—Me parece, Daví, que si quies cumplí como vaquero castiso vas a tené que ensiyá la torda y enterarte de lo que ventean esos toros. ¡Ná, que siguen los mugíos!

Encendió su candil de garabato, que colgaba del soporté central de la choza, y se dispuso a vestirse. La cabaña era amplia. Tenía pulcramente encaladas sus paredes, y había un muro medianero que daba paso a un establo pequeñito, albergue de la jaca, auxiliar imprescindible del vaquero en todas sus faenas por los distintos cerrados de las reses bravas.

Abrió un ventanillo, y una bocanada de aire frío hizo vacilar y retorcerse a la llamita violácea del candil. Aún no era de día; pero allá lejos, en la línea del horizonte, una mancha violeta iba tomando por los bordes un matiz rosado.

Continuaban los bramidos. Muy práctico, pues le habían salido los dientes en las dehesas y llevaba ya cinco lustros de vaquero en La Albina, sabía David que algo extraordinario pasaba. De noche, y en invierno, mugían los toros raramente. Y menos de aquella forma. Algo ocurría para que estuvieran tan "desasosegaos".

Fué en busca de la jaca, que ya impaciente y nerviosa mordía la madera del pesebre; la ensilló en unos segundos, se ató a la cintura la honda, empuñó la garrocha, dió un brinco, agachóse luego sobre la caballería, para pasar de la puertecilla de la cuadra al exterior; se arrebujo en la manta, y ya ante el misterioso paisaje marismeño se orientó hacia donde sonaban los bramidos.

El minúsculo jinete, en el inmenso llano a trechos anegado y a trechos seco, era una piececilla de ajedrez en aquel enorme tablero; algo tan nimio, tan pequeño y liviano en el dilatado panorama como un insecto en las grandes vitrinas de un museo de Historia Natural.

Apuntaba el alba. El morado del cielo iba poco a poco levantándose como un velo. Por Oriente se veían pinceladas carmíneas y brochazos azulinos. La luna no teñía ya de acero empañado los regajos ni los tremedales. En el páramo inexorable y en los sitios en que el agua corría zigzagueando como un arroyuelo, extendíanse fajas verdes: eran los juncales de la marisma, amantes del frío y de la lluvia del invierno.

El muñequillo, erguido en su jaquita, seguía su

marcha lenta, resbaladiza, difícil, porque las patas del animalito a veces se hundían hasta los corvejones en los charcos.

—Más viva, y al cerrao de los cuatroños, que se nos jase tarde.

A las frases del vaquero, la jaquita torda, de piel fina, suave y a manchitas, apretó el paso y enderezó las orejas. Hubo luego una parada ante uno de los portillos. Desmontó David para quitar los palos atravesados que impedían la entrada, y de nuevo sobre la cabalgadura, seguía ahora el vaquerizo su camino, pero con más precaución. Era este cerrado el más peligroso de la dehesa, pues allí estaban los toros que habían cumplido ya los cuatro años. Fieras dispuestas para la lidia, y que de un mes a otro serían contratadas para jugarse en los más célebres ruedos españoles. Continuó David su ruta por el cerrado solitario. ¿Y los toros? Cuidadosamente, para no cortarles la querencia, se arrimó a la valla de alambre. A contraluz, los *jincos*, unos más altos, otros más bajos, y la mayoría torcidos, parecían una procesión de palotes en la plana de un niño travieso y desaplicado. ¡Sí, sí! ¡Allí cerca estaban los toros! Eran los borrones de esta plana de caligrafía infantil y desastrosa.

El vaquero detuvo nuevamente a la jaca, tirándole con energía de las riendas.

—¡Eh, cuatroño!

Así le hablaba, sin temores y firme sobre su cabalgadura, a uno de aquellos animales, que se le

había encampanado a poca distancia y le miraba retador.

—¡Fuera, *Notario!*

El cornúpeto miró con indiferencia a la figurilla ecuestre, y levantando el rabo le presentó los cuartos traseros; luego, con lentitud, muy despacio, con majestuosidad de soberano que no se preocupa de nimiedades ni de hacer frente a la provocación palabrera de un súbdito idiota, se fué alejando despreocupadamente hacia su querencia.

—Si me voy por la otra parte, me coge el muy ladrón. Ese colorao se las trae emboteyás.

Así monologaba el viejo guarda, mientras a cada instante con más recelo exploraba las matas de meleras, guardando con todo respeto, la distancia cuando surgía el *jechío* de alguna res.

Ya iban apareciendo los temibles habitantes del cerrado: un cortijano pajizo, que se apencaba al lado de la gavia; otro, salinero claro y astifino, que se alejaba careando, y dos negros, de muchas arrobos y de cuernos acaramelados, que se distraían haciendo el escudo. De pronto la mirada sagaz del vaquero detúvose intranquila en uno de los portillos que comunicaban con la vereda de la carne. ¿Qué ocurría? Las traviesas de la escalerilla veíanse en el suelo astilladas y rotas, el paso libre, y allá fuera, en medio de la senda, el toro retinto que tantos disgustos le había dado ya, y más lejos, en lo alto de una veta de tierra oscura, el suelo removido y bultos sospechosos, como si hubiese allí gente acampada.

Volvió grupas el viejo guarda, con el fin de introducirse en la vereda de la carne por otro portillo y evitar de este modo cortarle la querencia al retinto. Después, con la ayuda de una piedra lanzada al cuerno izquierdo, logró que el bicho tornase al cerrado. Entonces se apeó de la jaca y colocó las tornapuntas en los dos huecos de la valla. Ya sin aquel terrible enemigo que pudiera cortarle la salida, montó de nuevo en la torda y dirigióse al sitio misterioso donde la tierra formaba una pequeña plataforma. Quedó horrorizado. Entre unas estacas clavadas en el barro y unas arpilleras completamente convertidas en jirones, vió dos cuerpos—una mujer y un hombre—acribillados a cornadas. Tembloroso descendió del caballo, y venciendo el espanto que le producían los ojos abiertos de las víctimas, se acercó a ellas. Inútil todo ya. Aquellos cuerpos estaban fríos, casi agarrotados. Y las carnes morenas eran un amasijo de tejidos celulares y de huesos quebrantados.

Aún el sol no había empezado a rodar sobre la estepa andaluza, pero el espacio se cubría poco a poco de gasas rosadas y azulinas. E inesperadamente, en el silencio del alba que nacía, comenzó a extenderse el lloro de un niño. En la inmensidad de la dehesa inhóspita sonó como el lamento de un pobre ternero que hubiese perdido a la madre.

* * *

—Y ahora que ya la criaturita está cayá y chupando der bote, cuenta lo que ha pasao esta noche en el cerrao de los cuatroños.

—Cuando yo fuí desvelao por los mugíos, ya el retinto se había cargao la faenita. No sé quién habrá tenío la curpa. El portillo que cae a la vereca de la carne estaba abierto, y el toro fuera. Cuando logré volverlo al cerrao vi unas estacas y unos lienzos de arpillera en la veta arta, y me dije: Desgracia tenemos. Lo que ha pasao otras veces y lo que seguirá pasando si dejamos que la gente forastera se meta por las tierras de la dehesa. Arguno dejaría el portillo abierto, y el retinto se saldría a la vereca. Y er tenderete allí levantaio lo tomaría er toro por un rascaero. Esa pobre gente, al barruntá que se le venía encima el chosillo de quita y pon, gritaría, y er toro entonces, encolerizao, lo mandó tó por los aires. Y vean ustés el sino de las presonas: al mamonsete, ni un arañaso, ni rosarle siquiera la punta de los cuernos. Liao en sus pañaliyos, saldría como un royo dando vueltas hasta la cunetiya donde yo me lo encontré berreando como un choto.

Aún el sol no había barrido la niebla, que, como una densa humareda gris, se tendía a ras del suelo. Esta visión de país norteño contemplábala el vaquero desde la cocina del cortijo y arriándose al fuego que ardía ya bajo la gran chimenea de campana. Tenía a su lado al señó Curro, el conocedor de la ganadería, y enfrente, a Gracia, la mujer del casero, que casi arrobada dáble de

mamar al niño desconocido y salvado por David en la noche trágica.

—¿De manera que, si no la reclaman, te queas con la criatura? ¿No es eso, Gracia?—preguntó el casero a su esposa, mientras que con un hierro removía la boñiga seca, roja y ardiente, de la cachifa.

—Sí, Emilio, sí; la Divina Providencia nos la ha mandao esta noche de diciembre, como un niño perdío. Yo estoy fuerte y pueo criarlo a mis pechos, como a Magdalena, nuestra hija. ¿No ves? ¡Si es iguá! ¿A que no ha cúmplío tres meses? Y es moreniyo, como la neta, y es guapo y tiene mucho ánge.

—No te entusiasmes, que a lo mejó vienen por é, pues hemos de dar parte ar Juzgao de La Puebla de tó lo ocurrió.

—Si arguien tiene derecho sobre er niño, que presente los papeles. Mientras tanto, yo me queo con é y lo prohijo. ¿Verdad que estás conforme tú también, Emilio?

—¡No he de estarlo, mujé, no he de estarlo! Tú mandas, Gracia, tú mandas. Pa argo tienes un corasón que, de grande, no te cabe en el lao izquierdo.

—¡No digas tonterías, y ayúdame a buscarle nombre, que yo estoy segura que este niño nos lo manda la Divina Providencia!

—Mira, pues si tú crees que er mamonciyo nos lo ha traío esa señora tan arta y tan encopetá, vamos a yamarle Juan de Dios.

PRIMERA PARTE

EL cortijo La Albina, en tierras marismenñas, era el mejor y más afamado, por la ganadería de reses bravas. La parte dedicada a dehesa ocupaba casi la mitad de la Isla Mayor, desplegábase como un abanico por el antiguo cauce del Guadalquivir y perdíase en la cuñita de la Isla Mínima. En realidad, no eran islas, porque se pasaba de una a otra por terreno firme, y a la Mayor, por el puentecillo de un brazo seco del río. Desde La Marmoleja se extiende la llanura inexorable, todo el panorama bárbaro y grandioso de las marismas. Como cuadraditos blancos se ven diminutos caseríos, y como pinceladas amarillentas y de un color fuerte de tabaco, los almiares y las chozas. Las dehesas se suceden unas a las otras, con sus cerrados de alambre y de *jincos*, sus hondas y anchas gavias, sus portillos y sus cancelas. Es aquí, en el llano desmantelado e infinito, donde se crían los toros más nobles y más bravos de la Bética. Los últimos burgos quedan allá lejos, cerca de Sevilla; Gelves, Coria, Puebla del Río. Después, un ancho campo; la Venta de la Negra, la del Gorrión, Casas Reales, un rosario de eucaliptos, la Huerta del Cojo, el

rincón de los lirios a la derecha, y a la izquierda, la cancela de La Albina. Y desde allí, de nuevo en plena marisma. Un cerrado, otro, otro, otro. Y en el cogollo de la nava, el caserío, con sus diversas construcciones. Una plazoleta en forma de herradura, y todas las dependencias del cortijo. En primer término, con su minúsculo jardín y una mirita, la vivienda de los amos; adosada a ella, la del casero, con su amplia cocina; después la cuadra, con el cuartito para los caballistas. Y en el otro frente, mirando hacia todas aquellas edificaciones, el albergue del conocedor, los corrales y esa plaza pequeñita que sirve para el tentadero de las becerras; un poco más lejos, el tinaón, los almiares y la gañanía; porque La Albina, como casi todas las dehesas marismeñas, tenía tierras de labor: ricas vetas destinadas a los habares. El fruto que producía este vegetal, ya seco, triturábase y servía para dárselo a los toros mezclado con la paja, y a veces con yero y garbanzos, un mes o dos meses antes de que fuesen vendidos para lidiarlos.

Desde la azoteílla de la vivienda del ganadero abarcábase un panorama dilatadísimo. En torno, los cerrados con las multicolores motitas de las reses; a la derecha, cerca del antiguo cauce del río, una fila de tristonos y desmadejados eucaliptos, y esfumándose, ya en la línea lejana del horizonte, unos pueblecitos de la otra margen del Guadalquivir: Los Palacios, Lebrija, Trebujena.

—Acaba ya de comerte esa farandola; mira que no me gusta aguardá por naide, Juan de Dió.

El muchacho casi estuvo a punto de engolliparse: tan rápidamente quiso triturar con los dientes aquel pedazo de pan, fino y tostado por las dos caras.

Una nena, morenilla y muy graciosa, miró al chicuelo, riéndose, como si se burlara de su atolondramiento, y le dijo:

—Ten cudiao; no te vayas a ajogar con esa oblea.

—No seas mala y no le tomes er pelo a tu hermano, Magdalena.

—Si yo no me guaseo de él, madre.

Era una mañana marceña; pero tan luminosa y tan clara, que parecía de abril.

—¿Y usté no quié ná, señó Curro?—preguntó la mujer del casero al viejo conocedor de la ganadería.

—He tomao ya una copiya de aguardiente pa matá er gusaniyo. Con eso me basta y me sobra jasta que er só encomience a picá.

Gracia, la casera, estaba sentada al lado del hogar y cabe el ancho vuelo de la chimenea de campana; cerca, su hija, la nena burlona; en un rincón, Emilio, el casero, y en pie, y ya dispuestos para la marcha, el conocedor y el zagalillo, que aún batíase denodadamente con la tostada. Fuera esperaban, ya dispuestos, dos garrochistas y dos jacas, una baya y otra roana, con la silla vaquera dispuesta, pero sin jinete.

—Anda y monta, chavá; que hoy tenemos faena.

Y la pequeña patrulla se puso en movimiento, mientras Magdalena, desde el umbral de la cocina, seguía riéndose y mirando cómicamente a Juan de Dios.

* * *

Vernales efluvios traía ya el aire. Las albinas, lucios y regajos cubríanse con florecillas blancas y de aneas y juncos de un verde claro y de una transparencia tan maravillosa, que se comprendía el fenómeno del espejismo.

El campo marismeño—redondo e inmenso tablero al aire libre—comenzaba ya a cubrirse con un tapete de tintas policromadas, formado por las gramíneas y por otras plantas que nacen y se desarrollan espontáneas en los prados naturales. Era un gozo andar por encima de esta alfombra riquísima y adornada por las pintitas rojas, moradas, azules y albas de las florecillas silvestres.

Las jacas habían venteado ya a los toros, y enderezaban las orejas. Una cancela con las tornapuntas formando escalereta, la cadena y el candado. Había que buscar la llave en un matojo y dejar el paso libre.

—Anda y bájate tú, niño, pa que vayas aprendiendo.

Descendió de su cabalgadura, brujuleó en el

matorral hasta encontrar la llave, abrió el candado, hizo desenrollar la cadena, quitó luego de los puntos de apoyo los palos que hacían de escalereta, hasta quedar libre la entrada al cerrado de los sementales. Avanzaron el conocedor y los caballistas y la jaca de Juan de Dios, que la llevaba de las riendas el señó Curro; después, el muchachito volvió a colocar las tornapuntas, enrolló la cadena, cerró el candado y puso la llave donde antes la hallara. Y, tranquilo y sonriente, saltó de nuevo sobre el asiento ahuecado y acogedor de su silla vaquera.

* * *

Las faenas del paso de los sementales al cerrado de las vacas duraron toda la mañana; pero no hubo el menor incidente. Estaban ya en celo los toros, y pudieron encabestrarse con facilidad para el traslado.

—¿Qué te ha paresío la cosa, Juan de Dió?

—Muy bien, maestro. Con otras dos lecciones como la de hoy pueo sé vaquero.

—Entoavía te farta mucho, chavá. No hay que corré tanto.

—¿Y cómo pa cubrí doscientas vacas no se echan más que nueve sementales?

—Y pué que sobre arguno, muchacho—repu-so, riéndose, el señó Curro. Luego añadió, más bromista: —Estos condenaos están mejó que los moros. Los moros suelen tené cinco o seis mujeres,

pero estos bichos salen a treinta o a cuarenta hembras. Y sin cuidarse de llenarles la andorga ni de gastarse los cuartos en perfume ni en cintajos. Suerte que tienen los sementales.

Todos rieron. El sol ponía tonos verdosos y rosados en la inmóvil sábana de la llanura. Las vacas toriondas habían olido ya a los machos, y se revolvían inquietas, relucientes los ojos, babeando, alargando el hocico, mientras mugían por el deseo contenido a la fuerza y se hostigaban adelantándose unas a las otras para llegar más pronto cerca de los sementales. Notábase la excitación anormal de los machos en la boca abierta y llena de espuma, en los movimientos de la cabeza, en los bramidos entrecortados, roncós y graves. Escarbaban además el suelo, echando la tierra al aire con tal fuerza, que por unos momentos pensábase en la furia súbita de un ciclón. Y con las orejas tiesas y el rabo agitándose en el espacio y zigzagueando como un látigo, se embestían y montábanse unos en los otros. Pero las hembras con su presencia hicieron que cesara esta aberración del instinto, y el olor ácido que despedían realizó el milagro de que los sementales dejaran de embestirse y de montarse entre ellos y corrieran como enloquecidos buscando las grupas de las novillas picadas y fáciles para la fecundación, pues la madurez de los óvulos venía siempre con estos días de estro o de brama.

—Esos son toros pa simiente, y no los que suelen tené los ganaeros casteyanos—dijo, lleno de

alborozo, el señó Curro; y añadió mirando a su discípulo; —No hay ninguno *avacao* (1), toos son buenos mozos y de cuatro a seis años; es desí, con poderío pa dejá preñas ca uno de eyos a treinta toriondas.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Porque toos esos han madrigao (2) antes y nos dieron una buena reata. ¡Ah!, y no orvíes este refrán: “El buen becerro, de la novilleja, y el buen potro, de la yegua vieja”.

—Pues ese negro se ha caído de culo—repuso Juan de Dios, riéndose y señalando con la punta de la garrocha a uno de los sementales, que al salir como un cohete detrás de una vaca, no mediría bien la distancia, y al montar a la hembra, sin ejecutarse el ayuntamiento, había caído sobre el césped, panza arriba, y pataleaba como un enormísimo galápago, pugnando por levantarse.

—Ya verás, ya verás, chiquiyo, cómo ahora no se cae.

En efecto, el toro volvió a adquirir la postura cuadrúpeda, y con más bríos lanzóse de nuevo hacia la desagradecida novilla causante de su primera derrota. Esta vez todo se consumó sin contratiempo alguno y sin el menor percance.

(1) El novillo que por sus hechuras parece una vaca.

(2) Los sementales probados ya en años anteriores.

II

—¿SABES que toos los años por la primavera te pones más guapa?

—Será er viento salino.

—O er só, que te cambia en trigueña la pié.

Regaba Magdalena las plantas del jardincito de los señores, y Juan de Dios se disponía a colocar cercos de vareta en varios rosales, con el propósito de que los treinta gatos que había en el cortijo buscasen otros vertederos para sus necesidades fisiológicas.

El espacio, de un celeste de maravillosa transparencia, íbase cubriendo por el inmenso aro que formaba la línea del horizonte, de estrías rosadas, amarillentas y verdosas. Por entre los barrotes de la verja del jardín veíanse moverse grotescamente a los ánsares domésticos, que se alejaban para bañarse en una charca. Ladró luego un perro detrás de una gallina que iba rodeada de sus pollitos, y de la cuadra se escapó una miniatura de rucho, que comenzó a dar vueltas y cabriolas y a tumbarse en un espeso matorral de malva que había enfrente del jardín y al lado de unos leños medio podridos por la humedad del terreno.

—Mira: ya está er velaó der yano cubierto de petaliyos.

—¡Sí que parece un gran velaó floreció! Y las viviendas del cortijo en medio, como bolitas blancas en el centro de una reolina.

En la desmesurada pradera, la brisa abrileña era fecunda. Después del reposo invernal, reposo de muerte, venía esta resurrección milagrosa de la Naturaleza estremecida. La primera caricia del sol primaveral secaba los fangales y ponía en el agua embalsada de los lucios y de las albinas miles de florecillas blancas. Luego, la inmensidad del llano lo cubría el tono amarillo de las gayombas, las motitas rojas de la zulla, la morada del zaguazo, las rosadas, lechosas y áureas de las adelfas, las verdosas de la anea, el tono oscuro de los almajos, la capa albeante de margaritas y biznagas, el azul de los lirios, el carmín encendido de las amapolas, la torbisca, los almirones, la orzaga, el carretón, las meleras y los jazminillos silvestres. Toda la flora del mundo marismeño; los píopíos, amarillos y blancos, y los conejitos con botones y hojas rosadas, y un sin fin de hierbas aromáticas, como la juncia.

—Mañana, si voy con el señó Curro al serrao de las vacas, te traeré unas tagarninas y unos dientes de perro que vi el otro día en lo jondo de la gavia.

—Las aselgas sirvestres me gustan más.

—¿Y los cardos borriqueros?

—Eso pa ti; yo tengo er paladá más fino que

er tuyo. Sirvestre quiero las asergas, los tronchos, las vinagreras, las alcachoferas. Y a mi hermano Juan de Dió...

Reíanse ahora de este tiroteo de indirectas y de frases dobles de sentido, mientras el sol rodaba fantásticamente y con lentitud entre celajes de coral. Los vellones rojizos del crepúsculo ponían llamaradas de incendio en el espacio. Y el sol era como una brasa más que fuese cayendo poco a poco sobre la llanura desierta y silenciosa. No se oía ni el canto de un pájaro, ni el bramido de una fiera. Y, a contraluz, tenían un profundísimo misterio rústico las alambradas de los cerrados con sus palitroques torcidos; porque en aquella inmensidad de tierra rasa, los toros no se veían. Y, sin embargo, allí estaban; ocurría algo parecido a lo que pasa en un viaje aéreo, que a cierta altura no se distinguen las personas y diríase que se vuela sobre un país deshabitado. ¿Deshabitada La Albina? No era eso, no. Magdalena y Juan de Dios tenían ya olvidado por sabido que aquellos fieros habitantes de los cerrados no sentían nunca apego por el caserío; les gustaba el campo libre, la tierra rasa, sin obstáculos de ninguna clase; el toro es un animal noble y solitario que huye del contacto extraño, no por miedo, sino por gallardía. Como los hombres de la Bética, ellos se valen a sí mismos, y son de una indómita y a veces suicida individualidad.

—¿Qué tal vas de cuentas y de escritura, Juan de Dió?

—Ca día más adelantao. El señó Curro es un gran maestro.

—¿Sabes ya poné tu nombre?

—Y er tuyo también, Magdalena. ¿Crees tú que soy tan torpe? Yo quiero yegá a sé argo en er mundo; siquiera a concedó.

—Antes hay que sé vaquero. Y hasta ahora no has yegao más que a chanca.

—Y tú, a señorona del estropajo.

—Como te burles de mí, se lo digo a madre.

—¡Ven acá, tonta!; que tienes catorce años y paeses una nena de sinco. En seguía te enfurruñas. Y con tu hermano, que te quiere más que a una añoja.

—¡Me quiés contentá, y me comparas con una ternera! Ahora que tú mismo te echas tierra encima, porque si yo soy como una becerra, tú, que eres hermano mío, no pué sé más que...

Juan de Dios terminó la frase, riéndose:

—Un becerro, ¿no es eso? Bueno. Lo que tú quieras. Hoy yo no me enfao, porque estoy muy contento. Me ha dicho el señó Curro que sirvo pa las faenas de la dehesa, y que si continúo aplicándome, pronto seré vaquero en La Albina.

—¿Y padre te dejará?

—¿Por qué no? Hay que jaserse hombre, sea como sea.

—A lo mejó te da por sé torero.

—¿Torero yo? No estás en tus cabales, chiquiya.

—¿Te farta corasón?

—Ar contrario, me sobra; yo no podría haserle daño ni matá en frío a un bicho que he visto nasé y cresé serquita de mí. ¡Si vieras la rabia que me da cuando se llevan toros de aquí a lidiarlos! Ahora hay en el presidio grande dos corrias pa Madrí. ¡Y siento una lástima cuando voy a echarles el yero y las habas machacás en las pilas! Yo le tomo cariño a lo que hay a mi alreor. No lo pueo remediá. Así soy y así seré hasta que la jinque.

Llamaban en La Albina "presidio grande" al cerrado donde tenían apartados los toros para engordarlos dos meses antes de que salieran de la dehesa, contratados para su lidia. Y "presidio pequeño", otro cerrado de menos dimensiones, y en el cual sólo se apartaba la corrida próxima a salir. Los toros, en estos dos cerrados, eran como reos en capilla. A Juan de Dios le apenaba contemplar estos animalitos destinados al arrastre en toda plenitud de vida. Y, compasivo, llenábales, en unión del viejo vaquero, las redondas y grandes pilas de granito, empotradas en tierra, de yero, cebada, habas y garbanzos. También disponían allí de agua corriente los toros apartados; agua que sacábase de un pozo y por una rústica cañería iba a un enorme pilón, también de piedra, bajo y largo como una acequia. A un lado de esta fuente primitiva, y bajo la grata sombra de un enorme algarrobo, había una especie de garito o de púlpito, desde el cual podíase ins-

peccionar detenidamente la corrida apartada. Allí, los bichos deponían su fiereza, hasta el extremo de que los vaqueros atrevíanse a dejar la cabalgadura y pasearse a pie en torno de las pilas. ¡Cómo iba amaestrando sus nervios Juan de Dios cuando, ya desmontado, veía a los toros formando una media luna a treinta pasos de David y de él, mientras el viejo vaquero, impasible y calmoso, vertía en aquellas grandes cazuelas fijas los sacos henchidos de aquel pasto extraordinario!...

Un día, David, después de echar en las pilas toda aquella mezcla de nutritivos vegetales, sentóse en el suelo y, tranquilamente, encendió un pitillo. Maravillado, Juan de Dios pudo observar cómo los toros, en fila, sin descomponer aquella media luna que tanto le inquietaba, permanecían allí sin moverse, sin avanzar ni retroceder, como petrificados, hasta que David montó en la jaca y se fué alejando. Entonces, los toros, reposadamente, acercáronse a las pilas para dar comienzo a la pitanza. ¡Mansedumbre, nobleza? Días después, aquellos toros embestían fieros y bravos dentro del ruedo—moneda áurea—de una plaza española.

Magdalena dejó de regar las flores, y, gozosa, acercóse a Juan de Dios:

—Tienes razón; no se debe hacer sufrir ni a las presonas ni a los animalitos. Me has quitao el enfao. Y voy a darte un beso, por bueno.

Y, mientras en el cielo sereno y dulce de abril palpitaba como un corazón la estrella de la tarde, entre las sombras del jardincito, Magdalena y Juan de Dios confundieronse durante unos segundos en un abrazo de hermanos.

III

DE su choza del cerrado de las vacas vino aquella mañana David a hacer el costo (1).

—Dios guarde ar matrimonio felí—dijo, entrando de sopetón en la cocina del cortijo.

—¡Hola, hombre! ¿Qué tal andan esas toriondas y esos sementales?

—Dejarme, que jasta se me ha quitao el apetito, de tantas escenitas tiernas.

Emilio, el casero, lanzó una carcajada, y Gracia, su mujer, dejó unos momentos la costura para atender al recién llegado.

—¿Qué le hace farta hoy?

—Vinagre, aceite, sal, garbansos y dos teleras. Y si hay algunas habiyas, métalas también en el cesto.

—Dígame que le ponga de tó, y así terminamos antes.

—Usté siempre bromista, señora Gracia.

—Buen humor que gasta una, Daví, aunque vayamos pa vieja.

Gracia, la mujer del casero, tenía ya el cabello

(1) Ir al caserío en busca de los víveres.

blanco y el rostro surcado de arrugas; pero sus ojos, claros y vivos, atraían con el rescoldo de su juventud lejana. Emilio, el cortijero, con sus sesenta reales ya cumpliditos, se conservaba bien, y era recio, alto y ancho de hombros. Además, todo en él respiraba bondad y nobleza. Morena la color, pardas las pupilas y afeitado pulcramente, no representaba la edad que en realidad tenía. David, el vaquero, como el señó Curro, era un hombrecillo que con el *alancha*, el traje corto, los zahones, las botas, la honda y la garrocha, no pasaría de cincuenta kilos. Para *jockey* no tenía precio, como afirmaba el amo cuando dejábase caer por la dehesa a presenciar la marca y la tienta de los becerros. Era imposible saber la edad de esta figurilla, que parecía hecha de bejuco. Diríase que el sol de la marisma había acabado por exprimirlo, sacándole el jugo de todos los tejidos hasta darle aquella consistencia de vegetal seco, ya casi mineralizado. Sus mejillas, curtidísimas, como si fuesen de cuero; su nariz aguileña y sus ojos pequeños, verdosos y penetrantes, le daban un aspecto de ave carnívora. El aspecto nada más; porque David, el vaquero, tenía el corazón de grande como un almiar, y era más bueno y más compasivo que un espulgabueyes.

Después de haber encendido con su eslabón, su pedernal y su trozo de mecha amarilla la terrible tagarnina que mordisqueaba con los dientes y la hacía pasear entre sus labios, lanzó la pregunta de todas las semanas:

—Pero ¿entoavía no le habéis dicho na al muchacho?

El casero, entonces, repuso gravemente:

—Mira, Daví. Las noticias desagradables se dan cuando no hay más remedio que darlas. Ni ha entrao en quintas Juan de Dió, ni tiene que sacá papeles pa casarse. Ya le diremos la verdá, pero a su tiempo. ¿Hay mal alguno en que siga creyendo que somos sus padres? Además, pa ésta y pa mí, como si fuera nuestro hijo. Gracia lo crió a sus pechos al mismo tiempo que a Magdalena, y lo quiere hoy como si se tratara también de un peaso de sus entrañas. Hemos intentao varias veces decirle lo que pasó en este cortijo aquella noche de diciembre, cuando el toro retinto mató a la gitana y al gitano, que seguramente serían sus padres, y tú salvaste a la criaturita de milagro. Pero no nos hemos atrevío, ni ésta ni yo. Porque, de tanto yamarle hijo, nos parece que lo es de veras. Y como nadie ha reclamao, ni es fáci que lo hagan ya, queremos guardá el secreto. Na vamos perdiendo con ello. Y así, por nuestra causa, no le damos un disgusto ni un mal rato a Juan de Dió. Porque yo te voy a desí una cosa. Si resucitasen los padres del muchacho, él no los querría tanto como nos quiere a nosotros. Er cariño no pué nasé de pronto, sino que se forma y crese con el rose. ¿Estás al tanto de lo que te digo, Daví? Aunque se presentara su madre, su madre de verdá, Juan de Dió tendría más apego siempre por mi mujé, por la

hembra que le hizo un cobijo en sus pechos y le dió su sangre.

—Palabras bonitas, Emilio, palabras bonitas. El ronceo tié sus quiebras. Cualquier día se presenta arguien, se descubre la tostá y tenéis un disgusto.

—Pues deja que yegue ese día, y entonses hablaremos. Hoy, ni ésta ni yo variamos de pensamiento. ¿Entiendes? Y pega un labio con otro, que a lo mejó Magdalena anda por ahí, y no viene a ná que se entere de siertos baruyos.

* * *

¿Había oído bien? ¿Soñaba? ¿Era verdad aquello? ¿De manera que Juan de Dios...?

Despacio, sin hacer ruido, separóse de la puerta que caía a las habitaciones interiores y que comunicaba con la cocina del cortijo, y de puntillas se alejó hasta internarse en un pequeño dormitorio contiguo al de sus padres. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué la revelación de aquel secreto entristecía la y alegrábala al mismo tiempo? Y ahora, al recordar los besos y las caricias cruzadas entre ellos, sentía lo que no había sentido nunca, como un temor indeterminado, confuso, inexplicable. Raras y opuestas sensaciones, que la sumían en un laberinto de ideas incoherentes y morbosas.

—¡Ea, aquí tié usted toos los víveres! Hasta un

puñaiyo de habas. Pa que no nos diga que somos roñosos.

—Ni usted ni Emilio lo han sido nunca conmigo. Suerte que tié uno.

—O simpatía, Daví.

—Galana está usted hoy, señá Gracia.

—A mis años ya pueo echá flores sin que éste se encele. ¿Verdá, Emilio?

—Cuando tú lo dices...

—Y Juan de Dió, ¿por dónde anda?—preguntó el vaquero, mientras cogía su canasto, repleto ya de todo lo necesario.

—Nos dijo que esperaba a usted en el cuarto de los caballistas. ¿De manera que se quea en la chosa toa esta semana?

—Eso quiere el señó Curro. Porque allí, cerca de los bichos y viéndolos de día y de noche, es como pué adelantá. Y, de chanca, convertirse en un buen ayuante de vaquero. Además parece que er niño tiene pretensiones. Días pasaos me desía, muy serio, que él no pararía hasta sé conosedó. Yo le contesté que eso era pa hombres de pelo en pecho y de pelambreira encanesía. Pues no conseguí que se cayara, el indino; con indirectas y burlas me daba a entendé que no siempre la experiencia iba aparejá con los años.

La señora Gracia no pudo ocultar su contento:

—¡Si a listo no hay quien le gane! ¡Es mucho mozo nuestro Juan de Dió! ¿Verdá, Emilio?—y añadió, temblorosa y angustiadísima, dirigiéndose al viejo vaquero: —Cuídese de él, no le

vaya a pasá argo. Ya sabe usté que es muy loco, y que a veces se orvía de que los toros tienen cuernos y se arrancan. No lo deje solo por los serraos. Mire usté que si le ocurriera argo me moriría de pena.

IV

HABÍAN dejado descansar a la jaca en el establo de la choza, y disponíanse ahora a prepararse el *sopeao*.

—¡Bebe más cardo, hombre; que se quee er gazpacho seco der tó! Y trae pa cá esa botija de aceite y ese peaso de seboya. Ya verás qué plato campero preparamos.

Estaban a la puerta de la cabaña, cuyas paredes encaladas relucían de blancura. Y diríase que eran más blancos aún los muros de esta casita rústica perdida en el llano, porque su techumbre de albaida tenía casi el color del tabaco.

Agotaron el caldo con las cucharas de madera y echaron nuevo aceite en el dornillo, picaron luego la cebolla, y después de sazonar con todas las reglas del arte el pan, ya esponjado, como los dos tenían buen apetito, pronto dieron fin del contenido.

—Se tajela muy a gusto casi tendío en tierra, a medio ganchete. Así me sabe mejó la comía. No te orvíes de que a la noche tenemos un guisiyo de habas como pa chuparse los dátiles.

—¡Qué he de orviarlo! ¡Si en toa la marisma tiene usté fama de cosinarlas pero que muy re-

quetebién! ¡Quién le enseñó tantas filigranas, seño Daví?

—La nesesía, muchacho; la pajolera nesesía. ¡Si vieras cómo se afina el entendimiento en estas soleaes! Yo he aprendió aquí a tó: a lavá ropa, a jaserme la comía y a cosé; botón que yo pegue, no se cae ni aunque tiren de é una pará de cabestros.

Juan de Dios se reía de estas frases zumbonas del vaquero, mientras el sol de la tarde doraba las florecillas de la pradera, y recortábanse allá lejos las siluetas gallardas y viriles de los sementales y las líneas afeminadas y gráciles de las novillas jóvenes y que aún no habían sido fecundadas.

—Anda, Juan de Dió; tráete la jaca, que vamos a dar una vuelta por el serrao. Quiero vé si esos toros han cumplío como buenos.

* * *

—Mira: la que se encara con nosotros, como si quisiera arrancarse, yeva ya tres días con er caló, con el estro, con la brama; es decí, que está picá, salía o torionda: de toas esas maneras se yama a la vaca que ensela ar macho. Mañana estará tranquila, y a las tres semanas, si no queda preñá, volverá a ponerse cachonda. Mojaíta está la muy puerca.

—¡Fuera, *Arcafareña!*!

Pero ella no hacía caso del aviso. Escarbaba la

tierra, y mientras por sus lomos corría como un temblor nervioso, iba poco a poco levantando la cabeza y fijando sus ojos bovinos en los dos muñequillos de carne, aupados en los vivos e inteligentes caballos andaluces.

—¡Jaléala por ahí, hostígala; pero dejándole libre la querencia, no nos vaya a da un disgusto!

Juan de Dios avanzó decidido. En la vaca hubo dos instantes de indecisión. ¿Arrancarse? ¿Huir? Venció al fin el segundo pensamiento: volvió el testuz, mostró la grupa y desapareció con rapidez entre la camada. De vez en cuando se veía confundido con las hembras algún semental; pero juicioso, sereno, casto, sin las nerviosidades ni la bárbara acometividad de los primeros días. Todo cansa. Hasta la bestia se aburre del goce continuado y primitivo.

La separación de vacas y sementales había de llevarse a efecto, según decía el señor Curro, a los tres meses, tiempo suficiente para que las hembras sin ninguna tara anormal quedaran llenas. Aún no habían transcurrido dos meses de estar juntos hembras y machos en el mismo cerrado, y ya los prácticos, como el viejo vaquero, conocían por el modo peculiarísimo de moverse, a la novilla que, de un modo innegable, podíasele considerar ya fecundada. Conocíase además porque la vaca, en cuanto notaba el menor síntoma de que el acto carnal había sido fructífero, instantáneamente rechazaba al nuevo amador que intentara go-

zarla. En ocasiones, ni siquiera había necesidad de que la hembra mostrase su aversión y su repulsa al macho. El instinto, el maravilloso instinto de los irracionales, hacía comprender al toro que la vaca no estaba en condiciones de admitir nuevas pruebas de cariño, y, después de olerla, filosóficamente agachaba el rabo, mugía como si advirtiera a sus compañeros el engaño y alejábese en busca de otra hembra de las muchas que aún seguían disponibles en el serrallo praderil.

—¡Vaya estampa de bicho! ¡Y cómo reburdea!...

—Sí, hombre, sí; ya veo que entiendes. Como ese toro hay pocos en la ganadería. Su madre, que se yamaba *Aviaora*, nombre que le puso el señó Curro porque era una vaca que tó lo que cogía lo tiraba al aire, fué una real mosa. Con su pelo fino como la sea, y dos pitones que se lo habían coloco los propios ángeles. Un hermano de éste, que lo lidiaron en Cái, hiso aquí, en la dehesa, varias trastás. De manera que no te aserques mucho.

Y, emocionado por la rara coincidencia, David, el vaquero, quedó unos momentos silencioso y miró con ternura al muchacho; porque aquel fiero y malhumorado semental era hermano de madre de aquel otro que en la noche trágica de diciembre...

Juan de Dios miraba sin pestañear a la bestia, y la bestia miraba fijamente a Juan de Dios. Era

como si de los ojos del muchacho y de las pupilas del bruto hubiese un hilo invisible, algo semejante a un flúido magnético. Y Juan de Dios no sentía miedo ni desconfianza. Atraíale aquel toro. De no estar allí el vaquero, de un modo suicida hubiese ido al encuentro de la fiera, como un imbécil o como un demente.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Estás alelao, chiquiyo? ¡Tira de esa rienda y háblale a ese mar nasío pa que se vaya!

—¡¡Fuera, *Aviadó*, fuera!!

Dócil a la vocecita del muchacho, el semental retirábase vaheando por la pradera verde y cubierta de florecillas.

¡Pero qué belleza, qué valentía, qué majestuosidad! Despacio, muy despacio, distanciábase de los caballistas. ¡Soberbio toro! ¡Toda la emoción del paisaje reconcentrábase en este soberano de las dehesas marismeñas! Ahora, al alejarse poco a poco, se le veía de perfil, y el relieve magnífico de su estampa sobre la llanura y en la curva majestuosa del espacio azul con la pátina dorada de los rayos solares, era de una nitidez y de una fortaleza que ni el pincel, ni la gubia, ni la pluma podrían copiarlo. Era algo inaccesible para el artista; ante la belleza de este rey de los campos andaluces, solo y en libertad en el desierto florecido por un milagro de la primavera, resultaban de una pobreza ridícula todos los medios de expresión. Al andar, su piel fina, lustrosa, sentada, suave y limpia, parecía iluminada por dentro. Su

corpulencia, la flexibilidad de sus articulaciones, la cabeza proporcionada, el testuz ancho, los cuernos finos y verdinegros, los ojos grandes y encendidos, las orejas vellosas y movibles, el hocico elástico y húmedo, el cuello muy corto, el morrillo como una colina, pequeña la papada, anchura de pecho, vientre recogido, lomos firmes y rectos, grupa musculosa y holgada, extremidades enjutas y recias, cola fina al comienzo, larga y espesa al final y pesuñas breves, bien redondeadas, hendidas y lisas, y, por último, los dientes blanquísimos y los órganos de la generación desarrollados normalmente, constituían lo que puede llamarse un semental tipo, un toro de verdadero trapío. Poco a poco, la distancia íbase tragando, hasta convertir en una manchita del cuadro, el perfil enérgico y poderoso de la fiera. Mientras, Juan de Dios se unía al vaquero para continuar el recorrido por este maravilloso harén de los toros padres.

PASAO mañana hay que yevá a la dehesa de Sarteras esa corría que está ya prepará en el "presidio pequeño". Allí hay que encajonarlos. El viajesiyo va a sé largo, porque los toros se lidian en Madrí.

—¿Quién se va a jasé cargo de los bichos hasta que se jueguen?

—Tú irás, Ulogio; porque no conviene que Daví deje ahora de vigilar el cerrao de las vacas. Ya sabes: desde Sarteras tú vas en el mismo tren donde vaya er ganao. Tú no has dío nunca a entregar toros, y quiero darte argunas lesiones. No eches en orvío que el amo, como toos los ganaeros de reses bravas, contrata los bichos pa que se les dé la puntiya en el rueo, o en el corrá de la misma plaza, si er mataó ha estao desgraciadiyo y salen los mansos. ¡Ojo, mucho ojo, pa que no haya escamoteo! Ya conoses al amo. Por ná der mundo daría un toro suyo pa que sirviera de simiente a otra ganaería. Cuarenta años yevo en La Arbina. Y aquí nunca ha habío cruse. Por eso tienen fama nuestros toros. Sementales de La Arbina con vacas de La Arbina. Na más. En las ganaerías bravas no pasa lo que en las pre-

sonas. Aquí el cruse es malo. No orvíes tampoco que er que ha contratao la corría te ha de pagar toos los gastos que hagas y las dietas de costumbre. Y ya sabes: en cuanto veas desoyá y descuartisá en los corrales de la plaza al último toro, tomas el tren y te vienes pa acá.

—¿Va argún sobrero?

—Sí. Caso de que no se jugara, vuerves con él. Los gastos de regreso de este bicho serán también por cuenta del que ha contratao la corría. Y atibórralos desde ahora pa que yeguen en condiciones.

—Tóos están regordíos, señó Curro. ¡Como que se dan por las mañanas y por las tardes unos atracones de habas...!

El viejo conocedor comenzó a hacer unos signos cabalísticos en un cuadernillo con pasta roja y un poco grasiento por el uso. Sobre la mesita rústica tenía además varios lápices de punta roma, palilleros con plumas oxidadas, un tinterillo de metal, grueso y basto, y un secante amarillento y con la piel leonada, pues estaba a trechos sembrado de borrones. Un pequeño museo eran las paredes de aquel cuartito del conocedor. Había allí objetos raros y absurdos, en mezcla algo arbitraria: una pierna de lata, garrochas, cencerros y campanillos de todos los tamaños, con las iniciales, enlazadas y en relieve, de la ganadería. Y los cencerros, con los badajos de madera surgiendo como lenguas de aquellas bocas oscuras y metálicas. Venían después los hierros, barras de

un metro de largo, y en la punta, para enrojecerlo al fuego, en el momento oportuno, el monograma de los apellidos del ganadero, y en otros, los números. Pendiendo de una alcándara, unos zahones. Y cortando el muro, transformado en escaparate, una zamarra, dos cuernos, uno convertido en tabaquera, y el otro, en frasco con un tapón de corcho y, dentro, aceite; un sombrero de ala ancha, viejísimo, colgando de su barboquejo, ya deshilachado; nueva profusión de cencerros y campanillos, más lujosos que los otros, *pa los días grandes*; ese cuadro pueril que suele verse en los hogares modestos de Andalucía, y que representa la escala de la vida; en un rincón, chivatas de varios tamaños, y de mobiliario: un catre, dos sillas de anea, un baúl y una mesita medio rústica. Una candileja de aceite colocada en la cara plana de un poste servía para tantear y no perderse de noche entre las sombras. Y, como medida de precaución, en un rinconcillo de la salita, y embutido en el gollete de una botella, sosteníase flamencamente, inclinado, el cabillo de una vela.

El señor Curro, con la gravedad del alto cargo que desempeñaba en La Albina, seguía dándole instrucciones a Eulogio, hombre de toda su confianza.

Este individuo era alto, delgado y moreno. En su rostro y en su mirada había nobleza y gallardía. Tipo clásico del garrochista andaluz, descendiente de aquellos leones béticos que derrotaron

a las tropas de Napoleón en los campos de Bailén. Llevaba en La Albina varios años, y, como ayudante del conocedor, era el segundo de a bordo; porque ni el aperador ni el casero mandaban en las faenas de la dehesa. El primero era el encargado de las labores, y el segundo limitábase a *dar el costo*, o, lo que es lo mismo, distribuir los alimentos, y a llevar las cuentas de lo consumido; pero ni uno ni otro podían intervenir en las faenas relacionadas con la ganadería.

—¿Qué pará de bueyes yevo de aquí a Sartera pa arropá a los toros?

—Como los bichos son tóos negros, conviene yevá la berrenda. Así no habrá confusión, si arguno se desmanda. Ya sabes que la baraja de bueyes, si es posible, conviene yevarla de una pinta diferente a la der ganao. Y dile al cabestrero que se cuide bien de too pues vais a salí de aquí de madrugá. Los bueyes de cabayo, que te rodeen bien a ti por los costaos y los cuartos traseros de la jaca; los de estribo, que vayan pegaos a los garrochistas, y los de tropa, que se mezclen con los toros. Y ya sabes: a los bueyes de cabayo y de estribo ponles campaniyos, y a los de tropa, cencerros. Y no te orvíes tampoco de yevá un chavá de hatero pa que no os encontréis por ahí sin ropa ni comía.

—Pero, señó Curro, ¡por la Virgen de las Angustias!, si tóo eso lo tengo yo orviao de tan sabío.

—Nunca está de más repetí las cosas, Ulogio.

Y un aviso a tiempo a veces vale más que una lección aprendida de antiguo.

—¿Quié usted algo más de mí?

—Por ahora no *me se* ocurre.

—Entonces, con su licencia, me voy al serrao de los erales.

—¡Anda con Dios, hombre, anda con Dios!

Y el señor Curro, que, como el vaquero David, parecía una figurilla vaciada en bronce, cogió uno de aquellos lápices de punta roma y, dificultosamente, y después de varias tentativas sin resultado, trazó, al fin, en el cuaderno de pasta roja, este raro y misterioso epígrafe:

“Bacas retorneras.”

VI

AQUELLA noche, la cocina de achaparrados arcos y amplia chimenea estaba bien concurrida. Rematada la cena y apagado ya el fuego en el hogar, bajo las lucecillas agónicas de los candiles, agrupábanse los habitantes del caserío, haciendo corro en forma de herradura casi al filo de la portalada, como si buscaran los aires sanos de la dehesa, pues más adentro el calor era irresistible.

Junio traía ya los primeros ardores del estío. En esta noche, sin luna, pero de cielo despejado y sereno, reuníanse allí Gracia, su marido, Magdalena, el *señó* Curro, dos caballistas, el *aperadó*, cincuentón fornido, con patillas de *boca de jacha*, como un bandido de la Andalucía del siglo XVIII; un yegüerizo, un pastor, dos peones que estaban de *vará* (1) en la dehesa, un manijero y tres zagales, contando entre estos últimos a Juan de Dios. Casi todos ellos, con los codos sobre los muslos y las manos apoyadas en la barbilla, se-

(1) Jornaleros que trabajan en los fosos y en los vallados de las dehesas.

guían con verdadera curiosidad el relato interesantísimo del mayoral:

—... De muy antiguo viene lo susedío o la leyenda; yo lo escuché de labios de mi abuelo, que se lo había oído referir a su padre. La cosa, como ya "veis ustedes", viene de lejos.

—¿De manera que si a esa vaca no le matan el becerro, hoy no habría toreros, ni corrias, ni reses bravas?—preguntó, muy intrigado, el casero.

—Tanto como eso no diré yo; pero que la cosa hubiera cambiao mucho, de esto estoy seguro. La leyenda, o er cuenteciyo, se remonta a los tiempos en que aún no había moros en España. Por estas tierras, como ahora, abundaba er pasto y er ganao. Las vacas, los becerros, los toros y los novillos tenían sus establos cubiertos y no dormían al raso. Era un ganao pasífico y con tanta mansedumbre, que los cuernos los tenían de lujo, por presumí na más; porque ninguno de aqueyos animalitos se arrancaba. Iban cargaos de un campo a otro; emparejaiyos servían pa roturá el terreno y remové luego los surcos, y eran tan amigos del hombre como er cabayo y el perro. ¡Lo que son las cosas! Por lo visto, ar demonio no le gustaba tanta carma. Y cátrate ahí que, un buen día, uno de aqueyos vaqueros se le ocurre apuñalá a un beserriyo en los mismos josicos de la madre. Darse cuenta de esta esaborisión la vaca y arrancarse ciega y enloquesía contra aquel mal arma, fué tóo uno. Y, por la primera vez en su

vía, el animalito supo pa qué tenía los cuernos. Y aquel mal hombre no pudo decí ni pío, porque lo empitonó por la barriga y le echó fuera toas las tripas. Luego, la vaca salió corriendo y se perdió de vista. La buscaron por toas partes. Fué inútil. Los que conosían el terreno juraban y perjuran que no era posible cogerla. Otros desían que se había ajogao en el Guadarquiví. Lo sierto era, según se pudo comprobá después, que estaba en los campos de la marisma, alimentándose de magarza, bebiendo en los lucios agua casi salá, yevando una vida sarvaje, al aire libre siempre, combatía por la yuvia y er só, por el caló y er frío y haciéndose, ca noche que pasaba, más indómita y más resistente a las fatigas. Por aquellos tiempos, y poco después de su escapá, hablábase de una vaca terrible, que venía de vez en cuando en busca de macho hasta muy serca de poblao, y que, una vez satisfecha, huía, internándose de nuevo en el laberinto de las marismas. Y así, de la vaca juía y loca, nació el primé beserro bravo y la primera beserra sarvaje. Y entonces, pa criarlos y haserlos más fieros aún, la gente que andaba entre er ganao manso ideó la dehesa; es desí, cuando supieron en qué parte de la ribera estaba la vaca loca con su cría, la cercó con jincos y alambraos, ajondó en la tierra formando las gaviás o los fosos pa que no se fueran de allí. Y así nació la primera camá de beserriyos bravos. Ar vení unos tíos de África, que, según mi abuelo, les yamaban árabes, em-

pesó la historia der toreo; ellos no hasían más que lanseá, alegrarlos, pues er toro era sagrao pa eyos; luego vino eso de la suerte de varas, de banderiyas y de estoqueá, costumbre, según también me desía mi abuelo, no andaluza, sino casteyana. Aunque, como aquí era donde se daba er toro bravo, salían también de nuestra tierra los mejores toreros.

—¿Y usté cree en tóo éso, señó Curro?—preguntó, ladino, uno de los garrochistas.

—¡Hombre, como creerlo..., se cuentan tantas cosas! Pero, mira. Fíjate que en las ganaerías más puras, más de casta, salen de vez en cuando bichos mansos. Er paso atrás, lo mismo que en las presonas. Y eso de la vaca guiyá también tié su aquí. Toos “ustedes sabéis” que er toro bravo no se arranca a los locos. Es argo rarísimo, que no tiene explicaera, pero que ocurre. Por estos cortijos y estas dehesas marismeñas yo he conosío, y ustedes también, a tres presonas completamente chalás. Una chalaúra tranquila, pero chalaúra; andaban suertas porque no hasían daño a naide: el hijo de uno de los yegüerizos de La Cigüeña, un manchonero de La Mínima y la hermana del dueño de la Huerta del Cojo. Como estaban chiflaos, en cuanto podían se iban a pie por las dehesas y se metían entre el ganao bravo sin reparo arguno, como yeguas o potros. Pues nunca ocurría na. Los toros levantaban la cabeza, y lo más que hasían era mirarlos, y las vacas juían de ellos, quejándose, y se alejaban de allí amasando er te-

rreno con las patas, como si fuesen racionales y pensarán en argo.

Después de estas palabras del señó Curro, por la cocina del cortijo pasó una ráfaga de misterio, de un misterio inquietante, como si todas las fuerzas ocultas de la vida estuviesen allí en potencia y trazando en la sombra unos signos de interrogaciones estremecedoras.

* * *

Juan de Dios, que no podía estarse callado mucho tiempo, rompió el silencio con estas palabras:

—¡Vaya noche! Pa salí a brusco no habrá otra mejó en too el año. ¿Qué le parece, padre?

Emilio, el casero, miró al muchacho cariñosamente y repuso:

—Si tienes tantas ganas de salí a encandilá, prepara los senserros y el faroliyo.

Con gravedad, el señor Curro hizo una advertencia:

—Ten cudiao de no alejarte mucho der caserío y que no se te ocurra colarte en ningún serrao. ¿Entiendes? Que tú no estás loco.

—¿Y por qué no vamos tos juntos, y así se quea usted más tranquilo?—propuso con alborozo Juan de Dios.

—¿A mi edá pateando terreras, alondras y estorninos? Tú estás tocao de la casuela, muchacho. De modo que vete con los otros sagales si

tu padre te da permiso, y a navegá por ahí. Esa afisión de cogé pájaros sin re y sin escopeta no es faena pa agüelos, sino pa gente joven.

—¿Viejo usté, señó Curro, y entoavía corre por la dehesa montao en su jaca aporcelaná que parece por lo fina y lo briyante der pelo de barro vidriao?

—Has puesto la rama en el portiyo, nene; por la pie tan suave, eso parese mi jaca, como escapá de un asulejo trianero.

* * *

Corría por la marisma un vientecillo cálido y que olía a juncia y a otras plantas silvestres. Habían salido a encandilá los tres zagales, porque el conoedor, el casero y los demás contertulios rústicos estaban ya cansados de tanto trajinar por el día, y cada uno iba buscando la querencia de su cobijo. Magdalena y su madre todavía trasteaban en la cocina, limpiando los cacharros; pero pronto recogeríanse también, porque las dos, como buenas madrugadoras, se levantaban con el alba.

Juan de Dios y los otros zagales quedaban, por lo tanto, campando por sus respetos en las tierras de la dehesa. No había luna, y la bóveda morada del espacio parecía estar llena de millones y millones de toros con luceritos en la frente. Tan misterioso era aquel manto de aterciopelada suavidad con su luminoso espolvoreo de estrellas.

¡Deliciosa noche! Con el viento venían hacia los zagales todos los rumores característicos de la marisma cuando se va poco a poco abandonando a las caricias cálidas del estío. Mugidos lejanos de deseos contenidos entre este despertamiento de la naturaleza lujuriosa. Relinchos, croar de ranas, canto de grillos y revoloteo de insectos, cuyas alitas iluminábanse fantásticamente con las temblorosas chispitas áureas de las luciérnagas. Y de vez en cuando, los zumbidos del mosquito orejero, un nuevo jején tropical que paseábase en triunfo por aquellos campos. También, a pausas cortas, oíase, como un aviso estremecedor de fatalidad y de tragedia, el graznido de un ave ladrona y amante de las sombras: una lechuza o un mochuelo. Y poblando el aire de gasas enlutadas y de ráfagas frías, los diablillos, esos inquietos, oscuros y viscosos murciélagos que aunque a veces se eleven un poco, como algunas almas, siempre tornan a su vuelo bajo, casi a ras de tierra.

Unos telones grises marcaban a los chicuelos la fila de los eucaliptos. Detrás, lejísimo, ya en la misma línea del horizonte, hacia la izquierda, notábase un gran resplandor, como un halo plateado que debilitaba por aquella parte el brillo de un puñado de estrellas: era Sevilla. Hacia otro lado de la llanura, y siguiendo el curso invisible del río, distinguíase, palpitando en la altura, una lucecita roja que variaba de sitio con frecuencia: un barco que, sin duda, remontaba el Guadalquivir, sereno y confiado en su avance por las aguas tranquilas.

Todos los rumores misteriosos de esta noche marismeña sin luna desaparecieron por completo cuando delante de Juan de Dios sus dos pequeños camaradas comenzaron a mover los cencerros. El ruido de las lenguas de madera dentro de los cubiletes metálicos apagó los otros. Era necesario este inarmónico concierto para atrapar terreras, alondras, trigueros y estorninos en la noche, porque así los pájaros, en vez de advertir la presencia del hombre, su temible y odiado enemigo, creían que se trataba de su gran aliado el buey. ¿Cencerros? Sí; los oían de madrugada, de día, por la mañana y por la tarde. Eran aquellos objetos raros que traían los cabestros, siempre colgándoles del cuello, como una papada superpuesta. Y confiados y alegres, seguían dando saltitos graciosos, de los almajos a los jazminillos silvestres, de la torbisca a los almirones, de la orzaga al carretón, de los bayuncos con castañuelas a los jaramagos, de los gamones a las adelfas y de la biznaga a los piopíos y a los conejitos. Continuaron los dos chicuelos agitando los cencerros, mientras Juan de Dios intentaba taladrar las sombras con el punzón luminoso de su linterna. Nada, nada; plantas barrilleras, zulla, gallombas, zagua, anea, campanillas, malva; pero ni una terrera, ni un triguero, ni una alondra, ni un estornino. Poca suerte tenían.

Avanzaron por detrás de los almiares y de la gañanía y al filo del embudo que formaba la cerca de la *mangá*. Y cuando menos lo esperaban,

detrás de unos cardillos y de unos matojos frondosísimos de meleras, surgieron como si hubiesen brotado de la tierra diez o doce pájaros. Entontecidos y deslumbrados por la llamita de la linterna, no se movían. Los zagales continuaban agitando los cencerros, y bajo sus alpargatas, las pobres avecillas morían aplastadas. Juan de Dios quiso imitar a sus compañeros; pero no pudo seguir mucho tiempo siendo actor de esta escena cruenta. Por la primera vez en su vida, compadecía-se de aquellos animalitos. ¡Se quejaban tan tristemente, eran sus piídos tan dolorosos! Continuó alumbrando con su farolillo, pero sin tomar parte en aquel odioso e inhumano aplastamiento. Luego, haciendo valer la autoridad que le concedía el parentesco con el casero de La Albina, Juan de Dios aconsejó:

—Pa er puchero de mañana ya hay bastante. De manera que vámonos pa el cortijo, no vaya a sé que sarte un noviyo la alambrá y nos revuerque a toos.

En aquel momento, uno de los chicuelos, el que con más saña se había cebado en los indefensos animalitos, gritó alegremente:

—¡Mira, mira; he cogío un triguero vivo! ¡Esta noche lo meto en una jaula de baretas, y mañana le jago un regalo a quien yo sé!

VII

-¡NO, déjame, que me da mucho mieo!
—Tonta, si es manso. Verás, vamos a subirnos los dos.

Estaban en una especie de plazoletilla que servía como de porche a la choza de la gañanía. Un poco más lejos, amarilleaba como un topacio enorme y puntiagudo al almiar de la paja. Al lado, y a manera de colinita, amarillenta también, entrelarga y plana por arriba, veíase el otro almiar, donde los zagales conservaban el heno. En la tarde de estío relucían al sol de tal forma, que parecían de oro. Encima del colladito de heno, y en lo más elevado del cónico montecillo del almiar de paja, espulgábanse tranquilas y con una seriedad muy cómica dos cigüeñas. De pie, sobre el nido, rodete trenzado con aneas y otras matas y florecillas de la marisma, estas gozadoras del estío y de apostura tan flamenca, parecían engarzadas allí, y la silueta blanca, fina y airosa, al moverse, daba la impresión de unas fantásticas velas colocadas en aquel sitio por un cortijero caprichoso y con la única idea práctica de saber la dirección del viento.

Las cigüeñas hicieron recordar a Magdalena lo

que se había divertido aquella misma mañana viendo navegar a una gran colonia de palmípedos por la blanca superficie de un lucio, patos reales, grandes y huecos como pavos. Había también *paletos*, que hacían tanto reír a la cortijerita por su pico grotesco, más grande que el cuerpo y con una especie de pala redonda en la punta, a modo de concha que se abriera y se cerrara misteriosamente; abundaban también los flamencos, y alimentándose de gusanillos y sumergiéndose en la ciénaga, los avispados y fúnebres gallaretos, negros, con una estrellita blanca en la frente, y canasteras de color ceniza, grandes como una tórtola, y cigüeñelas, gachonas y cortezas del tamaño de la codorniz y con matices terrosos. Y fué asimismo para ella un goce pueril ver pasar por el aire de la marisma soleada a los curitas o abadejos, a los charranes, pajarillos que se crían en los esteros; a las herreretas, que cantan como si chirriaran desagradablemente; a las abubillas y a las cogujadas, con su lindo moñito, que iban con rumbo hacia los sembrados. Y a más altura y de tarde en tarde, gabilanes, buitres, cuervos, milanos y grajos. En invierno, estos últimos descendían con rapidez, y hambrientos y voraces, escarbaban furiosamente la tierra de los habares para llevarse el grano.

De aquella landa inmensa hasta el sitio donde estaban ahora Magdalena y Juan de Dios, venían con las bocanadas de aire cálido, efluvios enervantes de plantas florecidas.

El becerro, salinero claro, como si fuese de jaspe la piel, gargantillo, caribello, coliblanco, zancajoso y bizco de cornamenta, dejaba paciencioso que Juan de Dios le pasara la mano por el lomo, le tirase del rabo y de uno de los pitones, y luego, en un alarde de gimnasta, se montara de un salto para llegar a la misma cabeza y encunándose luego, con el fin de deslizarse al suelo limpiamente por el testuz.

Era un bicho de sangre; pero del que el señor Curro decía que había dado el paso atrás. Desecho de tiente en la última *camá*, con otros que también los estaban enseñando para cabestros, ya el pobre sabía del dolor terrible de la castración. Bajo las manos férreas de David el vaquero, los erales mansos se convertían en eunucos. Ni cuchilla ni bisturí. Los dedos, como garfios que se clavaban en las partes y con un bárbaro y odioso zamarreo, estrujaban los tejidos blandos e impedía el acceso de la sangre a los vasos de los cordones testiculares hasta producir la atrofia del órgano.

Juan de Dios recordaba estas escenas de salvajismo, en las que David oficiaba siempre de gran sacerdote. Cinco o seis gañanes tenían que echarse encima del becerro ya atado, derribado y vencido, para que, antes de practicada la brutal operación, no se escapase mugiendo dolorosamente. Consumado el sacrificio, quedaba en libertad otra vez por los cerrados de la dehesa, hasta que el dolor decrecía, y el becerro enterábase de que algo

vergonzoso e irreparable le había ocurrido.

—¿Ves, Magdalena? Si es un cordero.

—¡Fíate, fíate de los corderos! A lo mejó le da por embestí.

—¡Anda, no seas tonta! Aunque se arrancara no haría na. Con ese cuerno tan abierto y el otro bisco, no pué ensartar ni un rosco.

—¡Déjalo, déjalo! Yo te miraré jasé toas esas cosas de sirco; aquí te aguardo, y ar láito der choso de la gañanía; que si se arranca, yo no quiero salí de este mundo tan pronto.

—¡Miedosa, miedoosa! Si es una marva este eral.

Magdalena, picada en su amor propio, avanzó lentamente hacia el becerro. Juan de Dios la aguardaba riéndose.

—¡Quieto, *Platero!*

El becerro no se movía. Con su piel jaspeada y brillante, diríase que era de mármol.

—¿Ves cómo no hase na? Si jasta parese que te habla, como si te dijera: sube.

Magdalena burlábase de la cara alegre de Juan de Dios y de los ojos anchos y tranquilizadores del becerro.

—¡Arriba se ha dicho!—y el muchacho cogió por la cintura a la hija del casero, y después, poco a poco, la fué aupando con la cabeza apoyada sobre los pechitos virginales—. ¡Magdalena, Magdalena; si oígo tu corasón! ¡Qué fuersa tiene! ¡Y cómo jase tictac!

La muchacha no respondía a estas gozosas fra-

ses del mozalbete. En las mejillas le habían florecido unas adelfas, mientras que por todo su cuerpo sentía un bienestar indefinible y misterioso. Algo como si por sus venas corriese un líquido suave, sutilísimo, aromado, una especie de bálsamo que la fuese adormeciendo, pero sin lograrlo del todo. Luego, una sensación vaga, desconocida, indescifrable. Y algo muy raro también, como si Juan de Dios la elevara en sus brazos convertida en una llama. Nunca había sentido Magdalena lo que sentía ahora. Un gozo muy grande, que casi hacía desfallecer; pero mezclado de vergüenza. ¿Por qué? ¿Porque ya sabía que no era su hermano?

—¡Anda, chiquiya, no me abrases más y déjate echá sobre el beserro! Así. Ahora yo, de un sarto, caeré a tu lao. ¿Has visto? Ni un burro padre se quea más quieto. Agárrate a mí, que vamos a da un paseo. ¡Platero, despasito, que yevamos carga delicá!

El becerro dió tres vueltas a la plazoleta, mientras Juan de Dios, en evitación de cualquier percance, tenía cogida de un brazo a Magdalena, que aún llevaba encendidas las adelfas en el rostro.

—Bájame ya. ¿Te has convensío que no soy miedosa?

—Espérate. Ahora voy a jasé que se arrodíye.

—¡No seas tonto, que pué enfadarse!

—Pero ¿no te digo que es una marva? Mira— se tendió casi a lo largo del lomo, se agarró con una mano al morrillo y con la otra le dió varios

porracitos con la chivata en los brazuelos—. ¡Platero, arroíyate, que te lo píe una buena mosa!

El eral, al oír la voz de su maestro (llevaba Juan de Dios cerca de un mes enseñándole), dobló las patas delanteras, dió un berrido, que lo mismo podía ser de alegría que de tristeza, y con el hocico hincado en la arena e indiferente a lo que sucedía encima y en torno de él, comenzó a despuntar unos hierbajos.

—¡Tírate ahora!

Juan de Dios, que se había bajado del becerro, tendió los brazos a Magdalena para que, con un leve salto, pudiese tocar terreno firme.

De nuevo los cuerpos quedaron enlazados unos segundos, los suficientes para que la muchacha, sin detenerse a pensar si hacía bien y arrastrada por una fuerza poderosísima e invencible, estampara un beso en la boca de Juan de Dios.

—No seas alocá, chiquiya.

—¿Me riñes porque te doy un beso? Pues descuía, que ya no te daré ninguno más. ¡Qué desagradesíos son los hombres!

—¿Te has enfadao conmigo, Magdalena? ¡Ea, ven aquí y dame toos los que quieras!

Y sonriente y alborozado, con la ingenuidad y pureza de un hermano verdadero, como en realidad él creía serlo, le hizo reclinar la cabeza sobre su corazón y estuvo besándola en la frente hasta que ella sintió deseos de llorar, y bruscamente dió un tirón, logrando zafarse de sus brazos.

—¿Qué hacíais aquí?

—Pues ya ves: enseñando al beserro. Hoy he podido montarlo, bajarme por la cabeza, y he conseguido también que se arroíye. Mañana haré que se tumbe mancornándolo, y yo me echaré a su lao como si estuviese durmiendo.

—Pues con el mío he hecho ya también trabajos que me ha aplaudío el señó Curro. Y pa mañana tengo pensá unas cuantas heroisidaes.

—Pero, Leandro, ¿heroisidaes con un manso?

—Er manso a lo mejó se te revuelve.

Magdalena intervino, un poco intranquila:

—Tiene rasón Leandro. Hay que prevenirse. Y tú te confías demasio, Juan de Dió.

—¿A que te digo tonta otra ve?

—Dímelo toas las que quieras. Yo no me enfao. Pero oye, tú, Leandro, ¿qué traes ahí, en esa jaula de baretas?

—Un pájaro vivo, que cogimos anoche. Y lo he metío aquí pa regalártelo si te gusta, Magdalena—repuso el zagal con una mirada ansiosa, de novillo salvaje que ya presintiese a la hembra.

—Pero ¿qué hases ahí, atoletao como un gayareto? Alárgame al preso, hombre.

El muchacho se echó a reír palurdamente, descubriendo toda su blanca y fuerte dentadura, que brilló al sol entre sus labios, gordezuelos y sensuales.

—¡Toma, Magdalena, ahí lo tienes! Ya le dije a tu hermano que lo guardaba pa ti.

—¡Vaya un regalito!—replicóle Juan de Dios

en son de burla—. Si es un triguero. Un pájaro tan soso, que no canta enserrao.

—¿Que no canta enserrao?—añadió cazurramente Leandro—. ¡Escucha, escucha!

El pájaro, entonces, comenzó a moverse en la jaula y a lanzar al aire unas notas muy claras y muy dulces.

Magdalena, palmoteando de alegría, dijo:

—Pues canta, canta; pero con una vosesiya muy triste; ¿no es verdá, Juan de Dió? Parese como si se quejara de argo.

—Tíes rasón, nena; dan ganas de yorá al escucharlo. Nunca oí a un pájaro que cantase con tanta angustia.

Magdalena había cogido ya la jaula con sus manitas morenas y miraba amorosamente al triste prisionero, que echaba a los aires con tanta amargura su pena oculta. Un nuevo cante jondo, que nacía aquella tarde de estío bajo los ramalazos ardientes y claros del sol de la marisma.

De súbito, la muchacha dió un grito, y encarándose con Leandro, le preguntó como enloquecida:

—Pero ¿qué me has traído aquí? ¡Si es un pájaro siego!

Y el chiquillo, inconsciente de su crueldad y sorprendido también por la pregunta de Magdalena, exclamó sonriente:

—¡Pos claro que está siego! ¡Si tuviera vista no cantarí! A los trigueros, pa que canten enjau-

laos, hay que punsarle los ojos con un alfileriyo o con una aguja enrojesía en la cachumba.

Magdalena no pudo contenerse. Un furor terrible la dominaba por completo, haciéndole pronunciar palabras duras y violentas.

—Eres un sarvaje, un bruto, un bestia. Pero ¿no te da pena, bárbaro, de jasé sufrí de esta forma? A ti sí que te debían de sacar los ojos por creminá. ¡Vete de aquí, mar nasío, fiera! A mí no me vuervas a hablá en toa tu vía. ¿Te enteras? Y ahora mismo das suerta a ese animalito. Y después de to, ¿pa qué?—se preguntó, haciendo una pausa en su arretrato de cólera y de indignación—. ¿De qué le va a serví la libertad si está siego? A lo mejó le vuerven a cogé o muere aplastao como las terreras, que se casan a brusco. Los hombres no tien corasón. Toos son iguales. ¡Pero suértalo, suértalo, que a ca momento me entran más angustias de mirá esos ojitos, ya apagaos pa siempre!

El mozalbete no tuvo ni ánimos para contestar; con el rostro encendido y las manos temblorosas, rompió uno de los barrotes de la jaula y dió suelta al triguero. Unas notas más dulces y algo más alegres; un revoloteo como si a tientas quisiera orientarse en el aire, y, al fin, el pájaro que se pierde, sin rumbo fijo, sobre la sábana reseca y ardiente de la llanura infinita...

VIII

ALTOS en la vida monótona y parda de la dehesa eran las faenas de herrar y marcar a las crías, el acoso y tiente a campo libre, cuando los becerros cumplían dos años, y asimismo la tiente de las becerras en el minúsculo ruedo del cortijo. Otro alto en la vida gris e igual de toda esta gente brava y dura, era la llegada de *el Plantaíto* y de su hijo. Solían presentarse por allí cuando nadie los esperaba. En ocasiones, transcurrían cuatro o cinco meses de una visita a otra, y épocas, por el contrario, en que aparecían todas las semanas. Estas cortas y largas ausencias tenían una causa. *El Plantaíto*, popularísimo en todas las dehesas marismeñas, dedicábase a comprar novillos lisiados para correrlos en plazas de pueblos insignificantes y en ruedos de escuelas taurómacas establecidas en capitales andaluzas. Por tanto, *el Plantaíto* era todo un señor empresario; pero más listo que Cardona y con un ojo clínico que lo hubiese envidiado el mismísimo inventor de la pólvora. *El Plantaíto* o Echevarría—así lo apellidaban con chunga los conocedores y vaqueros de la marisma—adquiría siempre gangas, y al mismo tiempo dejaba las ganaderías limpias de bichos

defectuosos. Los animalitos tuertos, cojos, medio mancos o medio muertos, siempre cargaba con ellos. Claro que a buen precio. ¡No faltaría más! A veces se enfadaba y decía a los ganaderos o a sus administradores:

—Si en vez de pedirme la tela debíais dárme-la. Me yevo toa la morraya que “tenéis ustedes” en las dehesas y ensima aflojo la guita; no mucha, pero argo es argo.

El Plantaíto tenía mucha sandunga hablando. Y la simpatía la llevaba a todas partes por arrobas. Con estas mismas frases atestiguábanlo sus amigos.

La adquisición por Echevarría de una vaca héctica o de un toro lisiado era muy laboriosa. Primero iba como camarada a pasarse un día con la gente del cortijo. Dábanle de comer y un jergón para que durmiera. El llevaba una bota de vino. Y entre la sopa de caldereta y unos tragos de la sangre de Cristo, enterábase de todo lo que podía convenirle: de un novillo que se hubiese quedado medio ciego al meter el hocico en unas plantas espinosas; de otro que estuviese atacado de algún mal, de un utrero herido en riña o de una vaca *jorra*. Todos estos datos recogíalos al vuelo de la conversación e iban a un cuadernito que guardaba siempre en un bolsillo interior del chaleco y fuera de las miradas indiscretas, pues cada hoja de aquella libretita se convertía, pasado algún tiempo, en un billete de 500 ó de 1.000 pesetas. Este hombre admirable, con sus continuas

andanzas por los campos marismeños, poseía el censo de todos los bichos defectuosos y que pudieran estar a su disposición en un momento dado. Alrededor de *el Plantaíto* siempre había torerillos que, por darse a conocer, pagaban algo. Y he aquí a un empresario más grande, más famoso y más genial que el auténtico Echevarría. Encalabrínaba al maletilla, diciéndole que tenía un becerro recortaíto, de pelo fino y con unos cuernos tan abiertos, que podía encunarse sin cuidado alguno. A otro de aquellos desgraciados pinchábale así:

—Esa vaca—te lo digo yo, que sé una jartá de estas cosas—, esa vaca ha nasío pa que tú la mates como no lo hubiera hecho ni er mesmo Lagartijo. Ahora, que hay que aflojá muchos machacantes, y si tú quieres que yo te saque er domingo que viene y darte a conosé con esa presiosíá de noviya, ties que entregarme treinta duros. Ni uno menos, ¿sabes? Yo tengo que pagá la plasa, los servisios, la contribusíón, las banderiyas. Y to eso no pué salí de la carne ni de los desperdisios de la re. La vaca es de un ganaero de postín y me cuesta mucho. Además, es también por mi cuenta y riesgo enserrarla.

Los razonamientos eran como cerezas que se iban entrelazando, y en ellas quedaba prendido el torerillo como la pobre mosca en la red de una araña. El ansia de darse a conocer, de que su nombre saliera así del anónimo, realizaba el milagro, y el maletilla acababa por buscar, aunque fuese del centro de la tierra, el dinero exigido y entre-

gárselo a *el Plantaíto*. Al día siguiente buscaba al ganadero de la novilla hética; decíale que la había visto muy enferma días atrás en su dehesa; hablábale asimismo del agradecimiento que debían tenerle todos los dueños de reses bravas por sacarles de los cerrados tantos bichos inútiles; con diplomacia y tino contábale confidencialmente sus luchas y sus apuros para sostenerse en aquel negocio ruinosísimo como empresario de plazas pequeñas. Y el resultado de todo aquel hábil trasteo era que por una miseria conseguía que le vendieran la vaca. Entonces, acompañado de su hijo, y ya con la autorización por escrito del dueño, iban en busca de la fiera a la dehesa.

En muchos cortijos, *el Plantaíto* constituía casi siempre el tema de todas las conversaciones. Recordábanse sus frases más donosas y sus aventuras más pintorescas. El muy granuja sabía hacerse querer. En todas partes encontraba amigos. Y nunca puso los pies en un caserío sin que se alegrase de su llegada desde el cortijero hasta el chanca. Por eso, en esta tarde de verano, cuando la gente de La Albina lo vió aparecer montado en un escuálido jamelgo y llevando a la grupa a su niño, corrieron llenos de alborozo con la buena nueva a Emilio el casero y al señor Curro el conecedor:

—¡¡Ahí viene Echevarría con su chavá!!

—¿Cómo van esas corrias?

—Mal; pero que muy requetemal, señó Curro. Jasta la plasa de La Pañoleta nos la han serrao ahora, porque disen que allí no se puen lidiá toros de pago, a menos que lo recogío con las entrás se destine a fines benéficos. Ya usted ve. ¿No es fin benéfico alimentá a mi familia?

—No se queje, *Plantaíto*, que usted con los toros ha ganao siempre mucho.

—Eso era antes; que lo diga mi niño. Hoy venimos a la marisma por vení, por saludá a los amigos. Por mi salud, señó Curro, que no tenemos intensión de comprá ganao. Desde antiayé andamos por estas vereítas. Hemos estao ya en Casas Reales, en La Marmoleja, en Casa Blanca, en El Coperro, en Pinea, en El Oliviyó y en el cortijo de Los Probes, y ahora vamos a pasá la noche aquí, en La Arbina, si usted nos da posá. Yo, en cambio, les contaré chascarros.

—¡Vamos, hombre; usted, su hijo y la sardina que traen de cabargaura, tienen aquí siempre te-chao! ¡Pues no fartaba más!

—Gracias, señó Curro; pero no se meta usted con mi jaco, si no quiere que perdamos las amistaes.

Reíase *el Plantaíto*, reíase su hijo y reíase también el señor Curro. ¿Perder las amistades? ¿Echevarría perder algo? ¡Vamos, eso era no conocerlo!

Continuaron la cháchara, mientras una cuchillada de sol cortaba con su filo luminoso el suelo enladrillado de la cocina.

El Plantaíto era bajo de estatura y no muy cumplido de carnes. Nariz aguileña y ojos vivos. Tipo de flamenco ya casi agitanado. Cuando hablaba tenía movimientos de ardilla, y en la comisura de sus labios y en la expresión de su mirada había siempre la malicia y la reserva del verdadero tratante, acostumbrado a las marrullerías y engaños propios del oficio. El hijo se llamaba Aquiles, y era el terror, no de Troya, sino de los toros lisiados y de las vacas desechadas. A pesar de su poca estatura y de la estrechez de su pecho, dábale maña y tenía fuerzas suficientes para coger a una vaca o a un novillo por los cuernos y derribarlo en varios segundos; entonces, como un indio bravo, caía *el Plantaíto* también sobre la fiera ya vencida, y entre los dos acababan por inmovilizarla, atándole las patas, los brazuelos y envolviéndola en un amasijo de cuerdas, como si en vez de un toro o una novilla se tratara de una momia egipcia. Seguros ya de que no se movería ni en un viaje de la dehesa a la China, pedía el auxilio de algunos zagales, y en el carro que tenían ya dispuesto, echaban el bicho como un fardo de bacalao seco o de otra materia inerte. Y ya cerquita del pueblo, para sembrar la confianza en los viandantes y verse libre de multas, simulaban el encajonamiento con unas débiles tablas, y en ocasiones tapando las aberturas con papeles. Esta manera de cargar y trasladar la res comprada era un espectáculo tragicómico. Algo muy serio y al mismo tiempo muy grotesco en la vida aventurera y

arriesgada de *el Plantaíto* y de su hijo. Como que para llevarse a la fiera en el carro leguas y leguas, aunque estuviese lisiada, necesitábase, según los entendidos, el valor del Cid y los arrestos del Gran Capitán.

* * *

Con el acontecimiento del día, la cocina del cortijo llenábase de gente. Además de Emilio el casero, Gracia, su mujer; Magdalena, dos garrochistas, Leandro y Juan de Dios, habiáanse asomado por allí con el exclusivo propósito de saludar a Echevarría y a su hijo, tres ayudantes de vaquero y un yegüerizo.

Después de una charla sabrosísima, y en la que el ingenio y las agudezas de *el Plantaíto* fueron la salsa del guiso, el señor Curro, guiñándole un ojo al casero, propuso:

—Bueno, hombre. Si viniera usted en plan de empresario, yo le propondría un paseíyo al serrao de los utrerros. Allí tenemos uno abanto, que se ha escobiyao un cuerno y cojea un poquiyo.

Cuando el señor Curro iba, él ya estaba de vuelta. Por uno de los cabestreros a quien obsequiaba frecuentemente con traguillos de un zumo de uva muy rico, comprado en Coria antes de emprender sus correrías por la marisma, sabía lo del novillo. Y a esa noticia debíase su entrada en La Albina y su petición de pasarse allí hasta la mañana siguiente. El muy granuja veía crecer la hierba.

De modo que con la marrullería propia del caso, replicó:

—Ya he dicho que venimos de visita na más. Ahora los negocios andan malos y no se pué jase to lo que se quiere. Pero aunque yo no venga de compra ni me interese er noviyo pa lidiarlo, vamos a verlo. De arguna forma pasaremos er tiempo en la dehesa. Yo no me canso nunca de ve bichos; que me salieron los dientes en el campo y me tira to esto una jartá.

El señor Curro, que, como buen conocedor, veía la faenita que estaba haciendo con él, le tiró un derrote:

—Donde menos se piensa sarta la liebre. A lo mejó, en cuanto vea usté al utrero, que está ensainao de gordo, le entran deseos de comprarlo. Ya sabe usté, le ayudaremos, hombre; para algo somos amigos. En cuanto yo le escriba al administradó, er bicho es de usté, y por mucho menos de lo que vale.

La "tarascá" le llegó a lo vivo. Y aunque lo intentó, *el Plantaíto* no pudo por completo ocultar su alegría.

—¡Señó Curro! Amigos como usté hay pocos. Siempre mira por mí. Y esto yo no pueo orvidarlo. Me ha convensío. No me jase farta er noviyo; ahora, que si es una ganga y da juego, sólo por el interés que usté demuestra por mí, lo compro.

Y nervioso ya, y como si temiera que se presentara de súbito otro individuo que intentase ad-

quirirlo por menos precio, se echó para atrás con flamenquería el sombrero de ala ancha y añadió, poniéndose de pie:

—Pa luego es tarde, señó Curro; vamos a ver noviyo.

—Ahora mismito. En cuanto nos preparen los cabayos.

* * *

En el “cerraó” habían entrado ya, salvando uno de los portillos, el conoedor, *el Plantaíto*, su hijo y los dos garrochistas. El sol caía tan a plano, que no bastaban los grandes paveros para resguardarse de sus rayos ardientes. Y los pañuelos blancos, como pajaritas de papel, comenzaron a aletear prisioneros en el cuello de los jinetes.

—Me escuese er suó en los muslos como si me hubiera dao una friega con cazaya. Señó Curro, voy sajornao.

—Con este caló toos estamos lo mismo. Hay que sufrí, Echevarría, o habé nasío emperaó o papa.

De la tierra subía un olor a florecillas y a matojos chamuscados, y de la atmósfera parecían brotar bocanadas de aire tan cálido, que sentíase en la piel como una sensación de quemadura.

—¡Bueno viene julio este año!—dijo uno de los garrochistas.

—¡Como pa meterse en er choso de un vaquero y no asomá la jeta hasta octubre!—opinó el

hijo de *el Plantaíto*, mientras limpiábase con el dedo índice, muy tieso, el sudor que le corría por la frente.

—¡Señó Curro! ¡Y er toro que tenían ustedes irritao en Er Juncá, y que se arrancaba jasta a los cabestros porque se le murió la vaca que montaba toos los años en el serrao de los sementales? Ese toro tan raro, que se enchuló por una hembra como una presona.

—Ayí sigue. No hay medio de sacarlo. Ni con mansos, ni con toriondas, ni echándole fuera de la cansela habas molías. ¡Hombre! Ahí tiene usted una ganga—y el señor Curro, socarronamente, añadió: —Se lo vendo jasta sin que me autorise el amo. Y se lo vendo de barde; ahora, con una sola condisión: que usted se las apañe pa yevárselo de ahí.

—Se agradece, señó Curro; pero a mí, a Dios gracias, entoavía no me ha hecho la existencia tantas charranás como pa dejarla de pronto; porque intentá yevarse ese toro es argo así como irse encargando la sepultura.

—Tié usted rasón, Echevarría. Yo desafío a los conoseores y vaqueros de toas las dehesas marismeñas pa que saquen a ese toro der Juncá. No hay medio, ni por las buenas, ni con el engaño, ni con el castigo. La última trastá que ha hecho es cogé a un mulo por la barriga y tirarlo al aire con tanta fuersa, que cayó sobre uno de los jincos de la valla. Allí está desde hase una semana, enganchao

y pudriéndose bajo la solanera, pues no hay Dió que se aserque a desengancharlo.

—¿Y yeva mucho tiempo allí ese barbián?

—Cuatro años. Ya lo damos por perdío. Pa lidiarlo en plasa, aunque lo pudiésemos sacá de allí con los cabestros, ya no sirve. Y pa sementá, tampoco, porque cuando le hemos echao argunas vacas, no sólo las despreciaba, sino que a veces ha yegao hasta cornearlas. Una fiera y ca ves más, porque se pasa to er tiempo ayí sin ve a naide. Ha sembrao er terró. Y en aquer sitio seguirá jasta que se muera. A lo mejó, diez o dose años.

Interrumpió el relato uno de los garrochistas:

—¡Señó Curro! Ahí, sobre esas meleras, está echao el utrero.

—Pues jalea a esos otros hasia la querensia pa que se vayan.

De entre los matojos de jaramagos, almirones, torbiscas y cardizales comenzaron a salir los novillos y los becerros. A las voces de los garrochistas, hostigándolos, respondían levantando la cabeza, atemorizados, encarándose unos segundos; pero súbitamente, arrepentidos de aquel comienzo de resistencia, volvían grupas y se alejaban moviendo el rabo de izquierda a derecha y de derecha a izquierda y levantando nubes de polvo, como si el inmenso llano humease bajo las brasas inextinguibles de la hoguera solar.

Al fin, y después de una preparación laboriosa, quedó el novillo apartado de los demás. Y entonces, el señor Curro descendió de su montura e ins-

tó a *el Plantaíto* y a su hijo a que hicieran lo mismo. Los vaqueros, como medida preventiva, continuaron en su cabalgadura y enristrada la garrocha sin perder de vista al novillo.

El hijo de Echevarría, que en estas faenas era más atrevido que el padre, se fué acercando al utrero. Se había levantado ya el animalito y miraba con desconfianza a los visitantes; pero sin duda, aquella interrupción en su siesta no le caería muy bien, porque, lejos de volver los cuartos traseros, agachó la cabeza, dió un mugido cavernoso y, cojeando, pero con la rapidez y la mala intención de un ave de rapiña, lanzóse sobre el hijo de Echevarría.

Como un gamo corría el muchacho y como un pajarraco negro y voraz volaba el novillo detrás de él.

Entonces se oyó la voz serena, fina y autoritaria de *el Plantaíto*:

—¡Hijo, no seas cobarde; páralo, hijo, páralo!

El novillo, que sin duda no era muy consecuente en sus determinaciones, al oír estas palabras que sonaban detrás de él, cambió de pensamiento y de itinerario y revolvióse contra Echevarría. Dió un grito de terror *el Plantaíto* mientras ponía pies en polvorosa e iba a su alcance el novillo. Y cuando los garrochistas acudieron en su auxilio y disponíanse a llevarse la res, se oyó la voz del muchacho, que les advertía, gozándose en la revancha:

—¡Dejadlo, dejadlo solo!

Y dirigiéndose al autor de sus días, con chunga muy de la tierra, gritóle:

—¡Anda, padre, séjalo tú ahora, séjalo tú ahora!

* * *

Cuando el novillo iba tocando con los cuernos la parte más esférica de *el Plantaíto*, todos acudieron con las jacas y pudo evitársele el percance. Echevarría, refugiado en uno de los postes de la valla y sosteniéndose allí de un modo grotesco, como un pelele, no cesaba de repetir, mirando a su hijo con furia:

—Mira, niño, que sea la última ve que me gastas bromas de esa clase. ¿Estamos?

Y el chiquillo le repuso con flemma:

—Pero padre, si un revalorconsiyo de ese utrero se cura con un poco de hierba unsiana.

I X

EN julio, en agosto y hasta mediados de septiembre, la llanura caldeada, reseca, sedienta, olía a rastrojo quemado, a polvo, a tamo, a yesca y a sales en estado de descomposición por un fuego lento e intensísimo. Ni lapachares, ni lucios, ni albinas. Y las plantas naturales de las tierras marismeñas sin poder germinar, agostadas por un exceso de vida. La fiebre de los meses estivales, que convertía todo el terreno bajo en una landa trágica o en un desierto africano.

En septiembre comenzaban las lluvias, y los campos marismeños, ávidos, incendiados aún, sorbían las aguas con ese gozo indescriptible del que está a punto de morir y le llega a tiempo el remedio salvador. Ya se podía salir y pasearse por los cerrados en las mañanas y en las tardes sin el suplicio de aquellos rayos del sol, que eran como punzones clavándose sin tregua y sin compasión en los que se atrevían a desafiarlos. Solamente el ganado bravo podía resistirlos sin desfallecimientos y sin enloquecer ante la imposibilidad de ir en busca de la sombra.

Vino octubre ya, con su cortejo de lluvias, y la tierra comenzó a esponjarse. En los primeros días

de noviembre, los lucios, las albinas, los regajos y los lapachares ensanchábanse, adquiriendo tonalidades de acero, de bronce, de aluminio y de platino. Hojas y discos metálicos que relucían trágicamente con el sol y la luna de la marisma. En diciembre, los campos, por algunas partes, eran lagunas, y las vetas formadas por los toruños, sendas blandas de barro pegajoso. ¡Venían los días malos! Días en que no llegaba de La Puebla ni el pan, pues era comprometido aventurarse por aquellos caminos y aquellas veredas enaguazadas. Pero en este invierno las dehesas no llegaron a adquirir el aspecto desolado y horrible de otros. No hubo ni que sacar el ganado de la isla. Allí, por tanto, quedaban hombres y brutos entre barrizales, aunque, según las indicaciones de los prácticos, sin miedo ya a que el Guadalquivir les jugase una mala pasada. Podían dormir tranquilos.

En enero comenzaron a parir las vacas que habían sido fecundadas por los sementales. Y Juan de Dios trasladóse a la choza de David el vaquero, perdida como una pelusilla blanca entre los hilitos acerados de los charcos que cruzaban la llanura en todas direcciones. El muchacho dióse cuenta entonces de lo resistentes que eran los toros, siempre al aire libre desde que nacían y expuestos a las temperaturas más extremas. Las novillas parían sobre la tierra medio encharcada, entre lodazales, alimentados por la tozudez casi norteña de la lluvia. ¡Y con qué triste ansiedad en la

mirada bovina buscaban aquellas madres en ciernes el terreno más seco para vaciar sus entrañas, con el propósito sin duda de que a la cría le llegase lo menos posible en el instante de venir al mundo aquella sensación de desamparo y de frío! Con los intensos dolores próximos al alumbramiento, las vacas unas caían vencidas en tierra y otras continuaban de pie, pero tambaleándose, como borrachas.

Juan de Dios, con el viejo vaquero, todas las mañanas y todas las tardes, recorrían el cerrado y advertían cómo poco a poco la vida multiplicaba los seres en torno de ellos. Había partos *a término*, o sean los normales, prematuros y retardados. La llanura entera diríase que se quejaba. Múgidos tristes, como lamentos misteriosos, parecían brotar del subsuelo y elevarse en el espacio. Las hembras próximas a expulsar lo que contenía su vientre fecundo y henchido andaban despacio, se detenían de súbito, tornaban a ponerse en movimiento. Juan de Dios mirábalas con curiosidad, y a veces, acercándose demasiado a ellas: "¡Pobresillas!" Abrían la boca como sedientas, separaban las patas, se les hundían los ijares y casi ringábanse de los cuartos traseros. Descendía el vientre y la tumefacción de las ubres iba en aumento. Al presentarse los dolores, comenzaba también el patoleo y las posturas grotescas; se echaban, se erguían, acostábanse de nuevo, volvían a erguirse, hasta que de pronto dilatábase el cuello de la matriz y presentábase la cabeza del feto.

Juan de Dios seguía absorto mirando una vaca carbonera que estaba apencada cuando arrojó la cría. Sin levantarse, con instinto maravilloso, fué poco a poco, con sus dientes, cortando el cordón umbilical. Otra, de pinta alunarada y con una barriga deforme, paría de pie, encorvando el espinazo para que el feto cayese lentamente rozándole los corvejones, y con más lentitud todavía desde allí hasta el suelo, donde ya el chotillo, por su propio peso, rompía aquella cinta gris que hacía depender hasta entonces de la madre.

—¡No te aserques mucho, Juan de Dió, que ahora están furiosas y se te puen arrancá! Ven aquí, al lao mío.

El muchacho hizo caso de la advertencia del viejo vaquero. Y ahora, desde más lejos, contemplaba otras escenas interesantes. Una vaca, madre ya, lamíale a su becerrillo una especie de película en la que venía envuelto, algo así como una camisilla de pellejo muy tirante y de mucha transparencia. En seguida, y como si comprendiera y agradeciese este cuidado materno, el chotillo se puso de pie sobre sus patitas delgadas y débiles. Vacilaba todavía; pero poco a poco pudo conseguir más estabilidad, y a las dos horas que pasaron de nuevo por allí David y el muchacho, había adquirido el trapío y la fiera gallardía de los de su raza. Cualquier ruidillo hacía volver la cabeza, como si ya presintiera el peligro y tuviera que ponerse en guardia.

Una vaca aquí y otra allá con su correspon-

diente cría. El cerrado animábase de trecho en trecho con estos grupos deliciosos de la madre, de pie o echada y con el becerrillo al lado. No había ninguna con gemelos. En seis lustros que llevaba David en La Albina, el caso de un parto doble habíase presentado una sola vez. Ni la madre ni el producto — dos becerrillas—se desgraciaron; pero a los dos años, al tentarse estas últimas, resultaron de tan poco poder, que el conocedor tuvo que desecharlas.

Juan de Dios clavaba ahora la vista en los becerrillos de las vacas jóvenes. Conocíanse porque eran más ágiles y más vivos que los de las vacas viejas. David y el muchacho habían recorrido casi todo el cerrado sin presenciar ningún parto difícil, ni aun en las novillas primerizas.

—Mira, aqueya es retornera. Parió también el año pasao. Ahora, ven pa acá y entérate por si argún día tienes que ocupá mi puesto. A las cuatro horas del parto se presenta lo que aquí yamamos la secundinación; es desí, la salía de las secundinas. Hay que tené quinqué y alejá las vacas del sitio donde las echaron, porque argunas se las comen, y eso es malo. También hay que tené cuidao pa que la paría no lama mucho el terneriyo en el ombligo, porque la cría se pué desangrá por ahí y morirse.

Buena y abundante presentábase este año la reata. Muchas de las novillas que habían estado los tres meses con los sementales habían parido

ya. Las crías solían sacar la estampa del padre y las condiciones buenas y malas de la madre.

David estaba contentísimo, porque a las cuatro horas todas las vacas habían expulsado las secundinas, desapareciendo así el grave peligro de la infección de la sangre por la septicemia.

—¿Han macheao las vacas este año? ¿Hay más becerros que becerras?—preguntó Juan de Dios.

—¡Anda éste! Eso sarta a la vista. Lo contrario de lo que susedió en la *camá* pasá.

—¡Qué vaca más rara esa atigrá que está al lao de los juncos! Tiene uno de los cuernos muy pequeño, oscuro y retorsío. Paese de cabra.

—¡Como que perdió el otro de raí! De manera, que ya lo sabes: cuando a un toro o a una vaca se le quiebra er pitón por la masorca o la sepa, le sale ese de reserva, como si dijéramos un sobrero escuchimisao, sin trapío ni podé.

Siguieron el recorrido. Despacio, con precauciones, porque a veces, el terreno húmedo, sin consistencia, cedía al peso de los caballos y las herraduras quedaban calcadas en aquel barro negro y pegajoso.

La tarde serena. El cielo azul pero con algunas nubecillas que corrían desmadejadas hacia el horizonte, velado por un tul con matices de alabastro y a trechos con celestes transparencias.

Vacas viejas, jóvenes, retorneras y primerizas. Ahora veían algunas con la cría ya de pie y tirando con fuerza de los alargados pezones. Y el líquido espeso y puro deslizábase por el hociquito

todavía inhábil del becerrillo o de la becerrilla, y gota a gota, en burbujas blancas, caía a tierra.

¡Qué dulzura en los ojos anchos y ovalados de las madres, qué gallardía y qué ligereza en los terneros. En ellos únicamente se veía el relampagueo de las pupilas cuando David o Juan de Dios no guardaban la distancia debida. Entonces, erguían el testuz, movían nerviosamente la cola de un lado a otro y daban coces al aire como si tomasen ya precauciones prematuras e inútiles para defenderse de la picadura feroz y salvaje de la mosca.

—Mira; ese becერიyo, jugando, sin darse cuenta se ha separao de la madre. Hay que yevárselo.

Era un chotillo que tendría un día o dos de vida y que estaba solo, echado sobre la hierba húmeda, y mugiendo tristemente como si pidiera auxilio.

David, con el caballo, se acercó a él, doblóse sobre la silla vaquera, alargó el brazo y con una rapidez y una maestría asombrosa alzó al ternero y, aunque se defendía, lo puso sobre el borren delantero de su montura. La vaca no podía estar lejos; pero era necesario buscarla y hacerle entrega de la cría. Las pupilas de lince del vaquero y su larga experiencia llevaron a feliz término la aventura. Ya la madre había venteado al becerrillo y brava, furiosa y agresiva, venía al encuentro de David. El vaquero, sin inmutarse, avanzó decidido al encuentro de la cornúpeta. Diez pasos le separarían de la bestia acometedora,

de aquellos ojos con estrías rojas, de aquellos cuernos brillantes y acerados y del testuz con ricillos negros, frente por frente ya, a manera de escudo y, al mismo tiempo, de ariete.

—¡Tú a ese lao, Juan de Dió, por si tiés que cubrirme!

La vaca, de súbito, agachó la cabeza. El muchacho vió ya al viejo David por los aires con el caballo, el becerrillo y la montura. Pero algo maravilloso había ocurrido. Un nuevo avance del jinete, y la vaca que con un movimiento nerviosísimo se arranca ya decidida, levantando el rabo, mugiendo de furor. David, entonces, se detiene en seco. Y por el cuello, como si llevara un conejo, alargó el brazo y presentóle el ternerillo a la madre. Era su defensa, su única defensa en estos casos. Retrocedió la vaca, respiró ansiosamente por sus fosas nasales, arrastró el hocico por la tierra húmeda y anduvo todavía hacia atrás como hipnotizada por el vaquero. El instinto, el prodigioso instinto, le hizo, sin duda, comprender que si derrotaba al fantoche montado que la desafiaba, heriría o mataría al ternerillo. Estos momentos de indecisión eran los que aprovechaba siempre el vaquero, para inclinarse, alargar un poco el brazo y soltar la cría en los mismos hocicos de la madre. Luego, un bote, un trotecillo, y cerrado adentro, en busca de otro mamoncete travieso y retozón que, sin advertirlo, se hubiese extraviado.

X

AQUELLA mañana llegó la carreta que mandaba el administrador del amo, desde La Puebla, cargada con los víveres que hacían ya falta en el cortijo. Era un modo de *hacer el costo*; pero en grande: una barrica de aceite, otra de vinagre, dos o tres sacos de sal y ocho o diez de garbanzos. Aparte de las teleras que cada tres o cuatro días traían también de Coria del Río.

Emilio, el casero, su mujer y Magdalena, en estos días de la llegada de las provisiones, tenían que trajinar mucho, pues necesitaban trasegar el vinagre y el aceite a los depósitos de lata, encerrar los garbanzos y la sal en sus correspondientes arcones de madera, una vez pesada y medida la mercancía como Dios manda y apuntar la entrada de todas aquellas materias comibles y bebibles en el libro destinado a este efecto.

La salita-despensa del cortijo era una habitacioncilla recóndita que comunicaba con la alcoba de los padres de Magdalena. La llave estaba siempre en poder de los caseros, y de allí no salía una gota de líquido, un puñado de sal, ni un gramo de garbanzos sin la intervención de Gracia o de su esposo.

La faena de descargar de la carreta aquellas sustancias alimenticias, de trasegar el vinagre y el aceite a los depósitos y de encerrar la sal y los garbanzos en los arcones, duró toda la mañana. Juan de Dios, que aquel día llegara del cerrado de las vacas paridas, ayudaba a la hija de la señora Gracia en la complicada tarea de sacar, por medio de una goma, el vinagre.

—¿Ha caído ya too?

Magdalena dió un golpecito con la mano para que rodase un poco el barril, y repuso:

—Entoavía quea argo.

—Pues quita er tubo y trae ese pitorro.

Y Juan de Dios, con sus fuertes y morenos brazos, desnudos hasta cerca de las axilas, cogió el envase, lo levantó en vilo como si fuera de papel e hizo que la abertura cercana a la duela correspondiese con los mismos bordes de un embudo de latón, muy ancho, que la hija de los caseiros colocó en el sitio indicado por el muchacho.

—¿Oye? ¿Te acuerdas, Juan de Dió, de aquer señorito madrileño que vino a la última tienda invitao por el amo?

—¿No he de acordarme? Si aquer tío tenía más salero que Cagancho cuando tira er capote a la plasa y no le cae en reondo. Yo iba ar lao de é cuando de pronto er cabayo que montaba dió un trote que casi lo yevó ar lao de los beserros. Entonses, yo, por evitá que se le arrancara arguno, le dije: "¡Eh, señó, señó; mucho cudiao y háblele a esos bichos." Y er tío, muy asustao y muy serio

y casi temblando, me contestó: "¡Y qué les digo!" No pasó na porque entre er conoseó y esta personiya lo abrigamos. Dime, Magdalena, tratando de otra cosa, ¿y Leandro?

—No me jables de ese niño. Desde aqueyo der triguero no pueo tragarlo. Negro, muy negro se nesecita tené er corasón pa dejá siego a un pajariyo.

—Pues él ha sentío disgustarte. Lo sé porque lo he visto por ahí mu aburrío y mu triste. Además, Magdalena, a mí me parese que te jase er ruego.

Ella, entonces, relampagueándole de ira los ojos y con el rostro empurpurado, repuso exaltada:

—Pues es lo mismo que si se lo jisiera a un cromo. Con ese bruto, ni gloria der sielo, Juan de Dió. Además, que pa pensá en quererer de esa clase, siempre hay tiempo.

—Tú ya estás espigaíya, y como guapa, no es porque seas hermana mía; pero como guapa y como grasiosa, por estos cortijos y estos campos, no hay quien te gane.

—¡Qué vas a desí tú!

—Lo dise too er mundo. No soy yo sólo. El amo cuando viene, el administradó, er señó Curro, los garrochistas, los vaqueros y yegüerisos y, en la gañanía, toos los sagales.

De pronto, temblorosa y como temiéndole a la respuesta del muchacho, Magdalena le preguntó:

—Y tú, ¿no le has echao el ansuelo a ninguna saboguiya?

A Juan de Dios se le alegraron los ojos; sin duda el mocito tenía deseos de encontrar una persona con quien franquearse para contarle algo de su vida cuando, de muy tarde en tarde, salía de la dehesa y recorría los cortijos próximos.

—Contigo no tengo yo secretos, Magdalena. Hase poco vi a una muchacha que me ha gustao de verdá, pero que de verdá.

—¿Y aonde has descubierto esa alhaja?

—No dises mal, nena. Alhaja y de presio. Creo que vale casi tanto como tú. Y eso que er tipo es mu distinto. Tú eres morena, tostaíya como er so; eya es mu blanca, tan blanca que parese jecha con un cachito e luna. Tú tienes los ojos negros, mu negros, y eya pardos, mu pardos. Tú jablas mucho y eya mu poco.

Mirando a Juan de Dios de un modo indefinible, Magdalena replicóle:

—Pero ¿ya te enteraste si jabla poco o mucho? ¿Tan avansao va too eso?

—No, mujé; eya no sabe na.

—¿Y la conosco yo?

—Es hija del guarda de ese cortijo de la Isla Menó, yamao Er Carvario.

—¿Entonses, una vaquerita?

—Eso mismo. Y mu linda, hermana.

—Ya lo has dicho antes.

—Pa que te enteres mejó.

—¿Y tú sabes si eya te tiene ley?

—Na me ha dicho. Pero esas cosas se adivinan. Con la mirá se descubre too.

—A veces.

—Siempre.

—Ten cudiao, que pués equivocarte.

—¿Apostamos argo?

—¡Pero qué presumíos sois los hombres!

—Tenemos que paresernos a las mujeres.

—Toas no son lo mismo.

—Iguá pasa entre nosotros. Acuérdate de Leandro.

—No me jables de ese bruto.

Y después, dulcificando el tono, muy sutilmente, de un modo femenino, inquirió:

—¿Y la ves con frecuencia?

—Ca quince o veinte días, cuando vamos ar serrao que cae ar Guadarquiví. Unas veces paso a nao y otras en la barquiya que tiene la gente der Carvario pa i de la Isleta a La Puebla.

Y frunciendo ahora el ceño y sin poder ocultar el disgusto que le producía la confesión de aquellas intimidades, exclamó de repente:

—Cuando yo digo que los hombres son unos tontos o unos brutos. Un día te yeva la corriente der río y nos queamos aquí esperando tu vuelta pa siempre. ¡Simple, más que simple! Buscas alegría fuera cuando las tienes al lao de tus padres y de tu hermana. No cruses más el río así, mira que me da mucho mieo. Y esa niña, que según tú, está hecha de un cachito de luna, ¿te quiere? Siendo un trosito de luna, ¿no estará muy

fría? Er so es más bravo y arde siempre. Tú también eres como er so y con la misma fuerza. Yo no comprendo ese cariño.

—Pero si no hay ná, Magdalena. Ya te lo he dicho. Simpatía. Me gusta escucharla porque habla muy despasio y muy bajito. Parese que tiene en la garganta una lentejita de cristá y teme que se le rompa.

—¿Sabes que estás muy fino hoy, Juan de Dió? Pues ten cuidiao y no te dejes engolosiná. Que a veces se cree una que come arrope y es re-jargá o asiba, ya que hoy te explicas con tanta melosería.

—Te encuentro hoy argo raro, Magdalena; no me hablas como siempre; ni te alegras de que yo esté contento. ¿Es que me has perdío er cariño?

—¡No podría, Juan de Dió! Te quiero y te querré siempre, mucho, mucho; pa eso eres mi hermano. Si estoy disgustá hoy, es porque me da mieo de que pases el río. ¡No ves, tonto, que pué ocurrirte argo!

—Si voy de muy tarde en tarde, Magdalena.

—Oye, Juan de Dió, y esa niña, ¿cómo se llama?

Y el muchacho, exaltándose de nuevo, libre otra vez de preocupaciones, repuso muy alegre:

—Un nombre mu bonito; tan bonito y tan de romanse santo como er tuyo. Se yama Maricrú.

SEGUNDA PARTE

—¿HAN dío ya con la jaca overa ar puentesio de la isla?

—Sí, mujé, sí. Ya jase media hora que ha salío uno de los vaqueros.

—Es que estoy mu nerviosa, Emilio. Figúrate, serca de dos años. Gracias que nos ha mandao algunos retratos.

—¿Tienes ganas de verlo?

—Mucha, Emilio, mucha.

—Y yo también.

¡Cómo pasaba el tiempo, Virgen santa! ¡Y cómo iban cambiando las personas, porque todo lo demás seguía lo mismo! Hallábanse reunidos en la cocina del cortijo, el casero, la señora Gracia, Magdalena, hecha ya una real moza; David, el señor Curro, el viejo conocedor de la ganadería, un muchachote valenciano que entrara de chanca, y *el Plantaíto* con su niño. El gitanísimo empresario seguía comprando reses descalificadas, y hoy, casualmente, habíase presentado con su hijo a recoger un becerro medio manco y defectuoso de la vista. Sorprendido quedóse al entrar en el cortijo, del contento y de la pátina de día de fiesta que veía allí. Y por unos segundos pensó

que aquella alegría debíase a su llegada. Luego, comprendió que era más hondo el gozo de aquella gente, y, al fin, la señora Gracia, descubrióle la incógnita al decirle que de un momento a otro esperaban a Juan de Dios.

—Pero ¿ya ha cumplió?

—Veinte meses sirviendo al Rey y veinte meses como veinte siglos sin verlo por aquí. Figúrese, lo mandaron muy lejos de Seviya; luego, ar moro, ¡qué sé yo! Pero hoy vuerve y ya no se irá de nuestro lao. Hemos conseguido del amo que le dé un puesto de vaquero. Se podía habé colocao por ahí, en otros empleos; pero a él le tira mucho er campo y, sobre too, serca de nosotros. Por eso, hoy estamos como si hubiera boa en er cortijo. Hemos traío de Coria vino y durses. Le hemos preparaao sopa de cardereta, un potaje de garbansos, las farandolas que a él tanto le gustan, unos melones como el asuca, de ahí, de la Mínima, y hasta café le hemos hecho por si viene der servisio con gusto refinao. ¡Ah, y no para ahí la cosa, Echevarría! Esta tonta de mi hija le ha puesto sintas de colores a los ánsares, a las gayinas y a ese borriquiyo que ha visto usted retosá por ahí fuera. Toos estamos como chiquiyos con zapatos nuevos. Ha venío usted un buen día por el beserro. Hoy tenemos comía pa invitaos de postín.

Gracia, la mujer del casero, decía todo esto nerviosísima, levantándose de vez en cuando para mirar hacia el verdoso tapete que cubría la llanura. Magdalena, en un rincón de la cocina y con

los ojos bajos, parecía como perdida en sus propios pensamientos, y Emilio, de vez en cuando, también salía al patio descubierto del cortijo, por si distinguía en el horizonte, lejano, las manchitas grises de los dos jinetes.

—¿Y sus amores con Maricrú, siguen?

—Siguen y están formalisaos. Empesaron las relaciones serias cuando Juan de Dió se marchó a serví al Rey. Y durante el tiempo que ha estao fuera, la cosa ha continuao lo mismo. Maricrú es una muchacha honrá y lo quiere mucho; bueno, lo quiere mucho porque a Juan de Dió no hay quien lo trate y no lo quiera.

—Así es, señora Gracia. A simpático y a cabá le ganan pocos. ¿Y cómo le cayó lo der nacimiento y lo de la tragedia de sus padres en la marisma?

—Imagínese usté; nosotros lo pensamos mucho antes de descubrirselo too. Pero aconsejaos por el señó Curro y Daví, el vaquero, se lo dijimos. No era ya un niño y, a lo mejó, cuarquiera iba con er cuento. Nos costó muchos días de cavilaciones y de lágrimas hasta desidirnos. Luego, sentimos alegría como si nos hubiéramos quitao de ensima un peso mu grande. El mieo de nosotros ha sío siempre porque temíamos que en cuanto supiera Juan de Dió too lo pasao, nos iba a queré menos.

—¿Y estaba justificado ese temó?

—¡Qué había de estarlo, Echevarría! Too lo contrario. Desde entonses se desvivía por tenernos

contentos y nos dijo que no nos quería más porque ya más no era posible.

—El intrínguli se explica—dijo gravemente el señor Curro, terciando en el diálogo—. El gradeamiento por la buena acción de ustedes lo ha hecho hijo dos veces. ¡Las cosas raras de este retepajolero mundo! Hijo dos veces y sin serlo de verdad ni una vé.

—Pues Juan de Dió es nuestro hijo, nuestro hijo, no pasamos por otra cosa. ¿Verdá, Emilio?

—Tiés rasón, Grasia, tiés rasón.

Y la casera, exaltada ya, añadió dirigiéndose a su hija:

—Y tú, ¿no crees que Juan de Dió es tu hermano?

Magdalena, sin tornar de su ensimismamiento, dióle esta respuesta con una voz que tenía inflexiones débiles y vagas:

—¿Qué sargo ganando con no creerlo? ¡Aunque no lo sea, para mí como si lo fuera!

* * *

Todos ya en la plazoleta del cortijo y enracimados en torno del caballo que montaba Juan de Dios.

—¡Hijo mío, hijo mío!

No tuvo tiempo el mozo de tocar en tierra, porque antes de que rozara el suelo con los pies,

ya los brazos de la señora Gracia se habían abierto, cerrándose después sobre su pecho.

—¡Madre, madre!

Y Juan de Dios, en cuanto pudo conseguir de nuevo la estabilidad, abrió también sus brazos y puso sobre el rostro ya arrugado de la casera unos besos de ternura.

—¡Cómo has crecido, nene! Te fuistes jecho una criatura y vienes ya espigao y más guapo.

Entusiasmada, seguía besándolo, unida a él, como si temiese que se lo arrebataran otra vez, ahora que ya lo tenía junto.

—¡Vamos, Gracia, ya está bueno! Que no ha venío sólo pa ti.

Sonrió ella, dándole un último beso a Juan de Dios, pasándole las manos por sus mejillas, ásperas ya por el afeitado, y dejando, al fin, que su marido pudiera acercarse.

—¡Mira, mira, Emilio, le raspa la barba! Viene hecho un hombre.

—Lo raro sería que viniese hecho un parvulito—y añadió Emilio, el casero, húmedas también las pupilas por la emoción del momento: —Aprieta bien, chiquiyo, con las ganas que tenía yo de abrazarte.

Golpes rudos en las espaldas, caricias de hombres de pelo en pecho. Luego, Juan de Dios, ansiosamente, retrocedió unos pasos y, como si notase la falta de algo en torno de él, dijo con una voz en la que latían muchos fervores:

—¿Y mi hermana? ¿Y Magdalena?

—¡Tonto! ¿Estás siego? No la ves ahí, detrás de padre.

—¡Tonto, sí; más que tonto! ¡Chiquiya! ¡Magdalena! ¿Qué hases ahí como si te ocurtaras? Quiero darte un beso y un abraso como a madre y como a padre. Así, beserriya mía, sobre mi corasón. Si vieras cuántas veces me he acordao de nuestras correrías por estos campos, de las flores del jardinciyo y hasta de aquel eral que entre los dos lo educamos pa buey. ¿Te acuerdas?

No contestó Magdalena a estas frases, ni pudo dar un paso hacia Juan de Dios. En las pestañas negras, íbansele cuajando unas lágrimas. Tuvo el muchacho que acercarse, cogiéndole las manos; luego, mirándola a lo más hondo de sus pupilas. Entonces, ella, sin besar ni abrazar a Juan de Dios, reclinó la cabeza sobre aquel pecho joven y noble, que parecía puesto allí para recoger su angustia.

—¡Pero, Magdalena, chiquiya! ¡Abrásame, bésame! ¿Vergüensa de mí, nena? ¿De tu hermano Juan de Dió? Pero si eso no pué sé; mocosa, antipática, fea.

Y entre aquellas frases alegres, tristes, mimosas y burlonas, Juan de Dios hacía le levantar la cabeza y le pasaba las manos por el rostro moreno y por sus ojos acristalados. Luego, la besó en la frente. Ella no pudo resistir más y le ofreció sus labios, sus labios encendidos y febriles que se aplastaron gozosos sobre los del muchacho.

—Aquí tienes al señó Curro, un poquiyo más viejo y más arrugao que cuando te fuistes; a Daví, a Echevarría, el gran empresario, y a su hijo. No te pués quejá del resibimiento—y continuó Emilio, el casero, en tono de broma: —¿Qué me dises también de los ansares, del borriquiyo y de las gajinas?

—¡Pues si están engalanaos! ¡Tié salero la cosa! ¿A quién se le ha ocurrió eso?

—A quién se le va a ocurri—dijo la señora Gracia—; a tu hermana, a Magdalena, pa selebrá este día tan grande pa nosotros. ¡Qué largos se nos han jecho estos veinte meses! Nos paresía ya que no ibas a vorvé.

—¿No vorvé yo aquí? Arrastrándome, siego y cojo, como uno de esos beserros que contrata el *Plantaíto*, me traería la querensia a La Arbina. En ninguna parte me jayaba bien. Cuántas noches se me han yenaos los ojos de lagrimone como beyotas ar pensá en estos campos.

—¿En los campos na más, hijo?

—Digo en estos campos, madre mía, por no desí en ti, en padre, en Magdalena, en el señó Curro, en Daví y hasta en los toros, sí, hasta en los toros. Y por eso me habéis dao tanta alegría al desirme en la úrtima carta que el amo me ofresía un puesto de vaquero en la dehesa. Ahora tengo yo que jasé méritos—y añadió bromista y ducharachero, dirigiéndose al señor Curro: —Mucho cuidaio y no jinque usté er pico, porque entonses la plasa de conoseó será pa mí.

—¿Jincar yo el pico, desgrasiao?—exclamó siguiéndole la broma, el señor Curro—. Antes la diñan toítos los vaqueros de estos alreores.

—¡Señó Curro! ¡Que yo no me he metío con usté!—replicóle, inquieto por aquella profecía, David el vaquero.

—No hay que amoscarse, amigo. Contigo no va la cosa. Además que a ti, con esa pié que tienes tan acartoná, no te entra ni el cólera. Tranquilízate, tú te morirás cuando quieras—y agregó zumbonamente estas frases: —Te lo dise er conoseó de la ganadería.

Con fuertes carcajadas, mohines, donaires y palabras dobles de sentido, continuó la charla alegre, animadísima e ingeniosa. Luego, todos entraron en la cocina, donde ya se oía hervir, difundiendo un olor a gloria, el potaje campero.

II

AL día siguiente, en cuanto los rayos del sol se llevaron los últimos vellones grises de las nieblas, Juan de Dios preparaba su jaca baya y disponíase a recorrer la distancia que había del caserío de La Albina a la dehesa El Calvario de la Isla Menor.

—¿Te espera ya Maricrú, hijo?

—Le avisé desde Sevilla que iría hoy. De manera que me aguardará.

—Y a la chosa, ¿cuándo te vas der too?

—Dentro de una semana. Me ha dicho el señó Curro que hemos de marcá y numerá antes a los añojos.

—¿Armorsarás hoy aquí?

—No. Armorsaré en Er Carvario. Además, tengo que pasarme por mi serrao pa ve si me jase farta argo en la cabaña.

—Magdalena se ha cuidao ya de too eso. Tiés ayí dorniyos, platos, cubiertos, dos toallas y hasta un palanganero con su espejiyo.

—Por lo visto se cree que soy un mosito presumío.

—Es que como vienes de serví al Rey y de ve

otro mundo por ahí fuera, eya piensa que te gustará arreglarte. Y como tiés novia...

—Maricrú me quiere a mí arreglao y desarreglao. Es un cariño mu hondo en ella y en mí. Y padre y Magdalena, ¿se han levantao ya?

—Entoavía no.

—Pues mire usté por dónde viene el señó Curro.

—Trempano se ha puesto hoy en pie er conoseó—dijo la señora Gracia, mientras avanzaba hacia el centro de aquel rústico patio del cortijo.

—Trempano, sí, trempano—y añadió, riéndose y en tono de broma, dirigiéndose a Juan de Dios, que ya estaba montado y dispuesto para la marcha: —Pero más trempano se levantan los que acúen al oló de las faldas.

—Usté siempre es er mismo, señó Curro.

—¡Sí, sí!, porque digo las cosas en crúo. Bueno, hombre. Arsa ya y píratela en seguía, que te estará esperando ese cachito de asúcar cande que se yama Maricrú. Dale recuerdos a eya y a su padre, que es un buen amigo mío. Y ar crusá por el serrao de los utreros, pasa lejiyo de un toro cárdeno que hay allí y que el mardesío se arranca jasta a los locos.

—Yo no estoy loco, señó Curro—repuso bromista Juan de Dios.

—Enamorao y mochales, en mi disionario, significan lo mismo, mosito.

Sobre la pradera, el sol tendíase suavemente y dejaba hebras rosadas en los blancos pétalos de las margaritas. Entre juncos, lirios silvestres y los altos matojos de la meleras con sus florecillas moradas, seguía Juan de Dios su marcha, firme los pies en los estribos de su silla vaquera, bien afianzadas las riendas y ojo avizor. Antes de que llegase al río, frente a la isleta donde lo esperaba Maricruz, tenía que cruzar por tres o cuatro cerrados de La Albina. Descendió de la jaca varias veces para abrir y cerrar portillos y cancelas, y al hilo del antiguo cauce del Guadalquivir, rozando La Mínima, continuó hasta que el cuchillo acerado de las aguas cortara el terreno de un tajo definitivo y magistral.

¿Qué ocurría? ¿Cómo después de levantado el sol rosa y del tamaño de una naranja se extendía de nuevo la niebla? El sol, que al surgir en el horizonte había hecho que se abriera la bruma como un manto hasta conseguir que todo resaltara netamente sobre la tierra y el cielo, había caído otra vez en el paisaje, envolviéndolo en un velo gris. ¿Era barrunto de mal tiempo aquella niebla repetida y extraña? Curiosísima la contemplación de este nuevo crepúsculo matutino, de este amanecer doble en la llanura marismeña. Las gasas plumizas, que habían desaparecido, volvían a ocultar con su capuz grisáceo toda la estepa. Por la parte del río avanzaba el manto plumizo y envolvente. Todo desaparecía de nuevo en esta madeja enmarañada. Pero el sol, de súbito, aver-

gonzado de su flaqueza pasajera, con sus lanzas brillantes y agudas, horadó las paredes de la niebla hasta hacer emerger el paisaje más claro, más nítido, más puro, con más color y más transparencia que en los primeros comienzos del alba.

¡Qué alegría la de Juan de Dios, al verse de nuevo en sus campos; solo ante aquella jocunda y magnífica virilidad de la Naturaleza, una Naturaleza prodigiosa que, en vez de árboles, producía toros: el animal más bello de la Creación, el más fuerte, el más bravo, el más noble, el más temerario, con todas las virtudes de nuestra raza y también con todos sus defectos! Por eso, desde la antigüedad se le representa simbólicamente en muchas ciudades españolas y hasta se da la singularísima coincidencia de que el mapa de la Península Ibérica tenga la forma de una gran piel de toro extendida. Claro es que Juan de Dios no hacía estas consideraciones, ni hubieran pasado nunca por su caletre. A él le gustaba el toro porque era bello y enérgico, porque su silueta brillante y elástica rimaba bien con aquel marco de perspectivas insospechadas y de horizontes dilatadísimos. ¡Qué juegos de luces en los cuernos blancos y agudos como puñales clavándose en la atmósfera celeste y resaltando sobre una piel azabachada! ¿Y aquellos lomos macizos y alargados que resplandecían como si jugasen también sobre ellos otras soberbias y mágicas luces? Intrepidez, poderío y majestad en la mirada, en el testuz, en los flancos, en los viriles atributos y, sobre todo,

en la gallardía de los movimientos. Y esto, en los corrales de los toros. En donde estaban los erales y los añojos, la decoración trocábase de brava y majestuosa en pintoresca y risueña. ¡Qué movilidad, qué alegría! Los becerrillos, al paso de Juan de Dios, acudían decididos, bajando la cabeza y algunos hasta se arrancaban. El mocito se reía de estos alardes cómicos de guapeza precoz y, en algunas ocasiones, dejaba que con los cuernecillos tiernos, aún con la bellotita, tocasen el vientre del caballo. ¡Cómo se enfurecían entonces! A Juan de Dios, los ternerrillos encolerizados le hacían efecto de carneros. Con la misma gracia y con idéntico desconocimiento se iban contra el bulto. ¿Y las ternerrillas? Con la cabecita entrelarga y las patas tan finas, parecían cabras. Allí, el cerrado perdía toda su bárbara prestancia y se convertía en algo infantil. ¡Y pensar que aquellos animalitos, tan pueriles, tan inofensivos a la vista, podrían, a los tres años, sembrar el terror y la angustia en torno de ellos! Juan de Dios observábalos y admirábase de aquella adquisición tan súbita de fuerzas invencibles para el ataque.

Marchaba ya por la veta del antiguo cauce. Conociáse porque el terreno estaba más suelto, más húmedo, más jugoso y, sobre todo, porque la vegetación adquiría por aquella faja del pasado curso del Guadalquivir, tonalidades vivísimas. En la lejanía, casi cubiertos por los almajos ribereños, desaparecían los toros, los novillos y los

becerros. De vez en cuando, pero ya a gran distancia, se oía un mugido que hacía enderezar las orejas a la jaca y a olfatear el viento, abriendo todo cuanto podía los ollares, mientras mascaba el bocado y descubría la amarillenta y cuadrada dentadura.

Ni eso ya. Habían cesado los mugidos y toda otra señal de vida. Soledad. Silencio. Ni siquiera el animalito producía ruido al triturar la hierba bajo las fuertes herraduras; tan jugoso seguía ofreciéndose el terreno. Unicamente notaba Juan de Dios que el aire venía como impregnado de sales marinas.

El río, el verdadero cauce del río, no podía estar lejos. Y no estaba. Otra veta verdosa marcando la silueta de la antigua Isla Mínima, y, de pronto, como una larga pica de acero tendida sobre el tapiz del llano, el Guadalquivir sereno, pero de aguas espesas y plomizas. En medio de la corriente el cucurucho de una boya pintada de rojo y en frente el terreno bajo de la Isla Menor, y casi bañándose en las aguas, los muros enjalbegados de una casita con su oscuro techo de albaida. ¡Qué bien rimaba con aquel trozo de paisaje grave y solitario, esta choza de tapadera cónica y de paredes pulcramente encaladas! Y entre los juncos de las dos orillas y los matojos y hierbajos de las márgenes, el *Vad-el-Quivir* de los musulmanes y de *Al Andalus*, que tenía el misterio fatalista y la belleza salvaje de un río congolés.

—¡¡Maricrú, Maricrú!!

La voz, clara y viril, rodó por el espacio azul, pasó por encima de las aguas plomizas y perdióse al fin entre los matojos que convertían en un ramillete, en un ramillete descuidado y casi deshecho, a la Isla Menor. El sol reverberaba en los blancos muros de la cabaña y teñía de un color más oscuro, de tabaco, a su techumbre cónica. Por aquellos alrededores seguía reinando la soledad y el silencio. Ni una vaca, ni un toro, ni un becerro, ni siquiera los ágiles potrillos, esas piaras de greñudos que suelen venir a las mismas márgenes del río en busca de pasto tierno y jugoso.

—¡¡Maricrú, Maricrú!!

Las sílabas del nombre místico rodaron de nuevo por el aire como piedras que hubiesen partido de una honda pastoril, diestramente manejada. A este segundo llamamiento, se abrió a modo de una cajita de sorpresa la puertecilla de la cabaña pulquérrima y en el vano se recortó la silueta—blanco y rosa—de una esbeltísima muchacha. Luego, esta aparición fantasmagórica, sin relieve, como si fuera de papel o de una materia traslúcida, dejó el hueco de la puertecilla y avanzó corriendo hacia el río. Ya más cerca, el efecto vaporoso, casi anímico, desaparecía, hasta quedar fijada en las pupilas de Juan de Dios, la figura real de su prometida, la dulce, tierna y blanca vaquerita de El Calvario.

—¡Qué alegría más grande, Juan de Dió! Espera, voy en seguida por ti. La barquiya está

yena de yerba, pero no importa, aunque es chica puede con los dos.

Loca de contento, Maricruz saltó a una lanchilla que balanceábase levemente amarrada a un picacho; quitó las cuerdas del rústico apoyo y con unos remos pequeñitos bogó hacia la otra orilla, donde ya su novio había dejado a la jaca en libertad y avanzaba a pie al encuentro de la barquichuela.

—Deja las palas y cógete a este bichero—le gritó Juan de Dios.

Y desde la orilla, casi metido en el agua, alargábale el palo fino y fuerte de su garrocha. Maricruz, brillándole en los ojos la alegría, asió con fuerza aquel punto de sostén que se le ofrecía y pronto la embarcación de juguete quedó clavada en la arena, y en brazos, uno del otro, la pareja amorosa.

—¡Chiquiya, con las ganas que tenía yo de verte! ¡Si me parese jasta mentira! Pero ¿por qué me lloras, Maricrú?

—Yoro de alegría, Juan de Dió. Déjame. Así me desahogo. Ya ves si soy rara y tonta. Cuando resibí tu carta, en ve de sartá y brincá de contento, me entró una pena mu grande. Creía que argo iba a ocurrí pa que no nos viéramos más.

—Sigues lo mismo de pamplinosa, nena. ¿Cuándo te vas a convensé de lo mucho que te quiero?

—Cuando no tenga que está separá de ti.

—Pues, ahora, chiquiya, nos veremos toos los

días. Ya sabes que me queo de vaquero en La Arbina, y la chosa der serrao que vigilo no me coge tan lejos de aquí que no puea vení a verte.

—¿Es de verdá eso, nene?

—De verdá, Maricrú.

Sentados en tierra, con el río a sus plantas, mirábanse embelesados. La mañana de marzo, luminosa y fresquita, era como un fruto dulce que se paladeara aromado por una brisa suave y con leves efluvios a yodo y a sales del mar, no muy lejano. Cerca de Maricruz y de Juan de Dios, la barquichuela quieta y colmada de hierba, de un verde intenso y jugoso, era una nota viva de color que resaltaba bellamente de las aguas plomizas, del barro bermejo de las márgenes y del azul celeste del espacio. De vez en cuando, sobre el río, pasaban muy altas las avutardas, de rojo y negro y con pintitas blancas; algún que otro milano, los abejarucos de vistosos colores, gavio-tas y bandos nutridísimos de estorninos. También veíase alguna que otra paloma de albo plumaje.

Maricruz, era el tipo opuesto a Magdalena. Blanca, muy blanca, como el pan que sale del horno sin cochura; los ojos pardos y dulces, la boca de labios muy finos, los movimientos castos y la voz sin inflexiones cálidas. La antítesis de Magdalena, física y moralmente. Al lado de Juan de Dios, Maricruz sentía un amor tranquilo, sin nerviosidades, puro y sereno, como su vida: una vida callada, extática, sin sobresaltos

ni más inquietudes que las padecidas durante la ausencia de Juan de Dios. La muchacha, con su vestido rosa y de lunaritos blancos, sugería imágenes plácidas y pulcras. Sus movimientos lentísimos, casi inmatrimiales por la carencia de picardía sensual, eran de ovejita, de ovejita que mira tristemente en torno y marcha sin resistencia al sacrificio. Sentada a medio ganchete, cerca de Juan de Dios, inclinada hacia él y viéndosele el comienzo de su garganta, amasada quizá con jazminillos silvestres, no encendía los deseos carnales, al contrario, dejaba libre un ansia loca de ensueños indeterminados, confusos, vaporosos. Juan de Dios no podía explicarse lo que le pasaba al lado de Maricruz: era algo que no había sentido nunca. Desaparecía el macho, el macho brutal, que durante los meses de servicio al Rey, entraba en los prostíbulos de las ciudades, ávido de hembra... Juan de Dios no había deseado nunca carnalmente a Maricruz; ahora tal vez la deseara; pero al mismo tiempo temía que aquello tan vago, tan indeterminado y vaporoso que él sentía, desapareciera al convertirse el sueño en realidad.

—Y tu padre, ¿sigue bien, Maricrú?

—Tan bueno y tan girocho. Ya le dije que tú yegabas hoy, de manera que no debe tardá. ¡Mira, por ayí viene! Anda. Toma esta cuerda y ata er cabayo en un jinco. Y vamos pa la chosa; porque supongo que te quearás a comé con nosotros después de abrazá a mi viejo.

—Y no te has equivocao, chiquiya; después

de ve a la crú más bonita de este Carvario de las marismas y de echá un sigarriyo con tu pare, había pensao gorroneá el armuerso.

—¿Gorroneá el armuerso? ¿No sabes, nene, que too lo que hay en la chosa de Maricrú es de su Juan de Dió?

Y lo dijo con tanto mimo y brillándole en los ojos tanta ternura que diríanse empañados por unas lágrimas invisibles.

—¡Mi chiquiya bonita!! ¡Si vieras cuántas veses me he acordao de este rinconsiyo! Quiéreme siempre mucho.

Y su rostro se acercó al de Maricruz.

Ella fué la que tornó primero de aquel éxtasis, de aquel comienzo de abandono. Separó su boca de los labios de él y exclamó:

—Aquí, como tontos, y padre ya serca de la chosa. Mira cómo nos jase señas y nos yama. ¡Loco, loco; a lo mejó nos ha visto besarnos!

—Ni que tuviera anteojos—contestó riéndose.

Con rapidez saltaron a la barquilla. Juan de Dios empuñó los remos. Con la piramidita de hierba, verde en el centro y moviéndose con lentitud en medio del río, parecía un islote flotante, y Maricruz y Juan de Dios, dos náufragos felices que hubiesen encontrado ya la costa salvadora.

III

EN toda aquella semana se trabajó mucho en La Albina. El señor Curro no cesaba de dar órdenes que todos cumplían rápidamente y sin la menor protesta. Hubo que separar de las vacas los becerros que aún no tenían el año. Esta labor fué dura y complicadísima porque las madres se resistían a separarse de sus terneros, hasta el extremo de perseguir sañudas y furiosas a los vaqueros. Al fin, con la ayuda de los cabestros, pudo conseguirse que entraran solamente los becerros por el enorme embudo de *la mangá* y que continuaran por la rústica tubería de la alambrada hasta llegar a los corrales y al ruedecillo de la dehesa.

Engañados, entraban los becerros, y al verse allí entre aquellos paredones, mugían rebeldes arremetiendo contra las tablas de los burladeros y de las puertecillas que iban cerrándose cuando cruzaban por los callejoncitos de los distintos apartados.

—Buena *camá* tenemos este año—decía el señor Curro como oficiante máximo que actuaba en estos cultos ganaderiles—. Entre machos y hembras pasan de doscientos. Los sementales se

han portao castisamente; pero también las vacas han respondío. Dos jorras na más. Así ca año aumentan las cabezas y la fama. Ganao como éste no lo hay en toas las dehesas de la marisma. ¿Sabes, Juan de Dió? Te lo dise er señó Curro. Ni en esa isliya adonde tú sueles di.

—Y basta que usté lo asegure pa que yo lo crea.

—Bueno, niño. Vamos a dejá er palique y abre er torí pa que entre el primé beserriyo.

El señor Curro estaba al lado de uno de los burladeros con varios zagales para hacerse del ternerillo en cuanto asomara el hocico por la placita.

—¡Ahí va!—gritóle Juan de Dios abriendo el tablerillo de escape.

Dando saltos, brincos y topetazos como un carnero, irrumpió en el minúsculo redondel el primer bicho. Era negro y con un lucerito blanco en la frente. Bonita estampa.

—¡Tú, *Josele*, y tú, *Cañamón*, a embarbarlo—ordenó el señor Curro a los mozalbetes.

El becerro se defendía bramando y arreaba coces a los dos mocitos; pero uno de los muchachos se le colgó del cuello como un péndulo, mientras el otro, por los cuartos traseros, empujábale con todas sus fuerzas. Anduvo tambaleándose unos pasos nada más, porque al momento mordió el polvo. Ya derribado, un ayuda de vaquero le ató las patas de atrás con una cuerda, y uno de los zagales tumbóse sobre el pecho del ternerillo mien-

tras con sus puños le cogía reciamente los brazos para inmovilizarlo por completo.

A una distancia conveniente distinguíase el fuego formado de boñigas y que brillaban como rubíes de tamaño inverosímil. No salían llamas, porque aquel residuo orgánico, seco y abrasador, tenía la potencia necesaria para enrojecer el hierro del monograma y del número.

Se defendía el indino, y otros dos mozállones se echaron brutalmente sobre él. David, el viejo vaquero, apareció entonces por otro de los callejoncillos, saltó al ruedo y, acercándose a la hoguera, manipuló en los hierros. Sin duda estaban ya en condiciones. Luego, se arrimó al indefenso prisionero, le cortó algunas cerdas de la cola para que le creciera con más pujanza, le hizo en una de las orejas la muesca característica de la ganadería; es decir, lo fañó, y ya con más cuidado manipuló nuevamente en el fuego y ordenó con energía:

—¡Asujétarlo, que ese bicho tié más podé y más mala intensión que su pajolera madre!

Al viejo vaquero, acartonado, enjuto y pequeño, dábale el resplandor de la hoguera en el rostro y toda su figura parecía tallada en cobre. Silencioso y grave, como si iniciara la ceremonia de un rito misterioso, avanzó hacia la víctima. Rápido, agilísimo, estampó el hierro encendido del número, como un lacre, en el costillar derecho y la marca en sitio bien visible. Bramó el becerro dolorosamente, mientras por la atmósfera se ex-

tendía un desagradable olor a carne chamuscada. Luego, enloquecido de dolor y de rabia, intentó erguirse, haciendo que se bambolearan sobre su cuerpo, como en una embarcación combatida por la tempestad, los cuatro zagales; pero ya no hacía falta retenerlo; soltáronle las cuerdas que lo aprisionaban, pusiéronse de pie los muchachos y entonces el becerro, levantándose, dió un segundo bramido de coraje, movió la cabeza de un lado para otro, sacando la lengua, áspera y roja, como si intentara lamerse las quemaduras, y por una de las puertecillas abiertas, ya para franquearle el paso, salió al campo libre, como si le persiguieran un enjambre de *cucas*.

—Ya vas apañao, galán; porque ese es hijo de la vaca *Galana*. ¡No es eso, Daví?

—Sí, señó. Pué apuntarlo con toa seguridá. Es el único beserrillo negro lusero de la cría úrtima.

El conecedor apuntó el nombre y el número en su cuadernillo. Ya, una vez terminada la marca de todas las becerras y todos los becerros, harían la comprobación, soltándolos de nuevo en el cerrado de las vacas. Indefectiblemente, cada ternerillo acudiría al lado de la madre, y entonces podía saberse, sin ningún género de duda, si las inscripciones estaban bien o mal hechas. Los errores eran difíciles, porque el vaquero, por la pinta, por el trapío y por la alzada, conocía a los becerros. ¡Cómo no conocerlos, si a algunos hasta los había visto nacer! Además, cerca de un año alrededor de ellos, contemplándolos de recientes, an-

tes de que mordisquearan la hierba, día por día, y oyéndolos mugir y saltar y revolcarse, no lejos de la vaca que los echara al mundo.

La *Galana* era la cuarta vez que paría. Una hembra y tres machos. La primera andaba ya luciéndose entre las novillas guapas, y como en la tiente había resultado buena, de mucho poder y creciéndose al castigo, estaba destinada ya al serrallo de los sementales. A las hembras no se les bautizaba con el nombre de la madre; se les ponía otro, a capricho del conocedor o del vaquero. Y así nunca podía darse el caso de que las crías de la madre se confundieran con las de la hija. En este árbol genealógico, el padre era lo de menos. Se echaban en el cerrado como simientes, y adivinábese si un ternerrillo o una ternerrilla era de éste o de aquél semental por la planta. Siempre sacaban el trapío del padre y la sangre de la madre. Los hermanos gemelos de macho solían presentarse con cierto hermafroditismo, que perjudicaba a la cría.

Contaba, por tanto, la *Galana* en la dehesa una hija novilla que llamábase *Pinturera*, y tres machos que se conocían con el nombre de *Galán*; tres *Galanes* y una *Pinturera*; uno era ya toro, y de los buenos, como que aquel año el señor Curro pensaba echarlo a las vacas. Y en el misterio de las sombras y a pleno sol, consumábase el nefando pecado de madres con hijos y de hermanos con hermanas.

Curioso era también no encontrar en estos pa-

drones de las ganaderías nombres del santoral. Las vacas llamábanse *Galana, Notaria, Fea, Linda, Sombrerera, Primorosa, Marinera, Emperadora, Flamenca, Panadera, Charrana, Marismeña, Veneciana, Ligera, Reservona, Presumida...* Y los toros, *Galán, Notario, Feo, Lindo, Sombrerero, Primoroso, Marinero, Emperador, Flamenco, Panadero, Charrán, Marismeño, Veneciano, Ligero, Reservón, Presumido...*

Para evitar confusiones en el archivo padronal del conecedor y no equivocarse en la descendencia, el nombre de una vaca no se podía repetir; por eso a veces, agotado el repertorio de oficios y cualidades, echábase mano de apelativos muy absurdos.

Había entrado ahora una becerrilla. Saltaba tirando derrotes al aire y sin dejar de bramar, como enloquecida. De los corrales cercanos al ruedito venía también el estruendo sordo y caótico que producía el pataleo de los bichos aún no marcados, y el concierto infernal de mugidos en notas bajas y altas. Se explicaba la frase: "aquello parecía un herradero". Aumentaba el estruendo. A los berridos, a las patadas y a los topetazos sobre puertas y muros, uníanse las voces de los zagales, de los vaqueros y del señor Curro, que dirigía la faena, gritando también como un energúmeno.

Los becerrillos, inquietos y nerviosos, enfurecíanse a cada momento más, porque hasta ellos había llegado el olor de la piel chamuscada. De

un olfato finísimo—el olor de la sangre lo notan a una distancia de varios kilómetros—venteaban el peligro, pues acostumbrados a una libertad absoluta en la llanura sin límites, advertían ya la encerrona.

Ahora, David el vaquero marcaba una hembra, que aún se debatía con las patas atadas y bajo la presión brutal de cuatro zagales. Las becerras solían resistirse con más brío y más acometividad que los machos. Al estamparle el hierro en rojo y chirriar la carne como si estuviera friéndose, rodaron por tierra los cuatro mocitos, y la ternera comenzó a lanzar mugidos prolongados de rabia y de dolor. Al fin, ya libre y como perseguida por demonios, dió varias vueltas por el herradero. Todos guareciéronse en lugar seguro para evitar revolcones y topetazos. Y la becerra desapareció dando brincos por una de las puertecillas que daba al campo. Iba con las orejas amúsgadas, el hocico blanco de espuma y la lengua fuera, como hidrófoba.

—¡Vaya un genio que trae esa arrastrá!—apuntó el señor Curro.

—Como que es hija de la *Reservona*—repuso el vaquero.

—¿Y qué nombre le ponemos, Daví?

—Pa no duplicá los que ya hay, me parece que voy a tené que estudiá hasta chino.

—Pos ya que sarta tanto, póngale *Cigarrona*; ese nombre no lo ha yevao ninguna noviya de aquí. Digo, si no estoy equivocao.

—Voy a verlo, Daví.

El señor Curro estuvo un rato pasando hojas y hojas de su libreta.

—Pues tiés rasón. No aparese ninguna *Cigarrona*. De manera que de acuerdo. Ya está bautisá. Toos los hijos de ésa, si en la tienta resurta brava, que resurtará, pues tié genio la indina, se llamarán *Cigarrones*.

—Lo malo es—intervino Juan de Dios, riéndose—si salen mansos al lidiarlos y les da por sartá al cayejón. Figúrese usté er pitorreo der público.

—Mira, niño, no tengas malange — replicóle serio y grave el señor Curro—. De La Arbina no ha salío hasta ahora ningún toro, ni saldrá mientras yo viva, que hayan tenío que echarlo al corrá por buey. ¿Te enteras, Juan de Dió?

—No *me se enfae*, señó Curro, que no le he mentao la bicha.

—Peó que mentá aquí esa cosa es chunguearse de mi ganao. No lo orvíes, Juan de Dió, mis toros son los más bravos de Andalucía y de toa España y de too er globo terráqueo. Mis toros los echo yo a peleá con elefantes, con leones, con hipopótamos, hasta con lo más malo y lo de más cudiao que hay en er mundo; hasta con mujeres.

Esta terminación humorística de la réplica del señor Curro, hizo lanzar la carcajada a David, a Juan de Dios y a los zagales.

En toda la tarde no se interrumpió el tiroteo de frases ingeniosas, mientras las faenas de la

marca, del corte de la cola, de la numeración y de la faña de los terneros, continuaban sin el menor contratiempo.

Al oscurecer dejóse en libertad al último becerro chamuscado. También alejábese de aquella típica barbería, enclavada en la dehesa, dando botes y berridos, como sus compañeros de quema.

IV

-**Y**O creo que no se orvía na; aquí tienes las teleras, el aseite, el vinagre, la sal, garbansos y habas. Voy a ponerte también un poquiyo de vino.

—No. Déjalo, Magdalena; la bebía en la marisma no me gusta; quema demasiao er só.

—De desagradesíos está er mundo yeno.

—No es eso, chiquiya; es que er vino me cae mal. No estoy acostumbrao.

—¿De modo que otra temporá sin verte?

—Hasta er domingo, que vendré a jaser el costo. El administraó quiere que se vigile bien el serrao de los erales, porque suelen colarse los afisionaos a torearlos. A lo mejó viene Leandro entre eyos. Ya sé por padre que se fué de aquí y que va por esos pueblos de capea en capea. Mira, quisá haga suerte, porque toos los que andan por esos mundos, sin corasón, les va bien.

—¿Y cómo sabes tú que Leandro no tiene corasón?

—Porque no ha tenió nunca apego a ná. Eso lo sabes tú también.

—¿Yo?

—¿No te acuerdas de lo del triguero? Sinco

años han pasao ya, y a mí me parese que fué ayé cuando vino a traerte la jaula con el pájaro siego.

—¡Buena memoria tienes, Juan de Dió!

—Las cosas desagradables se graban siempre más que las buenas. No debía pasá eso, pero pasa.

—Pues mira, te parecerá raro; pero yo había orvidao por completo lo del pajariyo y hasta a Leandro.

—Pues yegó a pretenderte—dijo Juan de Dios, riéndose y mirando a Magdalena con picardía.

—Nunca le hise caso a ese bruto.

—Y que lo digas. Muy cabá tié que sé un mosito pa que puea emparejarse contigo. Yo creo que no ha nasío entoavía. ¿Y tú, Magdalena?

—Eso es mucho desí, Juan de Dió. Además, te advierto que no me importa quedá pa vestí imágenes.

—En estas soleaes es difísi que se presente argo que varga la pena.

—No dirá eso Maricrú.

Al pronunciar estas palabras se quedó mirando fijamente a Juan de Dios. Estaban en la salita-despensa del cortijo. Por una ventana entraba la luz del mes de abril, una luz que teñía de rosa los muros encalados. El canasto con los víveres descansaba sobre una mesita al lado de ella; seguían los dos de pie, muy juntos. Juan de Dios se quedó mirando también con fijeza a Magdalena y le preguntó puerilmente:

—¡Vamos a ve, niña! ¿A ti qué te parese mi novia?

Hizo un prodigioso esfuerzo sobre sí misma para disimular la turbación que le producía aquella cándida pregunta, y ya algo más serena, repuso, bajando la vista y fingiendo indiferencia:

—No he hablao con Maricrú más que una ve, cuando madre me yevó a La Puebla. Por casualidá estaba ayí pasando unos días en casa de unos parientes. Hase de esto dos años, a poco de tú irte al servisio. Una muchacha muy formalita me paresió entonses.

—Y lo sigue siendo, Magdalena, porque no tiene malisia, ni es presumía, ni pamplinera; una chiquiya de esas que hoy se puén contá con los deos.

—Cuando tan chalao te tiene, además de formá, lista ha de sé la mosita. Pues ten cudiao, Juan de Dió, que los hombres a veses sois mu tontos.

—La misma seguridá tengo en su cariño como en er tuyo.

—Er cariño mío es distinto, Juan de Dió.

—¡Claro que es distinto, como que es de hermanos!

—Por eso pues tené seguríá en mi cariño.

—Y en er de Maricrú también. ¿O es que tú sabes argo? Habla, Magdalena.

Juan de Dios, nervioso, le había cogido una mano, y mirándola a las pupilas hondamente, como si quisiera leer en el fondo de ellas, no cesaba de repetir:

—¡No me ocurtes ná; habla, habla!

—No seas tonto, chiquiyo, y suértame, que me

hases daño. Yo no sé ná de eya, ni de naide, y perdóname si con mis palabras he sembrao en ti la desconfiansa. De otra mujé, aunque no la conosiera, te diría lo mismo. Como te quiero mucho, por eso me da tristesa de que un día dejes er corasón en podé de quien no sepa apresiá lo que le entregas. Eso es too. Si Maricrú se porta bien, lo que te digo sobra; ahora, si no te sale como tú piensas, tar ve no te vengán mal estos consejos.

—Si tú conosieras a mi novia a fondo, no dirías lo que dises.

—No quiero que me pongas esa cara, Juan de Dió. Mira que se me sartan las lágrimas. Soy una bruta, sí, una bruta, que mi afán es alegrarte y consigo siempre too lo contrario. ¿Me perdonas?

—¿De qué, chiquiya, de qué? Ya sabes que no soy tu hermano. Pero un hermano de verdá no te querría lo que yo te quiero.

—¿Entonces no estás enfadao conmigo?

—¿Te guaseas de mí, nena? ¿Me has tomao por la vaca de la boa? ¿Enfadao yo? Si estoy más alegre que *el Plantáito* cuando consigue yevarse una noviya por la cuarta parte de su presio.

Reían ya los dos como desligados de todo pensamiento amargo y de toda preocupación angustiosa. Magdalena era tan feliz en este momento, que se olvidaba de Maricruz para no pensar más que en Juan de Dios.

—Mira, ayí, en la chosa, ties de too. Te he puesto un espejiyo, un peine, un búcaro; en la ventana, una masetita con arbaca, y corgao der

poste del sentro, ar láito der candí, un armanaque y aquel retrató que nos hisimos en Coria toos juntos, antes de irte a serví al Rey. Así no nos echarás en orvío.

—Con fotografía y sin eya, ¿te crees tú que puedo yo olvidaros? Ni a madre, ni a padre, ni a ti, Magdalena. Y déjame que les diga padres porque pa mí lo son, aunque en los papeles vayan escritas otras cosas.

—Pero Juan de Dió, ¿todavía de palique? ¿A qué hora vas a yegá ar serrao?

Era Emilio el casero, que venía de la cocina, enviado por el señor Curro, inquieto ya por la tardanza del muchacho.

—En seguidita voy. Me estaba preparando Magdalena lo que he de yevarme.

—Pues espabila pronto, que er conoseó está de nervioso como un noviyo encajonao.

—¿Y madre?

—Ahí fuera está también. Y convertía en palafrenera, porque te tiene el cabayo de las riendas.

—Bueno. ¿Está ya too, chiquiya?

—A mí me parese que no se orvía ná. ¡Ah, mira!—y sonrojándose, continuó: —Ayí, en la cabaña, ensima der catre, tiés una honda trensá y adorná por mis manos; yévala siempre liá a tu cuerpo, que es buena y pué servirte pa las arrancás de los bichos marrajos.

—Gracias por el recuerdo y hasta la vuerta. ¡Padre, venga un abraso, y tú otro, que te lo

píde tu hermano, ¿sabes? Tu hermano, que te quiere más que a una terneriya resién nasía.

El padre de Magdalena echó el trapo a reír. Le hacían mucha gracia las imágenes de comparación que empleaba siempre, entre burlas y veras, su hijo adoptivo.

La muchacha, pasivamente, pero con los ojos medio empañados de tristeza, se dejó abrazar por Juan de Dios.

EN los primeros días, aquella soledad le causó un tormento indecible. Arriba, la curva inmensa del cielo, y abajo, la tierra extendiéndose llana, verdosa, y con los puntitos negros, grises y castaños de los toros. La choza, de recios muros y techumbre cónica, estaba enclavada estratégicamente. Sentado con tranquilidad a la sombra de sus paredes, bajo el hueco de su puerta, podían recorrerse con la vista tres cerrados; aunque el río y la Isla Menor no caían cerca de allí, Juan de Dios iba casi todas las tardes, después de vigilar el ganado, a pelar la pava con Maricruz. Así pudo resistir el tormento de aquella vida solitaria y salvaje. Pero al mes de estar allí empezó a encontrar grandes atractivos en este destierro marismeño. Poco a poco, familiarizábase con los toros; algunos venían hasta cerca de la cabaña. Y como disponía de la mañana, de la tarde y de la noche para observar, hizo descubrimientos curiosísimos.

Un cerrado de aquellos animalitos, en pequeño, era un mundo, un trozo de sociedad, con gencilla ambiciosa, altiva, pordiosera, valiente, cobarde, noble, rastrera, aprensiva, desaprensiva, pródiga, cicatera, de carácter abierto y reservón,

con prejuicios morales y sin ellos, ladrona, criminal, ventajista, en fin, todos los vicios y todas las virtudes, y era interesantísimo fijarse en el desenvolvimiento de esta asociación comunista, y como de repente, uno de aquellos bichos adquiría preponderancia sobre los otros y erigíase en dictador.

En esta asociación brava y arisca, tenía Juan de Dios amigos de verdad, cerca de los cuales podía pasar montado en su jaca, casi rozándolos; pero tenía también enemigos irreconciliables, fieras que solían encampanársele en cuanto no guardaba con ellas las consideraciones debidas o la distancia conveniente. Conocía ya Juan de Dios de lo que era capaz cada uno de aquellos bichos. Y en la manera de mirar, adivinaba las intenciones más ocultas. Supo entonces también que cada uno de ellos tenía un sitio determinado para dormir, su *jechío*, su cama, siempre dispuesta al aire libre y bajo la inmensa bóveda del cielo marismeño. Por lejos que estuviesen del sitio que buscaran para descansar, nunca habían dejado de acudir a su *jechío*. Y al levantarse quedaba allí como grabada la jacilla, hecha en tierra por el cuerpo del toro. Y notábase desde lejos, porque en torno del terreno aplastado brotaban matojos de gramíneas y en el suelo calcábase así la silueta de la fiera con más nitidez.

Observó también Juan de Dios a los toros solitarios, a los que, desdeñando la compañía de los otros, como filósofos, huían del mundanal ruido. Venían después los grupos de jóvenes que se divertían persiguiéndose como chiquillos. Y los que

en broma probaban sus fuerzas haciendo el escudo con el compañero. Modo hábil y noble de ver si llegado el momento podían vencerlo en alguna riña seria. Estos eran los bichos marrajos, los reservones, los que, emulando al hombre, se aprovechaban de un descuido del contrario para asestarle con todas las seguridades y sin comprometerse, la puñalada trapera. Veíanse también allí a los viciosos, ocultos y como avergonzados, entre las grandes matas de meleras, bayuncos y almajos. La soledad, la carencia absoluta de la hembra como en los seminarios, los conventos, los presidios y los cuarteles, había sido la causa de la perversión. Y solían encontrarse toros bravos y nobles con la sexualidad invertida. Juan de Dios pasó toda una tarde distraidísimo, observando a uno de estos bichos. Era un toro "chorreao", de muchas arrobas y de bonita estampa. A su lado retozaban dos erales finos, pequeños y de una gran viveza. El toro, con mimo, lamía a los dos becerros, mientras con desconfianza miraba en torno de él, bramando con rabia cuando veía que alguno de sus compañeros de cerrado intentaba acercarse. Así retenía a sus efebos. Y de vez en cuando el acto, indecoroso y repugnante, contra natura, consumábase. Los erales, muy contentos, seguían al lado de este toro tan complaciente y le perdían el respeto, hasta el extremo de darle coces y quitarle la hierba de la boca. Todo lo sufría con paciencia de benedictino este desaprensivo animal-

to, que tantos imitadores tiene hoy día en la ciudad.

Quiso Juan de Dios que no se repitiera el nefando pecado y trató de separar al toro de sus jóvenes adoradores. Nunca lo hiciera. Tuvo que salir del compromiso a uña de caballo, y gracias a su destreza pudo escapar indemne de las tarascadas del sodomita. Lo mismo, lo mismo que le hubiera ocurrido entre la gentuza equívoca de un pueblo civilizado.

Y dejando aparte estos extravíos del instinto, ¡qué de cosas tan bellamente humanas observó Juan de Dios en el cerrado de las vacas! ¡Con qué gracia acudían los becerrillos a las llamadas de la madre! ¡Desde muy lejos venían dando saltos por el tapiz de la pradera con rápidos y airosos cabeceos, mientras los cuernecillos, tan blancos que parecían de leche, resaltaban de los testuces negros, rojos y castaños! Había paridas primerizas, que casi se volvían locas de alegría cuando el ternerrillo juguetón mordíalas cariñoso, pretendiendo en broma medir ya sus fuerzas, arrancándose como novillos. La madre, comprensiva y sabia, dejaba que los blandos cuernecitos le hicieran cosquillas en la piel, y cuando el becerro insistía hasta agotarle la paciencia, entonces, con el hocico, empujábalo hábilmente y hacía le dar tres o cuatro volteretas en tierra como a un animalillo amaestrado. Luego, pesarosa tal vez de haberlo rechazado, acercábase, le pasaba su lengua, áspera y húmeda,

por todo el cuerpo, y dócil, con una mirada mansa y amorosa, presentábale la ubre henchida.

El becerrillo levantábase dando brincos de contento, metía la ágil y viva cabecita bajo la curva acogedora del vientre de la madre, y bárbaramente, como un verdadero becerro, como lo que era, tiraba del pezón. Algunas mugían doloridas; pero permanecían quietas sin rechazar al hijo cruel, aguantando sumisas, pero con la boca llena de espuma, el tormento de aquella succión brutal. Las vacas viejas y otras muy fecundas, que acostumbraban a parir todos los años, resistían bien este sufrimiento; pero en las primerizas notábase siempre esta sensación angustiosa de martirio mudo.

Juan de Dios observábalas de lejos. Era peligroso acercarse por el estado de irritabilidad. Y no obstante, para aguantar mejor aquel bárbaro estrujamiento del pezón, que se extendía y encogíase como si fuera de caucho, la vaca, mansamente, lamía a su becerrillo. Al dolor que producíale el hijo, respondía la madre con una caricia.

¡Y aquella otra vaca bierva, a la que se le murió el ternerrillo y que no dejó que se aproximara nadie para quitárselo! ¡De un amor de madre así, no oyeron hablar nunca en la dehesa! La vaca seguía dando leche como si esperase que resucitara la cría. Ni las hondas ni los cabestros sirvieron de nada. La vaca seguía allí al lado del hijo muerto y atenta al menor ruido. Las piedras del viejo

David y de Juan de Dios, lanzadas con destreza, iban a rebotar en los cuernos; la vaca, entonces, daba un mugido cavernoso y triste; pero seguía allí, al lado del yerto ternerito, sin retroceder un paso, inyectadas de sangre las pupilas. De noche, el bramar angustioso de esta vaca llegaba hasta la choza de Juan de Dios, y era como si de las entrañas de la tierra brotase un quejido interminable, misterioso, infinito.

Días, meses, estuvo la vaca allí guardando el cuerpo del hijo, ya descompuesto; ni las aves de rapiña pudieron aprovecharse del botín. El sol fué comiéndose la piel y los tejidos blandos, hasta que allí, sobre la hierba reseca, no quedó más que un esqueleto trágico y luego un montón informe de huesos. Y una tarde, al fin, con los cabestros y las hondas lograron llevarse la vaca de aquel sitio. Iba la pobre con los ijares hundidos, con las pupilas turbias, el andar lento y señalándosele todas las costillas. Fué inútil también esta separación. Y poco tiempo después de haberla alejado de los restos ya fósiles del hijo, murió la madre.

¡Qué fuentes de ternura descubría Juan de Dios en esta vida sencilla y, al mismo tiempo, brava y salvaje de las vacas y de los toros! ¿Y el instinto de conservación en algunos becerrillos cuando moría la madre de sobreparto o se presentaba la paraplejía seguida de infección? Muerta la madre, el ternerillo, que aun no podía alimentarse de gramíneas, iba en busca del sustento.

El que no era audaz, abandonábase a su destino, y si el vaquero no acudía en su auxilio dándole leche en un cubo o del mismo pezón de una cabra, dejábase morir; pero el listo, el charrán, el becerro ladrón, como lo llamaban los conocedores, dedicábase a rondar cerca de las vacas paridas, y en un momento de descuido colgábase de un pezón. Al advertir la burlada que aquél no era su ternerillo, arremetía furiosa contra el aprovechado mamoncete; pero ya el huérfano que barruntara el peligro, soltaba la ubre después de un hábil y bárbaro estrujón y con los hocicos blancos de leche, alejábase dando botes y con el jopo tieso en busca de otra nodriza de mejor carácter. Y así continuaba su vida de pilluelo de la dehesa, burlándose de todas las vacas paridas y alimentándose de ellas hasta los ocho o diez meses que podía prescindir en absoluto del jugo lácteo. A veces, una vaca, furiosa porque engañábala en la sombra ocupando el puesto del hijo, conseguía darle una cornada; y el ladronzuelo huía, mugiendo de dolor; pero cuando el pitón no había tocado vísceras de importancia, esto no era más que un incidente sin trascendencia en su vida aventurera. El sol, el divino sol marismeño, caía de lleno sobre la herida, y en pocos días la cerraba por extensa y penetrante que fuese.

¿Y el toro que no podía prescindir de saciar sus deseos genésicos, y burlando la vigilancia del vaquero y de los cabestros iba a otra ganadería en busca de hembra? Uno de estos barbienes con-

quistadores había en la dehesa. Un bicho zaino, de bonita estampa, que frecuentemente rompía los alambres de la valla, y tranquilo y con gran mansedumbre emprendía el camino por donde venteara a la vaca. Saciados sus apetitos carnales, el Don Juan de las praderas volvía con las primeras sombras del crepúsculo vespertino, para dormir, como de costumbre, en su *jechío*. Y tanto a la ida como a la vuelta, el Tenorio selvático y rijoso, si se encontraba a alguna persona por el camino que seguía, respetuoso, la dejaba pasar sin voltearla. Comprendía quizá que aquella senda no estaba abierta para él, sino para los servidores de los cortijos. Y así, fingiéndose buey, recorría el camino sin obstáculos y sin pependencias. En ocasiones era una novilla mansa el amor volandero de este Don Juan, granuja y comediante. Si quedaba preñada, la cría llamábase entonces de media sangre. A estas incursiones de los toros bravos en sitios donde pastaban vacas mansas, debíase que de vez en cuando salieran becerrillas y becerrillos que embestían como si fueran de casta. Este ganado de media sangre, morucho, servía también para torearlo. De esto podían dar fe *el Plantaíto* y su nene. Las terneras, hijos de toro bravo y de vaca mansa, cuando se convertían en novillas y tenían a su vez cría, con el fin de que no se arrancaran al intentar quitárselas, el vaquero defendíase a pie firme, volteando la chivata en el aire y propinándole con ella un fuerte golpe en los supranasales, mientras que, aprovechándose

del dolor y de la sorpresa de la madre, arrebatábale el recental.

Vacas había también, aunque era rarísimo, que repudiaban a la cría. Entonces, como a la mujer, al poco tiempo se le retiraba la leche y el desgraciado ternerrillo tenía que buscarse una nodriza.

Juan de Dios, en los días de soledad en la dehesa, pudo convencerse de la cantidad enorme de hierbas que ingería el ganado. Y le parecía entonces creíble lo que en una ocasión le dijo David, el viejo vaquero:

—Mira, a un toro le caben en la pansa serca de cincuenta kilos de alimentos. Y la rumia es que güerve la hierba a la boca después de haberla deglutío. Si la rumia se retarda, los alimentos se echan a perder en la barriga. Y cuando con la lengua, al lamerse el hocico, se arrancan pelos, tienen mala digestión.

El viejo vaquero, prácticamente, sabía mucho de esas cosas. En ocasiones, el bicho, sin darse cuenta, se tragaba los pelos envueltos en la yerba, y entonces formábasele en la panza las egagrópi-las, que proceden de una digestión anormal y laboriosa.

Juan de Dios observó también cómo en los días calurosos iban cerca de los lucios, donde había tierra mojada, y con las patas lanzaban surtidores de arenilla húmeda al aire. Esto producía un gran bienestar, porque al descender caía sobre los lomos, y así podían resistir el calor asfixiante y enervador de julio y agosto, que tanto influía

en el temperamento nervioso-sanguíneo del ganado.

Notaba también el aplomo y la gravedad de los machos que habían madrigado. En la manera de mirar y de moverse y en la majestad de su figura adivinábase al toro padre. Pudo observar también cómo todos los bichos recostábanse en el *jecho* sobre el lado izquierdo. David afirmaba que esto lo hacían porque el riñón de ese lado lo tenían más cubierto de sebo.

Juan de Dios observó, además, que el ganado, de los alimentos silvestres, preferían la grama, el trébol y la mielga, y que en junio era cuando los toros estaban más *regordíos*. En ese mes tenían bichos en algunos cerrados dispuestos ya para la lidia, que pesaban treinta arrobas y vacas hasta de veinte.

Poco a poco iba haciéndose Juan de Dios un gran vaquero. Sabía, por lo lustroso del pelo, la viveza de la mirada, la nerviosidad de las orejas, los movimientos pausados del ijar, la respiración y la humedad verdosa del hocico, si estaban sanos y vigorosos. Así veíaseles en abril, cuando ya no les combatía el frío crudo y acerado del invierno y comenzaban, según frase de los vaquerizos entendidos, a calentarse y a criar polvo en el lomo. La observación continuada le hacía comprender muchos secretos de la vida misteriosa y solitaria de estos fieros habitantes de las marismas guadaluquivireñas. Tan familiarizado estaba Juan de Dios con alguno de estos animalitos de buenas

intenciones, que a veces, desde el caballo, se permitía rascarles el testuz con la garrocha. Esta proeza hacía la Juan de Dios de tarde en tarde, pues sabía que era peligroso prodigarla. El toro más noble y más tranquilo podía arrancársele de pronto, y en el primer impulso, por ligera que fuese la jaca, sería alcanzada sin remedio. Casos conocía Juan de Dios en que la muerte puso un epílogo trágico a la audacia del garrochista.

VI

LA tiente de becerros anunciada para los primeros días de junio, había transformado todas las dependencias del cortijo. De la soledad y de la calma se pasó al barullo y a un continuo cruce por el patio descubierto de cardadores para las tierras de labor y de peones que iban de *vará* para el arreglo de las berlingas y alambres de la mangada y de algunas cercas de los distintos cerrados.

La vivienda del amo, unida, pero incomunicada siempre con la del casero, tenía ahora franca la entrada por una puertecilla de escape a la cocina del cortijo, y mientras la señora Gracia trajinaba por las habitaciones del primer piso, Magdalena ocupábase en aljofifar el pavimento de ladrillos y de losetitas de la planta baja.

La casa del amo dejaba únicamente su tristeza de hogar deshabitado cuando aproximábase el día de la tiente de los becerros, operación que casi siempre presenciaba el dueño de la ganadería. Realmente era una fiesta campera concurridísima. Y por esta causa, Gracia y su hija, en la vivienda del amo tenían que pasarse mañanas y tardes en

el arreglo y limpieza de las alcobas que ocuparían los invitados. El día antes de la tiesta presentábase el administrador, con el fin de hacer la distribución de los dormitorios, pues ya sabía por el dueño la gente que iba a concurrir. Acudían a estas fiestas aristócratas aflamencados, toreros, señoritas románticas, histéricas y viciosas y pollitos vagos y un poco idiotas. Un mundo algo arbitrario de individuos listos y tontos, normales y anormales y de personas agradables y desagradables. A costa del ganadero se comía y se bebía sin tasa, y muchas veces el acoso y la tiesta de los becerros terminaba en bacanal.

* * *

Don Pepe, el administrador de La Albina y de otras dehesas del ganadero, era un tipo genuinamente andaluz, un andaluz de verdadera cepa, con mucho de campesino, de artesano y de hombre de la ciudad. Por su empaque y gallardía, todo un caballero, y por la bondad y llaneza de sus modales, un hidalgo pueblerino. Vestía siempre de corto, traje oscuro, pulcrísimo, y a pesar de no haber llegado a los diez lustros, tenía el cabello completamente blanco; los ojos azules, de un azul celeste, de aguas limpias y poco profundas; la dentadura, ancha y blanca; las mejillas, de un claro color de manzana y siempre como si acabara de afeitárselas. Usaba dos sombreros, típicamente sevillanos, de alas tiasas y acometedo-

ras. Uno blanco y el otro negro. El primero lo usaba cuando iba a caballo por las dehesas; el segundo se lo ponía cuando terminaba su visita de inspección por los distintos cerrados y marchábase pinturero y jacarandoso a Sevilla. Don Pepe era castizo y sabía llevarse bien con sus iguales y, sobre todo, con sus inferiores. Disponía, por tanto, de ese sexto sentido del cual carece media humanidad: el sentido de hacerse cargo.

—Oye, Juan de Dió; es nesario ir al serrao de los erales, donde están las jacas, y traerse cuatro o sinco. Así, con las dose que tenemos en la cuadra, habrá sufisiente pa los invitaos que no quieran presensíá la tiente de beseros desde er parquito.

—Ahora mismo voy, don Pepe.

—Yévate ar *chanca* y a unos sagales pa que te ayúen.

—Así lo haré.

—¡Ah! Oye, si ves a Daví, dile que no se orvíe de mandá gente a la vaya de la mangá, que está partía serca del embúo, y a lo mejó se escapan por la rajaura las beserras que se han de tentá en el ruego del cortijo. ¡Ah! Jéchame pa acá a tu padre y ar conoseó, que quiero hablá con eyos.

—¿Argo más, don Pepe?

—Se me orvidaba. Di también a tu madre que haga una lista de lo que nesite pa da mañana de comé a unos treinta invitaos de campaniyas.

—¿Invitaos de campaniyas, don Pepe? ¿No

serán de campaniyos?—dijo Juan de Dios, jugando maliciosamente con los vocablos.

Severo, pero en un tono de reconvención amistosa, el administrador advirtióle:

—Cuando tengas diez años más no harás chistes de esa clase ni verás las cosas tan en sainete, Juan de Dió.

* * *

Quince caballos con silla vaquera habían salido aquella mañana de La Albina, llevados por yegüerizos con dirección al puentecillo de la isla para esperar allí a que llegaran los autos con los invitados a la tienda. El caserío del cortijo, desde el alba, comenzó a adquirir inusitada animación y un aspecto distinto a los demás días. Un muchachito valenciano, largo y delgado como un bayunco y moreno como un almajo, estaba en la dehesa de *chanca* con el fin, según él, de familiarizarse con los toros, pues aspiraba a emular la gloria, y no la desgracia, de Granero, su paisano; entreteníase desde que amanecía, y por orden del casero, en limpiar de gramíneas y de brozas las senditas que iban a todas las dependencias y en amontonar detrás del tinaón y de los pajares toda la basura que recogía.

En los corrales y en los apartados de la pequeña plaza, donde habría de efectuarse la tienda de las becerras, varios zagales y ayudas de vaquero, ponían aceite en los candados, repasaban goznes, cerrojos, cuñas y cuidábanse asimismo de

oxear a las gallinas y de espantar a los ánsares domésticos que solían meterse por aquellos recovecos en busca de soledad y de gusanillos más sabrosos. El conocedor, en su alcoba-museo, preparaba el cuadernillo rojo y el lápiz de la punta roma, colocaba artísticamente en la pared los campanillos y los cencerros; bruñía, hasta sacarles brillo, los números y marcas de los hierros; apoyaba en el poste central del dormitorio las garrochas de haya, pino y de una madera americana llamada majagua; hacía descansar sobre la colcha encarnada del catre, como una fantástica coraza de los tiempos medievales y caballerescos, la formidable pierna de hierro que había de servirle al tentador; limpiaba los zahones, el sombrero ancho, y con una varita sacudía el polvo al borren delantero y trasero de la silla vaquera.

La señora Gracia estaba en la cocina y tenía colgado de una cuerda, que pasara por una viga del techo, a un cordero, ya con la piel medio desprendida de la carne. En un ancho lebrillo caía la sangre que aún brotábale de una honda herida y que fingía un collar purpúreo en la blancura de la garganta. Emilio, con varios zagales en la salita que comunicaba con su alcoba, llenaba los depósitos de aceite y de vinagre que aquella mañana, con sal, teleras y garbanzos, habían recibido en un carro desde La Puebla. Mientras tanto, Magdalena, en el comedor del amo, colocaba las latas de conserva y las botellas de vino y de licores que mandara el ganadero días antes para obsequiar a

la distinguida concurrencia. Esta habitación relucía de limpia, con su precioso zócalo de azulejos claros y su pavimento de enladrillado escarlata. Una de las ventanas daba al jardín, y veíanse brillar al sol los claveles, las rosas, los geranios, las dalias, los jacintos, las amapolas y los pensamientos de terciopelo y de pétalos policromados.

Juan de Dios buscaba en desvanes, graneros, y detrás del caserío, entre matojos y leña amontonada, huevos de gallina y de ánsares. De estos últimos tenía ya cubierta hasta los bordes una gran orza, y con ella en los brazos, alegremente, vino en busca de Magdalena.

—Ya está cumplió tu encargo. Aquí tienes. Pasan de veinte. Son grandísimos. Mira. Paresen de avestrú; como que deben de tené dos yemas.

—¡Chiquiyo, qué barbariá! Ese de arriba pesa lo menos medio kilo. Anda, vamos a ponerlos en esta fuente plana pa que los vea el amo cuando yegue.

Verdaderamente eran enormes. Muy blancos y de tamaño doble al de un huevo de pava, y sabrosísimos; como que Juan de Dios, al colocarlos en la fuente, le dieron tentaciones de escamotear uno de los más gordos. No lo hizo porque Magdalena se adelantó a su deseo.

—En la cara te he conosío que te comerías ahora mismo uno de ellos. Anda, coge ése, y yévaselo a madre pa que te lo fría.

—Pa que nos lo fría; porque yo quiero que tú tomes parte en er banquete. Con sá y con un

cachito e telera pa mojá, estará riquísimo. ¿Hase?
—Bueno, hombre; aquí te aguardo.

* * *

Habían llegado al caserío de la dehesa casi todos los invitados. El movimiento de figuras animaba aquellos alrededores. Trajinábase en la gañanía, en el tinaón, en las cuadras y en los corrales de la placita. Con el amo, un cuarentón moreno, muy flamenco y con patillas de boca de hacha, venían sus dos hijos: una hembra y un varón, bien plantados y que no desmentían la procedencia. Y en ella y en él acusábanse los rasgos más característicos de su progenitor, don Félix Venera. La madre de esta pareja, de tan bonita lámina, había muerto ya hacía varios años. La gente de la dehesa recordaba el luto campero, que consistía en llevar algún tiempo a los bueyes sin cencerros. Acompañaban al ganadero, además de sus gentiles retoños, tres pollitos de la rancia nobleza andaluza; pero completamente arruinados; una marquesa otoñal y ávida de sensaciones fuertes y complicadas; *el Chivo*, un torero famoso por lo feo y por lo bien colocados que tenía los "riñones", según afirmaba la afición; a su lado, remedándolo en el vestir y en la manera de expresarse, veíase a Leandro, el antiguo gañán de La Albina, que, merced al apoyo del ganadero y de *el Chivo*, había ya debutado en Sevilla como matador de novillos. Cerraba esta rueda, un poco

absurda, de visitantes, dos bailarinas, también de renombre; cinco o seis tipos innominados, de esos que no faltan nunca en ninguna fiesta, y un revistero taurino.

Don Félix, desde su llegada al caserío, dejó que sus dos hijos atendiesen a los invitados, abriendo botellas de Jerez y de manzanilla, en el comedor ya preparado por Magdalena, mientras él, en una salita del piso alto, estaba de charla con don Pepe y el señor Curro, para enterarse del número de becerros y becerras que había dispuestos para la tiente. Magdalena y Juan de Dios, como fieles criados, pusieron a las órdenes de los hijos del ganadero. Cuando la nena de la señora Gracia llenaba las finas y estrechas copas de un reluciente cañero, acercósele Leandro, y le dijo:

—¿Tanto he cambiao, que ya no me conoses, chiquiya?

Magdalena derramó el vino sobre el metal del ruedo áureo, y sorprendida, quedóse mirando fijamente a quien le interrogaba.

¿Era posible? ¿Podía variar tanto una persona en cinco años? Poco a poco reconocía al individuo, que reía, como gozándose en su asombro. El zagalillo que la requiriera de amores, el mocito que había dejado ciego a un triguero para que cantara dentro de la jaula, Leandro, en fin, la miraba ahora burlonamente y con la estúpida altanería del que se cree colocado en un plano superior. Y Magdalena, repuesta ya de la sorpresa, exclamó, un poco irónica:

—Pues ha tenío salero la cosa, Leandro. Al prinsipio, la verdá, no te conosía. Yo te he visto siempre por aquí con gorriya de visera, susio, con ropa de desecho y las alpargatas rotas, y ahora te veo vestío de corto, con pechera armidoná y borseguíes.

—Too eso es porque soy arguién; porque me juego la vía delante de un toro y no se me arruga el ombligo. Por eso el amo me ha protegío; digo, don Félix, porque pa mí ya no es el amo.

—Pues pa mí, sí—repuso desabridamente Magdalena.

—Yo no te he querío ofendé, niña. Perdona si te digo las cosas como me salen de dentro, sin adornarlas.

—Has cambiao de ropa, Leandro; pero no has cambiao de maneras; al más avisao le pierde el orguyo o el amor propio.

—A la vista está; antes era yo aquí el úrtimo mono, casi lo mismo que er *chanca*; hoy soy er noviyero Leandro Arcará, sin alias.

—Y que lo seas por muchos años.

—Gracias, presiosíá; porque te advierto, Magdalena, que estás muy guapa.

Y Leandro añadió en un tono más bajo, de confianza:

—A pesar der cambio, me interesas entoavía. Lo que a mí me jase tilín una ve, me lo jase siempre.

Ella repuso entonces, sin fingir ya la repulsión que le causaba aquel fantoche, vanidoso y hueco:

—Antes, de gañán, eras poco pa mí; ahora, de noviyero, eres mucho. De modo que cambie er mosito de disco o yamo a mi hermano Juan de Dió pa que yene las copas.

—¡Sabes que echas tú más humo que una locomotora! ¡Hay que ve! ¡Si es una broma too lo que te he dicho!

—Pues bromas así dáselas a esas bailarinas der pelo recortao, de las sejas pelás y de los labios con armagre.

—¿Tiés selos, chiquiya?

Y quiso avanzar audazmente hacia ella.

La enorme brutalidad de Leandro, en vez de indignar a Magdalena, le produjo risa. Luego, sin contestarle, lo mantuvo a distancia con una mirada de desprecio y de asco.

* * *

El cortijo estuvo en fiesta tres días. Los concurrentes derrocharon el ingenio y la frescura, y don Félix, la bebida y los víveres. Por todas partes veíanse sombreros anchos, blusas claras, chaquetillas cortas, jacas y potros enjaezados. Un ferrial en pequeño. Como era costumbre, tentáronse las becerras en el ruedecillo, y los becerros, a campo libre.

Al amanecer del cuarto día, en automóviles que pasaron la cancela de La Albina con el asombro de los toros, que no habían visto nunca aquellos endemoniados artefactos, marcháronse los últi-

mos invitados, los más íntimos del ganadero, entre ellos, la marquesa otoñal, las bailarinas, Leandro y el torero famoso.

Y todo tornó a su calma pasada, a su grave serenidad de estepa florecida por el milagro del sol de la marisma.

VII

ARDÍA la tierra. Bocanadas de fuego traía el aire, que era como un humillo desprendiéndose de la atmósfera. Juan de Dios sentíase también medio asfixiado por el olor cálido e intensísimo a juncales resecos y a gramíneas agostadas. Julio ponía su coraza ardiente sobre este desierto luminoso. En la llanura habíanse anunciado ya los efectos de espejismo. Juan de Dios, en algunos momentos, creía enloquecer por la fuerza solar y tenía que cerrar los ojos para huir de aquellos raros fenómenos visuales. Desde la puerta de la choza, todo el paisaje se le borraba de pronto; pero no perdía en absoluto la visión, porque ante sus pupilas comenzaba a extenderse una mancha rosada, que poco a poco iba haciéndose más intensa de color, hasta cambiarse en carmín, en morado, en cárdeno. Luego, de súbito, reaparecía el campo marismeño con los alambrados de las vallas—renglones ya dispuestos para escribir música—, y los toros en la lejanía, columbrándose entre los jincos, como corcheas y semicorcheas trazadas sobre el papel del paisaje.

En el cerebro caldeado por este exceso de vida, unas imágenes raras, estrambóticas, singulares,

iban surgiendo para bailar una zarabanda y, en enredadas madejas, se desvanecían para volver a formarse con delineamientos aún más fantasmagóricos.

En las horas caliginosas del día, cuando toda la marisma era como un inmenso océano de sol, Juan de Dios, aún en el cobijo de la choza, sentía correr por sus venas, en vez de sangre, plomo derretido. La sensación penosa de angustia y de asfixia no desaparecía hasta que la tarde iba cayendo y las ondas ardientes de este mar de fuego refrescábanse y se aquietaban con la dulce llegada de la luna, que, enrojecida aún por los destellos del sol, ya medio oculto, alzábase como una hostia sobre el altar de la llanura calcinada.

El ganado movíase con lentitud y buscaba la sombra de los almajos, las matas de meleras y los macizos de izagas. Allí, los toros más sufridos echábanse a descansar, rodeado de las garrapateras, que, confiadas y pacientes, dedicábanse a la caritativa tarea de espulgarlos. ¡Qué miradas de agradecimiento dirigían a estos pájaros blancos y zancudos, que pululaban en torno de ellos como fantásticos y absurdos copitos de nieve en la atmósfera agobiante del páramo incendiado!

El muchacho veía con cuánta gracia posábanse en los cuernos, en el testuz, sobre el lomo, en los cuartos traseros y alrededor de los matorrales donde los toros intentaban buscar, sin conseguirlo, un cuadrado de sombra. A estos pájaros, grandes y airosos como gaviotas, debíase que no enloque-

ciera el ganado, pues al calor se unía la picadura cruel y feroz de los insectos. Las garrápatas, con una habilidad asombrosa, espulgaban a los toros. No por caridad únicamente, sino porque aquellos artrópodos que les arrancaban de la piel servíanles de sustento. Era como un fenómeno de simbiosis. ¡Si hubieran podido hacer lo mismo con la cuca! Pero la cuca volaba como ellas y era mucho más cruel que la pulga. ¡La mosca, la mosca! Lo único que hacía enloquecer a los toros; en cuanto sentían el zumbido de este díptero sanguinario, daban cornadas al aire, movían la cola vertiginosamente, y echando espuma por la boca, recorrían el cerrado de un extremo a otro como si ventearan a la muerte. Y cuando la mosca conseguía introducirse en una de las pesuñas, entonces, desalentado, con las pupilas inyectadas en sangre, rompían las alambradas, sacando de cuajo las grapas de los jincos, saltaban los fosos y buscaban el cauce del Guadalquivir o algún lucio donde pudieran meterse, y allá dentro, medio sumergidos, pataleaban para librarse pronto de aquel enemigo terrible.

Para las personas también había insectos crueles en los campos marismeños. Unos mosquitos que producían ronchas ovaladas, y tan finos y penetrantes, que traspasaban hasta los cobertores.

Al medio día, de doce a cuatro, Juan de Dios refugiábase en la cabaña. Luego, salía en su jaca overa para recorrer los cerrados y, cuando el sol declinaba, íbase hacia el río, donde la lancha de

El Calvario, con Maricruz dentro, aguardábalo ya.

Una de esas tardes, al regreso de la Isla Menor y cuando disponíase a coger el caballo que pacía tranquilamente por aquellos contornos, detrás de una cortina de juncos, surgió como brotada de la tierra una vaca. No tuvo tiempo de retroceder, ni de espantarla con gritos ni con el chasquido de la honda, ni pudo tampoco echarse al suelo y permanecer inmóvil. La novilla, amosquilada tal vez y creyendo que Juan de Dios le cerraba el paso del río, arrancósele con verdadero ímpetu. El muchacho esquivó la tarascada con un quiebro, y después, rápido y sereno, antes de que la bestia le tirase un nuevo derrote, se cogió con fuerza a la cola, dió un salto y quedó convertido en jinete de la vaca encolerizada. Brincos, mugidos, cornadas al aire y movimientos violentísimos para verse libre de la carga humana. Luego, un grito angustioso de Maricruz que desde la otra orilla contemplaba la trágica y emocionante escena.

Mientras pudiera permanecer así, jinete sobre la novilla, nada había que temer; pero en cuanto cayese a tierra, en uno de aquellos bruscos vaivenes, la cogida era segura y fatal. No había momentos que perder ni en aquellas circunstancias podía buscarse otra solución. La lucha quedaba por lo tanto entablada entre la acometividad y fiereza de la vaca y la astucia y habilidad de Juan de Dios. Con las piernas apretó bien los ijares de su brava y vengativa cabalgadura, con

un brazo afianzóse al testuz pasando una mano por la mazorca o cepa de un cuerno y con la otra sacó de la faja una navajilla. Abierta ya y como un experimentado anatomista, con la punta acerada de la hoja hizo a la vaca una levísima incisión en el cuello. Pero a borbotones comenzó a fluir la sangre, una sangre roja y cálida que iba empurpurando poco a poco el cuello de la bestia. Con mucho cuidado continuó ahondando en la herida y manteniéndose firme sobre el lomo de la vaca.

El éxito de esta hábil y temeraria sangría no se hizo esperar. El semblante de Juan de Dios se fué animando con una sonrisa de triunfo. Por momentos desaparecía el peligro. La vaca, como uno de esos muñecos mecánicos que poco a poco se le acaba la cuerda, corría ya menos y los saltos, patadas y brincos, disminuían también. Pronto aquella carrera desigual e impetuosa trocóse en una marcha pausada, lenta, suave; después se cambió en un paso tembloroso, y terminados unos segundos, fué ya como el tambaleo de un beodo. La sangre fluía ya sin cesar de la herida abierta y a cada instante más agrandada por la hoja asesina. De pronto, la bestia lanzó un quejido de angustia y se desplomó.

Juan de Dios saltó a tierra indemne, sin un rasguño. La aventura costaba al ganadero una res, cuya carne, ya preparada en salmuera, se repartiría entre la gente del cortijo y de la dehesa.

Juan de Dios, que fué aquella misma tarde al

caserío de La Albina para que el señor Curro se enterase de lo ocurrido, dolióse de aquella muerte hecha muy en contra de su voluntad; pero la calma volvió a su ánimo cuando el conocedor, pasándole amistosamente una mano por el hombro, le dijo:

—A no preocuparse. La vía de un hombre vale más que la de una vaca, y la vía de un muchacho tan valiente y tan templeao como tú no tié presio. Te has librao de los cuernos de la noviya como los buenos, como sólo se libran los tíos que tienen muchos reaños. Pa mí hoy has nasío tú otra ve. Arrepara si será difísi lo que has jecho.

VIII

LA proeza de Juan de Dios fué comentada en los caseríos de los campos marismeños por conocedores, yegüerizos, vaqueros, pastores, manchoneros, cabestreros y zagales. Magdalena comparó esta heroicidad con los falsos relumbrones de las hazañas toreriles, y veía que la figura de su hermano de leche se agrandaba a medida que empequeñecíase la de Leandro. ¡Qué diferencia entre los dos mocitos! Uno, jaquetón, presumido, de burdas maneras a pesar de su vestimenta urbana; el otro, callado, modesto, de modales sencillos y sin darle importancia a lo que hacía. El uno, con la arrogancia aprendida y la bravura falsificada, y el otro, con la valentía innata, templándose continuamente en la soledad.

* * *

¿Qué le ocurría? Nunca había sentido Magdalena una inquietud tan grande ni una angustia tan profunda. Juan de Dios solía pasarse una semana sin aparecer por el cortijo. ¡Con qué ansia esperaba ella los domingos, días en que él iba para hacer el costo! ¡Y, al mismo tiempo, qué tristeza

sentía cuando el mozo, sin saber que le clavaba un puñal en el pecho, hablábale de Maricruz! A veces, no podía resistir aquel tormento, y Magdalena, cerrando los ojos con fuerza para partir las lágrimas y mordiéndose los labios, se volvía de espaldas para que Juan de Dios no pudiese advertir la lucha que sostenía consigo misma. Pero ¿qué mala hierba había pisado? ¿Por qué su cariño no podía ser tranquilo, sereno, casto, como el de Juan de Dios, cariño de hermana, no de...?

El terrible pensamiento volvía a inquietarla y a ponerle un ascua en su corazón. Pero ¿desde cuándo empezó a enroscarse en su cuerpo como una culebra aquella pasión insana? ¡Venía de muy lejos, de muy lejos! Y ahora lo comprendía todo. Antes, de niña, una inquietud indeterminada, confusa, con aquellos pueriles sonrojos de las mañanitas en el jardín, y de las tardes cerca de la gañanía, cuando Juan de Dios amaestraba al becerro. Algo raro sentía ya entonces, y sin que pudiese todavía determinar la naturaleza de aquellos sentimientos, continuó de la misma forma; pero aún sin perder la calma y la alegría hasta que Juan de Dios ausentóse del cortijo para servir al Rey. La primera sensación de angustia, una angustia honda y cortante, como una cuchilla, túvola Magdalena al enterarse de que Juan de Dios sostenía relaciones con la hija del viejo vaquero de El Calvario. En su espíritu, la tempestad de sentimientos encontrados, a medida que se hacía más terrible, fué perdiendo en confusión lo

que ganaba en fuerza y, poco a poco, todas aquellas nieblas anímicas se desvanecían para dejar el sitio a las sensaciones morbosas; porque cuanto más afecto de hermano mostraba Juan de Dios por Magdalena, más cariño de amante sentía Magdalena por Juan de Dios. Y esta pasión que había ido incubando desde la niñez en el pecho de la moza, se alimentaba con la soledad, con el silencio, sin tener siquiera como válvula de escape la confidencia, pues no disponía de nadie a quien hacer partícipe de sus pesares. Con este secreto que le quemaba el alma, guardó también en su corazón, muy hondo, muy hondo, el odio que inspirábale Maricruz. Cuanto más vivas eran las llamaradas de su pasión insana por Juan de Dios, más fuerte y más invencible también era el odio que sentía por Maricruz. Ella, tan buena, tan alegre y tan locuaz, se había convertido en una muchachita arisca, triste, reservada; todo lo hacía a disgusto; antes, a la señora Gracia, con frecuencia se le oían estas palabras: "Hija mía, déjame ya, cuidao que eres besucona." Ahora, la misma señora Gracia, tenía que decirle: "Magdalena, ¿cuándo me vas a jasé una carisia que sarga de ti?"

Los padres achacaban el despego de la mocita a ese cambio misterioso que suele operarse cuando se pasa de niña a mujer. Animábase únicamente cuando Juan de Dios iba al caserío por los víveres de la semana. Entonces, a Magdalena, los ojos negros le brillaban febriles y los pechos se le endurecían más. Y era entonces como una novilla

que se moviese con desasosiego al advertir la proximidad del macho preferido.

Juan de Dios no se daba cuenta de este terrible sufrimiento de la moza. Y durante las horas que permanecía en el caserío hablaba largamente con Magdalena, contábale las peripecias que ocurríanle en el cerrado, de los becerrillos que ya comían hierba, de los toros malos y buenos y de lo aburrido que era estar siempre mirando a la llanura o al cielo.

Cuando hablábale de Maricruz, ella le oía en silencio, sin que se atreviese ya, como antes, a hacer ningún comentario, adverso o favorable a la muchacha.

Juan de Dios continuaba siendo el mismo y en todo procedía con nobleza. Adoraba a sus padres adoptivos como en la niñez y por Magdalena sentía el cariño puro e intenso de siempre. Era su hermano, pero su hermano de verdad. Jamás pasó por su cerebro la idea de otra clase de sentimiento. Lo hubiese considerado como algo monstruoso, sucio, repugnante, alejado por completo de la realidad. Maricruz, su esposa; Magdalena, su hermana. Dos cariños muy grandes, pero muy distintos. Los besos que cambiaba con Magdalena le producían una ternura suave, dulce, como un bálsamo que se fuese extendiendo por su cuerpo y le impregnase el alma; los de Maricruz, algo así como una llamita que prendiera poco a poco en la mariposa del deseo. Los dos eran amores reposados: puro, el de hermano; pasio-

nal, aunque sin excesos carnales, el de esposo. Porque Juan de Dios en aquel desierto de fuego en el verano y en aquel Atlántico de tremedales en el invierno, jamás había sentido su carne atormentada por la lascivia.

AMARILLEABA el verde por los últimos calores estivales y por las primeras brisas de la otoñada. El cielo aparecía, de trecho en trecho, lleno de unos copitos blancos, y el acero del río, en los crepúsculos, se hundía en las entrañas de la estepa andaluza y zigzagueaba en el profundo cauce con reflejos leonados de reptil.

El Calvario, al comenzar el otoño, llenábase de tintas sombrías. Un cigñal en la margen izquierda de La Isleta, a contraluz, cuando la noche se iba haciendo dueña del paisaje hosco y bravo, daba la impresión exacta de una horca. Y el cubo que se balanceaba en el aire, pendiente de la vareta en arco, la cabeza del ahorcado, colgada allí diabólicamente. Estas imágenes de pesadilla desaparecían en cuanto el sol iluminaba de nuevo la tierra, arrastrando las nieblas que extendíanse por encima del río. El cigñal, entonces, era un columpio, un bello columpio, sobre el cual balanceábase el paisaje con sus notas claras y sus colores purísimos. Dos almiares, lejanos, recortábanse fantásticamente: el de la paja, como un curucho áureo, y el del heno, largo y aplanado, como un arca del mismo metal. En septiembre,

el cucurucho y el arca, comenzaban también a ensombrecerse hasta adquirir con los primeros fríos del invierno un tono de tabaco.

Sobre el pradito y en el mismo césped limpio y jugoso que aplastara con las manos, había hecho Maricruz un recipiente campero. Un barreño o una fuentecilla con el fondo y los bordes de hierba. Es decir, que el dornillo donde echara el vinagre y la sal era un trocito ahuecado de tierra, construido por los dedos hábiles de la moza en la llanura marismeña.

—¿Verdá que este *subearcielo* va a está muy sabroso?—dijo Maricruz mirando al viejo y a Juan de Dios.

Hallábanse a dos pasos de la choza y cerca del río, cuyo lomo despedía al sol reflejos plateados. Lejos, veíanse espejear las aguas embalsadas de un lucio y sobre ellas unas motas rojas, castañas y negras.

—Mis vacas son muy limpias, Juan de Dió; mira cómo se bañan; ¡pero cuánto saben las indinas!; ahora, como el río yeva mucha corriente, prefieren mojarse la barriga en el agua estancá.

—Cuando er ganao le huye al río antes de que yegue el invierno, es señá de que no tardará mucho en jinchársele el hosico al Guadarquiví.

—Más corriente yeva en estos días y más susia pasa el agua. Por Jaén y por Córdoba debe de habé yovío.

—Lo bueno no dura mucho tiempo. Ya yevá-

bamos argunos años sin salí de naja por las tierras altas, juyendo de la inundación.

—Tres noviyas, dos erales y cuatro añojos, perdió mi amo en la riá pasá. ¡Una lástima!

—Pues en La Arbina se sarvaron toas las reses, gracias a Daví que le dió a tiempo en las narises er tufiyo der temporá.

—¡Pero come, Juan de Dió!

Y Maricruz mirábalo gozosa mientras iba echando sobre el césped pedacitos de pan. Al caer, se empapaban allí del caldillo formado por el aceite y el vinagre.

—Tiés rasón, nena. Se relame uno de gusto con este *subearcielo* tan bien sasonao.

El sabor exquisito y raro se lo daban las plantas aromáticas del pradito. El pan mojado con el aceite y el vinagre, que no lo absorbía la tierra debido a la impermeabilidad de los hierbajos, sabía a gloria. Por eso, los vaqueros, los yegüerizos y los pastores, habían bautizado a este plato, que, en suma, era una papocha pobre, con el insustituible nombre de "subealcielo". Gastábase menos que en la papocha, el gazpacho y el sopeao; pero sabía mejor.

—Y desde que has vuerto de serví al Rey, ¿cómo te va en La Arbina?

—Bien. Ayí toos me quieren mucho.

—¿Y te apañas con los toros? ¿Te has visto apurao? ¿Hay muchos marrajos?

—Daví me dió buenas lesiones y yo no las orvío. Toros reservones y malos los hay como

en toas partes. Pero yo, desde lo que me pasó el otro día con la vaca, me fío menos de las hembras que de los machos.

—Las hembras son siempre más difisiles. Y hay ca marraja y ca reservona...

Lo decía el viejo en son de burla y mirando alternativamente a su hija Maricruz y a Juan de Dios.

El padre de la moza era un hombre sesentón, pero fuerte aún, como David y el señor Curro. En la estatura únicamente se diferenciaban. Hipólito, el vaquero de El Calvario, era alto, de anchos hombros y de piel curtida por el sol.

En aquel paisaje de horizontes dilatadísimos, rimaba bien la figura recia del vaquero con la de Maricruz, alta también, cenceña, esbelta y blanca y con la mirada atrayente y dulcísima de sus ojos pardos, siempre envueltos en un halo de tristeza y de ensoñaciones.

—Y er toro sarvaje, ¿sigue en Er Juncá?

—Ayí sigue. No hay medio de sacarlo. Ha matao ya a dos mulos y a una yegua. Yo no sé qué querrán jasé con ese bicho. Diez años tiene. Ya no se pué lidiá. Y pa simiente tampoco sirve. Se le han echao noviyas toriondas, y ni mirarlas, como si se le hubieran parao ayí espurgabueyes.

—¿Se enfadó mucho el amo por lo de la vaca?

—No, señó. Se jiso cargo de la cosa y con don Pepe me mandó a desí que cuando me pasara argo paresío tenía su premiso pa matá, no una bestia sola, sino toa la camá.

—Por argo don Feliz Venera es er mejó ganaero de toas estas dehesas marismeñas. ¡Ojalá fuera mi amo como er tuyo! Er mío no sabe más que casá patos; de toros, ni esto.

Y el viejo guiñó los ojos, cerró el puño, lo levantó a la altura de su rostro y luego hizo que la uña del pulgar, produciendo con el roce un leve chasquido, pasara dos veces por uno de los pocos dientes seguros que le quedaban ya en su boca algo sumida.

—Pues un ganaero, cuando no entiende de toros o no les tiene afisión, debe venderlos.

—Lo mismo digo yo, muchacho. Oye. Me han dicho que Leandro se ha jecho un noviyerito de carté. No le fartará corasón cuando se arrima; pero él tenía más jechura de gañán que de torero.

—El yeva mucho adelantao pa colocarse bien, porque como mala sangre sí la tiene.

—¿Pues sabes lo que me dijeron cuando estubo en La Albina en las faenas de la última tienta?

—Me lo supongo; que pretende a mi hermana. A buena parte va. A Magdalena no le jasen impresión los trajes de luces y menos el de Leandro. Desde pequeña le tiene antipatía. Lo sé. Por ese lao er noviyerito pierde er tiempo. Aunque venga de verdá o venga como hasen muchas veses los toreros, por marchosería. Sola con él la dejaba yo un año. Y no ocurriría na. Ya usté ve si tengo confiansa en mi hermana, porque ya sabe

usté que Magdalena es lo mismo que si fuese mi hermana de veras.

El viejo repuso riéndose:

—Pues sólo te voy a dejá yo también con Maricrú. Cuidao con lo que se maquina. Me largo ar lusio a sacá esas vacas que se me van a vorvé sabogas de estar tanto tiempo en el agua. Esperarme aquí, a la puerta de la chosa, que yo vuelvo en seguía.

Desapareció por la parte trasera de la cabaña, volvió a aparecer a los pocos momentos convertido en garrochista y, a paso ligero, viósele marchar hacia las proximidades del lucio.

* * *

Reflejos verdosos despedía a la luz del sol, ya en huída, esta lagunita ovalada donde crecían bayuncos, castañuelas y cubríase pudorosamente con un denso velo de florecillas blancas. En las márgenes de este gran espejo adornado de gramíneas, ya en seco, crecían las plantas forrajeras y cañas como pajonales. Charquitos que parecían trozos de vidrio celeste y rosado, iban recogiendo los colores del cielo otoñal.

Cuando el padre de Maricruz llegó a las proximidades del estero, las vacas, las novillas y los becerros seguían chapoteando en la florida ciénaga. Los cuernecillos casi lechosos de los terneros, al reflejarsè allí, parecían inquietas y misteriosas larvas, y con estos reflejos, al unirse unos

con otros y temblar en el fondo del estero, transformábanse por unos momentos en una materia blanda, gelatinosa y movable, como si diese vida de pronto a ejemplares rarísimos de una fauna desconocida y arbitraria. Reptiles blancos, pequeños y retorcidos, palpitando en el agua remansada y libre de gramíneas y de juncos.

Al acercarse el viejo, todo el fangal florido tembló bajo las pesuñas del ganado. Las vacas viejas levantaban la cabeza y mugían como si dieran aviso a sus compañeras de la llegada del guarda. Las grupas negras, castañas y cárdenas, relucían al sol y las colas nerviosas crujían en el aire como látigos. La finura del pelo, la movilidad de las orejas, los distintos matices de los cuernos, todo se unía para producir una sensación de belleza y de vida.

—¡¡Fuera, *Gorriona*; eh, *Primorosa*!! ¡¡Vete de ahí, *Favorita*!!

Desde el caballo, hablábale a las vacas, mientras con el brazo en alto agitaba la garrocha. En la puya de acero un rayo de sol poniente se había enredado y brillaba como un ascua.

Chapoteando en el barro como palmípedos, las vacas, los toros, los novillos y los becerros, parecían responder sumisos a las órdenes del vaquero. Todos iban con lentitud hacia uno de los rincones del cerrado, mientras el señor Hipólito, hábilmente, dejábales libre el camino de la quehencia. Al salir del lucio y limpiarse los pesuños en la tierra ya seca, miraban recelosos a la jaca

enjaezada y al jinete. Algunos parábanse de nuevo, abrían desmesuradamente los ojos, agachaban la cabeza como si por atavismo sintieran la pesadumbre del yugo y uníanse al fin a la tropa, pero siempre rezagándose, como si hubiesen salido de aquel estero en contra de su voluntad y sintiesen todavía el deseo de tornar al lucio y, al mismo tiempo, arrancarse y voltear al muñequillo que se lo impedía, grotescamente retador, desde la liviana trinchera de su montura.

AQUEL final desapacible de otoño trajo un comienzo de invierno frío, lluvioso, con tormentas que caían sobre los campos marismeños, arrancando los habares y llevándose las aguas en su arrastre las semillas de algunos cereales aún no arraigadas al terreno movedizo y de zona laborable poco profunda.

Una tarde en que la lluvia había convertido las grandes praderas de La Albina en un desierto y tético tremedal y en que los toros recibían, bramando doloridos, la descarga líquida de las nubes negras e hinchadas como odres, se presentó el viejo David en la choza de Juan de Dios. Iba en una jaca baya y, para defenderse de la lluvia que caía con fuerza, venía envuelto, como un esquimal, en un recio y largo capote.

—¿Pasa algo en el cortijo, señor Daví?—preguntó Juan de Dios un poco intranquilo al ver que el viejo vaquero llegaba hasta allí sin preocuparse, por lo visto, de aquel tiempo tan endemoniado.

—De Seviya avisan que el río viene mu cresío. Y nos manda a desí el amo que sargamos de naja en seguía con er ganao a los altos de La Marmo-

leja. No podemos perdé ni un segundo. Mañana, antes de que amanesca, ha de está hecho el traslao.

—¿Pero tanta agua trae el río?

—Por lo visto el Guadarquiví se ha salío der cause, pues en estos días viene reforsao por las corrientes der Darro, der Guadalimá, der Gení y de otros ríos de menos importancia.

—Y en er caserío, ¿quedará arguien?

—No, porque se barrunta que er temporá de agua durará toa esta semana. La señora Gracia y Magdalena, esta mañana han salío pa Coria. Allí han de seguí hasta que pase er peligro de la riá.

—Bueno, pues andando. ¿Quién viene con usté?

—Er conoseó, seis guardas a caballo y la pará de bueyes negros. Lo suficiente pa arropá bien ar ganao y que no se nos desmande ningún bicho.

—Pero ¿tan fuerte se presenta la riá este invierno?

—Figúrate, como que en Seviya está serrao el puerto y ya no dejan entrá ni salí barcos.

De pronto, Juan de Dios, muy nervioso, se dirigió a David:

—No pueo comprendé este cambio tan repentino. Ayer estuve yo en la isleta y el río no yevaba mucha corriente; además, vi pasá argunas embarcaciones.

—De ayer a hoy van muchas horas, Juan de Dió. Y si no andamos listos nos queamos por aquí convertíos en camarones, con los toros y las vacas.

—¿Y han pasao ya el aviso a toas las dehesas de la marisma?

—Yo creo que sí; por el camino, de lejos, he visto ya a otras ganaderías que salen de la isla en busca de los terrenos altos.

—¿Y en Er Carvario, lo sabrán también?

—Las notisias malas corren como la pórpora. Además, el amo de Er Carvario, por la cuenta que le tiene, habrá dao ya la vos de alarma.

—El amo de Er Carvario no es como el de La Arbina. ¡Mire usted que si por ayí no saben na entoavía! Yo estoy muy intranquilo por Maricrú y su padre — y más nervioso aún, como herido de súbito por un negro pensamiento, agregó: —¿Tardará mucho er señó Curro?

—Como el terreno está embarrizao, yo carculo que ha de yegá aquí dentro de una hora.

—Pues entonses, espéreme. Yo vengo en seguía. Mi jaca conose estos andurriales y antes de ese tiempo me tiene usted de vuelta. No pueo viví con esta sosobra. A lo mejó, ni Maricrú ni su padre, se han enterao del peligro que corren si aún continúan en la isleta.

—¡Hombre er señó Hipólito es perro viejo! Y disimula la comparansa, Juan de Dió.

—Sí, lo naturá es que ya esté en sitio seguro con su hija; pero yo quiero tené la sertesa, ¿me entiende?

—De acuerdo, mosito. Ni una palabrita má. Súbete ya en er cabayo y aligera, que tampoco poemas nosotros perdé er tiempo en er serrao

mientras el río sube y se desborda por la ribera como la leche al jerví.

* * *

Envuelto en su capote y aguantando con flemma la lluvia que a cada momento caía con más fuerza, Juan de Dios montóse en la jaca que se rebullía, tanteando el terreno con sus herraduras relucientes por el agua. Distante ya de la choza, a una carrera de novillo, comenzó a notar las primeras dificultades. La tierra, blanda, enfangada, cedía bajo el peso de los cascos. Tuvo que afianzar bien las riendas, pues era el único medio de evitar unas veces el tropezón y otras, la caída. El caballo, agachaba las orejas, jadeaba y hacía grandes esfuerzos para desprenderse de las pellas de barro que se le adherían a las ancas. No era tan fácil caminar sobre el cieno. Negra y viscosa la llanura, con claros grises, donde se veían flotar tronchados y revueltos, juncos y grama. Siguió. Iba buscando hábilmente los escasos toruños del páramo, los sitios más elevados, aunque en aquella enorme extensión de agua y limo era difícilísimo hallar una curva, en forma de colina o alcor, pues la línea que separaba el cielo de la tierra, aunque en círculo, aparecía desoladoramente horizontal.

El viento y la lluvia azotaba el rostro de Juan de Dios a cada momento con más fuerza. El espacio era una inmensa nube gris, suspendida so-

bre el lago sombrío de la marisma ya medio anegada. Era una locura ir hacia el antiguo cauce del Guadalquivir, donde el terreno descendía formando albinas y lucios. Juan de Dios notábalo por el cansancio de la cabalgadura y porque a cada instante las patas del noble solípedo se hundían más en el cieno. Pero a toda costa había que seguir adelante y crecerse ante los obstáculos y los peligros. De pensar que Maricruz estuviese todavía en la isleta, ajena a todo, temblaba de inquietud y los pensamientos más desolados acudían a su mente.

Nuevos chapoteos en aquel suelo lacustre, en aquel agua embalsada. La lluvia, al caer, formaba ampollitas. Ni pájaros en los aires, ni ánsares en los lucios embarrizados, ni el menor vestigio de ganado vacuno en esta llanura desolada. Entenebrecía el espíritu la visión de estos campos anegados y desiertos.

Continuó su marcha. Dos o tres veces estuvo a punto de tropezar y de hundirse con la cabalgadura en baches profundísimos. En otras ocasiones, el agua cubría a la jaca hasta la comba del vientre, y entonces, los pies de Juan de Dios desaparecían también en los tremedales. La lluvia seguía cayendo con más fuerza. Hostigaba al animalito para que salvase los obstáculos con menos dificultad; pero eran tantos que la pobre jaca, agotada por el esfuerzo, iba, poco a poco, acortando la marcha y deteniéndose con más frecuencia. La espuma le ponía un ribete blanco en

la boca; los ojos, anchos, ovalados y mansos se le enrojecían, y era ya tan angustioso su avance que, bajo la lluvia, le ardía la piel lo mismo que en el estío cuando el sol caía de plano en sus lomos.

¿Media hora? ¿Una? No podía saberlo Juan de Dios. Caminaba tan dificultosamente que cada minuto le parecía un siglo. Y aún no veía el río. Tal vez porque se confundiese con el terreno pantanoso. Siguió. Zamarreos sobre la silla vaquera y un paso difícil. La jaca hundióse de medio lado y la pierna derecha de Juan de Dios ocultóse hasta el muslo como tragada por el llano delicuescente. Un tirón hábil de la rienda, la voz recia y viril jaleando a la cabalgadura y otra vez desliziándose de milagro entre charcas y lapachares.

¡Ya podía orientarse! Un rascaero del cerrado y la valla de alambres con las berlingas desenterradas y torcidas que se perdía en la línea gris del horizonte, pero que le marcaba la ruta hacia el Guadalquivir. Con unas caricias y unas frases alentó a la jaca; además, había logrado coger una fajita de tierra menos enfangada y por ella continuó avanzando. Fué un momento de tregua, un respiro en aquel eterno caminar entre barrizales. El viento pasaba más impregnado de sales marinas. Una bandada de cuervos cruzó graznando hasta perderse entre los nubarrones grises del espacio, cargadísimo de electricidad. En el cerebro sentía Juan de Dios la pesadez de esta atmósfera. Indudablemente seguirían las tormentas

y las lluvias. El tiempo, en vez de mejorar, empeoraba. Un relámpago que hizo encabritarse a la jaca, un trueno que retumbó como si allí arriba se hubiese roto algo. Otro desgarrón luminoso en el cielo gris seguido de un tamborileo trágico y, de súbito, en medio de estos fragores, el cuchillo del río que corta y pone su ancha hoja acerada entre la tierra pantanosa de las dos islas. Juan de Dios da un grito de alegría. El Guadalquivir aún no se ha desbordado. Sin embargo, la corriente es caudalosa, porque la boya combatida por las aguas, se mueve con violencia.

—¡¡Señó Hipólito!!

Nadie acudía a su llamamiento y tuvo que repetir el nombre:

—¡¡Señó Hipólito!!

La choza de El Calvario, con su techumbre oscura y sus paredes blancas, ahora grises, está como flagelada y vencida por la lluvia. Silencio. Soledad. Y el agua cayendo fatídica e inexorable en torno de ella como si quisiera arrastrarla hacia el cauce del río para convertirla en una embarcación fantástica, misteriosa.

A la segunda llamada, la puertecilla de la cabaña abrióse de pronto y dejó ver en su hueco la figura alta y cenecña del viejo vaquero.

—¿Quién me yama? ¡Ah!, ¿pero eres tú, Juan de Dió? ¿Qué ocurre?

—¿No le han dicho entoavía que el río sube?

—Jasta ahora, no, mosito.

—Pues tiene usted que abandoná er ganao aun-

que se ajogue y salí a escape pa La Puebla, que el río, según las notisias que hemos resibió en La Arbina, está a punto de desbordarse.

Al lado de la silueta del viejo surgió otra, esbelta y fina: la de Maricruz.

—¡Chiquiyo! ¿Qué pasa?

Y las sílabas armoniosas de esta voz dulce de la hija del vaquero llegaron a la otra banda del río como jirones desprendidos de una canción flamenca.

—Er tiempo apremia, señó Hipólito; si tiene usted ahí una sogá haga un nuo con eya en la proa de la barca y écheme a mí er cabo pa yo tirá desde aquí. Así la afianzamos y no hay cuidao de que se la yeve la corriente.

Pero, de pronto, el viejo vaquero, Maricruz y Juan de Dios, quedaron sorprendidos y atemorizados. La barca, que se balanceaba amarrada a un picacho, había roto la cuerda que uníala al madero, y como perseguida por monstruos invisibles, huía río abajo, con celeridad vertiginosa.

En unos instantes, el novio de Maricruz dióse cuenta del peligro que corrían el viejo vaquero y su hija si continuaban en la isleta. No se podía desperdiciar el tiempo en una espera estúpida. De la rapidez en las determinaciones dependía la salvación de todos. No lo pensó más. Sin titubeos, sobre la jaca, se lanzó al río. Maricruz no pudo reprimir un grito de angustia. Pero Juan de Dios era el mejor jinete de La Albina, y la jaca, valiente y nerviosa, comenzó a nadar con bríos hacia la

orilla opuesta. En medio del río, Juan de Dios tuvo momentos en que ya se creía arrastrado por la corriente. Cogido a las crines de su cabalgadura, animábala sin cesar, unas veces con exclamaciones rotundas y enérgicas y otras con frases de cariño. Vencía al fin. La zona peligrosa quedaba ya a un lado. Un esfuerzo más y pronto tocaría tierra en la isleta, donde le aguardaban, impacientes y llenos de una mortal congoja, Maricruz y el viejo vaquero. Al llegar corrió hacia ellos.

—¡Pronto, pronto, señó Hipólito! Prepare su cabayo. Y a pasá a la otra orilla en seguía, antes de que no podamos con la fuerza del río. No se ocupe usté de Maricrú. Yo la yevaré a la grupa. ¿Está ensiyao su cabayo?

—No; pero en un segundo está listo.

—Pues andando.

El paisaje mondo y raso de El Calvario bajo la lluvia y con aquella luz gris, que al descender de las nubes lo cubría todo, era como una visión de pesadilla. Tétricamente, con su gran cuchilla de acerada y sucia hoja, el Guadalquivir cortaba el panorama, y el cielo producía en el espíritu la sensación de un capuz inmenso que fuese poco a poco cayendo sobre la tierra. Ahora sí que era una horca el cigoñal y dunas de arena movediza los pajares. En el desierto de la isleta sólo había una nota clara y tierna: la choza del viejo vaquero, que sobre la planicie desolada fingía un pequeño oasis, acogedor y templado como un nido. Pero

era peligroso seguir allí mientras el río crecía..., crecía..., crecía...

Del establo adosado a la cabaña había salido ya el viejo vaquero. El caballo, que venteaba el peligro, movíase inquieto.

—¡Arriba! Usté arrímese a nosotros. Así podremos ayuarnos en el vadeo, y no se detenga a recogé ni a sacá na de la chosa, que el río no deja de subí.

Así lo hicieron. El viejo, ya en su cabalgadura, siguió detrás de Juan de Dios, que llevaba en su jaca y muy gentilmente a la vaquerita de El Calvario.

Daba miedo mirar al Guadalquivir. A cada instante las aguas pasaban más sucias, más revueltas y más veloces. Veíanse cruzar maderos, yerbajos, jaulas, cestos, mimbres, carrizos, troncos de árboles, ramas de naranjos, y de limoneros, y de olivos y raíces de otros vegetales, que las aguas, en su largo recorrido, al extenderse por las tierras ribereñas, arrancaban de cuajo. No había duda. Era la inundación con todo su cortejo pavoroso y trágico. Por los terrenos más bajos ya lamía con sus lenguas fatales toda la planicie. Los canalillos, a medida que avanzaba la inundación, convertíanse en una red con sus hilos aprisionadores y zigzagueantes. Ahora llenábanse también los antiguos cauces del río. Toda la configuración pasada de las riberas del Guadalquivir surgía de nuevo como por arte de encantamiento. Un momento nada más veíase esta decoración fantástica,

este cambio hidrográfico y maravilloso del paisaje, porque el agua seguía subiendo y extendíase por la blanda tierra de las marismas, ya sepultadas y vestidas con un sudario de cieno.

Con su preciosa carga iba Juan de Dios río adelante y hacia el remanso formado por el biombo natural de la isla Mínima. ¡Pero cómo tiraba la corriente! Tuvo que pasar uno de sus brazos musculosos por la cintura de Maricruz y con el otro apretar bien las riendas, porque las aguas, como imantadas, atraíales ferozmente y con esa ceguedad terrible de los elementos desencadenados.

—¡No te suertes, Maricrú; no tengas miedo! Es un momento na más.

Como un rodillo de lodo pasó por encima de ellos. Fueron unos segundos de angustia al verse envueltos en aquella oleada gris y viscosa. La jaca se debatía pataleando inútilmente para oponerse a la fuerza contraria del caudal arrollador.

Juan de Dios, animándola con palabras enérgicas y aun medio ciego por aquella mezcla de agua y barro, seguía atento a todos los peligros. Un esfuerzo, un pequeño avance en la ruta endemoniada y veríanse libres de la corriente vengativa.

—¡Arrímate, Maricrú! ¡No te suertes! ¡Ahora sí que estamos a salvo!

La jaca llegaba con los cascos al fondo del río. Ya había pie. Tierra fangosa; pero tierra salvadora, que íbase elevando poco a poco, hasta que Maricruz y Juan de Dios, y por último la jaca,

tornaron a la superficie como en una leyenda de brujería. Unos pasos más, unos escaloncillos de arena, y poco después sanos y salvos, pero agotados y cubiertos de cieno sobre la orilla liberadora.

Maricruz, anhelosa, miró hacia el río con la inquietud reflejada en sus pupilas. De pronto, lanzó un grito de espanto y cayó como un cuerpo inerte entre los brazos acogedores de Juan de Dios.

XI

DESDE los alcores y colonitas de La Marmoleja, todo el llano era un mar de acero y de aluminio. Las aguas extendíanse, silenciosas, hasta la línea curvada del horizonte lejano. Los blancos caseríos de los cortijos, como asustados ánsares, iban hundiéndose y desapareciendo entre ciénagas y lagunillas. De vez en cuando, sobre el acero y el aluminio de las aguas estancadas, erguíase como un enorme quelonio la concha oval y negruzca de un toruño. Era a modo de una islita o de un remanso acogedor en la desolada perspectiva marismeña. Encima de estos montecillos veíase mover al ganado que no había podido refugiarse aún en los altos de La Marmoleja. Bichos rezagados, que luchaban con los horrores de la inundación y apiñábanse en los terrenos todavía libres del agua, vengativa y audaz.

En los altos de La Marmoleja, volviéndose de espaldas a la decoración sombría de la estepa anegada, el escenario del paisaje animábase con los alegres bastidores que formaban las pitas, los almendros y las borlas anchas y verdes de los naranjos y las azules de los olivos. Mirábase al llano y luego hacia el camino de Puebla y Coria del

Río, y era como pasar de la vida a la muerte y de la gloria al infierno. En el llano, lo trágico, lo desolado, lo amargo, lo triste, y en los colladitos y oteros moteados de piteras, de almendros, de olivos, de acebuches y de naranjos, una visión de alegría y de luminosidad. Hacia adelante lo peligroso, lo desconocido, lo árido, todo envuelto en un misterio de sombras; hacia atrás, los ventorros, alejados de la zona de la riada y los pencales como paredones azulencos y la blanca cinta de la carretera, que zigzagueaba en un largo recorrido con sus remansos de ensueño, Gelves, San Juan de Aznalfarache, Sevilla...

La Marmoleja era el sitio estratégico, el punto mejor situado para abarcar esa indescriptible perspectiva de la estepa anegada en el invierno, y en la primavera, para admirar la majestuosa belleza de unas tierras fecundas en plantas silvestres y en gramíneas, que perdíanse al fin en una línea baja y estrecha, donde cielo y marisma realizaban el milagro de que el cielo pareciera marisma y la marisma cielo. Una confusión de valores, una forma de espejismo espiritual, error óptico que padecía el observador ante esta magnificencia de amplitudes y de primitivismo extático.

Desde el amanecer estaban en La Marmoleja el señor Curro, David, el *chanca* valenciano y los vaqueros y yegüerizos de La Albina. En La Puebla, Emilio el casero, la señora Gracia y su hija. Faltaba únicamente Juan de Dios.

—Pero ¿dónde demonios se habrá metió ese

muchacho?—exclamaba de vez en cuando el conocedor, preocupadísimo ya por la ausencia del mocito.

—Es raro que no aparesca—respondía David, preocupado también—. En toa la tarde de ayé y en toa la mañana de hoy ha tenío tiempo de sobra pa di y vorvé a la isliya. Esto me güele a chamusquina, señó Curro. Además, no veo por aquí a naide de Er Carvario. Ya sabe usté que La Menó se anega pronto y que el río es mu traicionero.

—No hay que desesperá en toavía. Juan de Dió no es ningún pipiolo y conose la marisma como quisá no la conosca el señó Hipólito.

—Pues yo no estoy tranquilo jasta verlo bueno y salvo entre nosotros—agregó, cabizbajo, el viejo vaquero.

El cielo del paisaje seguía envuelto en nubes grises y densas. La sinuosa línea de los montes de Morón borrábase también en aquel fondo uniforme y velado del panorama. Poco a poco todo lo iba cubriendo el agua; quedaban todavía libres algunas vetas; la marotera, la del taraje, la de la Alcuba y el rincón de los lirios. Lo demás era un lago interminable, que nacía al pie de la cordillerita de La Puebla y extendíase hasta perderse en la línea del horizonte hacia la desembocadura del Guadalquivir. Cambiaba el paisaje de tal forma, que parecía otro. Borrábase líneas, contornos y ya nadie sabía si estaban lejos o cerca el lucio real, Zapillo, Hedionda ni el de la Ma-

rismilla. El lucio de la sal, tan blanco siempre, se había convertido en una ciénaga, en un barrizal rojo y espeso. ¿Y el bajo de Tarfía? ¿Y el del Villo, donde años atrás se hundiera el *Aznal-farache*?

En el agua y en el fango reflejábanse las berlingas y los alambres de las vallas y también se reproducían, temblando en los charcos como algo irreal, sin consistencia, los postes aislados que habían servido de *rascaeros* de los toros y que ahora inclinábanse grotescamente, formando estrambóticas siluetas de espantapájaros.

Bajo el ramaje de un gigantesco acebuche, el señor Curro, David y varios yegüerizos seguían viendo el avance monstruoso y fatídico de las aguas, que al rebasar el Guadalquivir invadían con rapidez la llanada marismeña.

—Mire usted, señó Curro, por ayí asoman unos animalitos que juyen de la riá y vienen en busca de amparo a las dehesas boyales y a los ejíos de Puebla y de Coria. Parese ganao bravo, porque la tropa está arropá con garrochistas y cabestros.

Eran puntitos negros, rojos, castaños y grises, que se movían bajo el tul tembloroso de las aguas. Poco a poco estos puntitos adquirían más relieve y más tamaño. Venían por las veredas de carne, encharcadas, convertidas en lodazales y entre las vallas de jincos y de alambres. Ya se distinguían mejor la silueta de los jinetes, el airoso cuello de las jacas, el testuz noble y grave de los bueyes y la cabeza gallarda y nerviosa de los toros. Y por

un rarísimo efecto de la retina, caballos y cornúpetos parecían que a cada nuevo avance iban perdiendo las patas hasta convertirse en monstruosos insectos que se deslizasen sobre el agua pantanosa. A veces, un punto de estos negros, rojos, castaños o grises, hundíase bajo el tul tembloroso y tornaba a flotar levantando trabajosamente sus cuartos traseros. La cabeza permanecía más tiempo dentro del agua, y al surgir de nuevo brillaban trágicamente sus cuernos enlodados, defensas inútiles para luchar contra el barro de los tremedales.

Algunos toros, ante el peligro de aquellas aguas, que a cada instante se hacían más hondas y más densas, desmandábanse, y por entre las alambradas de las veredas, sin advertir que los pinchos de los vallados desgarrábanle la piel, huían sin dirección fija, a la aventura. A veces, estos bichos, separados de la reata, caían en algún carcavuezo invisible o en otro desnivel fatal del terreno. Y desaparecían para siempre, enterrados en el barrizal. De nada servían sus cuernos, ni su bravura entre aquel fango viscoso, que era ya su mortaja y su tumba.

En un misterioso tablero de ajedrez se convertía también la marisma. Las fichas eran los vaqueros, los cabestros y los toros. En aquel juego peligrosísimo que dirigía el destino, todas las figuras avanzaban automáticamente hacia el terreno alto, donde las aguas desbordadas del Guadalquivir no habían llegado aún. Oíanse los gritos de

los conocedores y de los garrochistas, jaleando a los cabestros y a los bichos rezagados. En este tablero gris, viscoso y sucio, eran todos peones y con idéntica insignificancia. La imagen no podía ser más certera, porque a veces, en silencio y como algo vulgarísimo en el terrible juego, se los tragaba el barro. En aquella inmensidad de cielo anubarrado y agua pantanosa, esta desaparición súbita y fatal de un jinete o de una fiera—muñequillos de la marisma—marcaba sólo ante la gran lucha de la Naturaleza con los elementos desencadenados la pérdida de una ficha en el transcurso de la partida.

Ya algunos cabestros, seguidos de los toros más obedientes, habían salvado el terreno bajo y encaramábanse por unos cerrillos. Cansados, con las patas cubiertas de barro y los cencerros con pellas de tierra enfangada, continuaban su camino, atentos a las voces de los vaqueros y de los mayores. En la mañana lluviosa y fría, los cencerros y los campanillos sonaban opacamente, y al extenderse por la desolación de la llanura, convertida en un mar muerto, de sombrío y negro oleaje, parecían tañidos funerarios. La tristeza del ambiente casi apagaba y hacía desapacibles todos los rumores. No eran los campanillos carillones como en la primavera y bajo el sol ardiente de la marisma, ni los cencerros anunciaban que detrás venían toros, novillos y erales con la impulsiva acometividad y el bravo poderío de su especie. Ahora todo mostrábase con un matiz trágico, de flaqueza, de ago-

nía, de vencimiento. Los toros no miraban fieros y desafiadores a los caballistas. Débiles y sumisos, como animales de una clase inferior, que para defenderse necesitan ir en rebaño, se agrupaban en torno de los bueyes, mugiendo dolorosamente como asustados y cayendo aquí y levantándose allá, seguían la marcha poco a poco hacia un terreno seco y firme que no se hundiera bajo sus pesuñas, como el blando y enfangado del páramo marismeño.

Emocionaba ver en aquella extensión considerable de agua y cielo miles y miles de cabezas. Toros negros, colorados y de pintas grisáceas y leonadas, y que no cejaban un momento en su chapoteo doloroso sobre la inmensa laguna pantanosa. Miles y miles de cuernos blancos, grises y acaramelados, brillando metálicamente con plomizos tonos en la atmósfera, un poco velada por los finos y verticales hilillos de la lluvia. Ojos anchos con el fondo lechoso de la esclerótica inyectados de sangre; orejas de una movilidad prodigiosa; testuces planos como escudos de guerreros salvajes; nerviosas colas que arrojaban el fango al aire; hocicos que venteaban el peligro y que se abrían llenos de espuma. Relucían también en esta atmósfera, turbia y cargada de electricidad, cuellos, lomos y la piel suave y lustrosa del morrillo. Toda la silueta gallarda y acometedora del rey de las marismas, achicada y puesta en fuga y en vergonzosa derrota por la fuerza ciega y arrolladora del Guadalquivir desbordado. Pero aún había to-

ros arrogantes y temerarios, que, detenidos en una veta de tierra, aguardaban impávidos desde allí la crecida lenta, pero inexorable de las aguas. Eran tres toros negros, de bonita presencia y de finísima cornamenta, que separados del resto de la tropa y zagueros ya, no hacían caso de las hondas de los caballistas, y aislados completamente, seguían sobre un macizo de taraje.

—¡Qué lástima; en cuanto el agua suba un poco se ajogan esos bichos!—opinó David.

—¡Cuarquiera va por ojos! Mira cómo los vaqueros los dejan atrás como cosa perdía—exclamó el señor Curro, viendo cómo el anillo del pantano en torno de las tres fieras iba convirtiéndose en dogal.

—¡Esos toros!—gritó David a uno de los cabestreros, que le conocía por haber servido algunos años en La Albina.

—Ya no se può jase na por ojos. El agua no deja de subí, y si intentamos sarvarlos corremos er peligro de que se nos ajoguen los bueyes.

—¿Qué gente quea entoavía aislá por ahí?

—Creo que la de Er Carvario, porque el aviso de la riá lo recibieron ya tarde. Los toros están en er sentro de la isleta, y el conoseó y argunos vaqueros, en er piso arto der caserío.

—¿Y no sabe si le ha cogío ayí la subía a Juan de Dió?

—No me han dicho los nombres de los que han quedao por ayá.

—Gracias y buena suerte—gritóle David.

Pero algo insólito, desusado, rarísimo, llamó la atención del viejo vaquero y del señor Curro.

Dos cabestros de aquella ganadería, ya casi salvada del terreno pantanoso, se habían separado de la tropa y corrían, chapoteando sobre el barro, hacia el macizo de taraje donde los tres toros, ajenos al peligro de la inundación, continuaban arrancando, graves y calmosos, de aquel suelo riquísimo en humus por descomposición de las materias orgánicas, grandes matojos de yerba verde y jugosa.

—Nunca vi na iguá, señó Curro.

—Ni yo tampoco. A esos mansos sólo les falta hablá.

Y era cierto. Sin la indicación ni el castigo de los garrochistas iban en busca de aquellos tres toros, que ya el ganadero podía considerar perdidos. Ahora nadaban sobre las aguas plumizas y espesas. El nacimiento del rabo a flote, como medida preventiva para no ahogarse; la noble frente, con su arqueada y enorme cornamenta, también al aire libre. Un esfuerzo leve, varios resbalones en la tierra enfangada y pronto se les vió como agitando los cencerros en torno de los tres bichos, arropándolos hábilmente para evitar que se desmandaran de nuevo. Y en esta forma, sin necesidad de caballistas, los bueyes lleváronse de aquel islote a los tres toros y a cornadas obligáronles a meterse en el agua sucia y plumiza y a nadar al lado de ellos.

—No son bueyes, Daví; son perros de Terranova.

—Esos cabestros, en vez de yevá corgaos ar cueyo senserros o campaniyos, debían de í con cruses de Benefisensia.

—Tiés rasón, hombre. Yo, si fuera jefe der Gobierno, le colocaba una condecoración de esas a ca manso; se la han ganao como buenos.

—¡Pero, señó Curro, esas cosas no son pa los animales, sino pa las presonas!

—Hay animales mucho más inteligentes que muchas presonas. Te lo dise este cura, y te pueo demostrá siempre que esto es más verdá que el Evangelio, porque yo he tratao con racionales e irracionales; ya ves si tendré conosensia del asunto.

XII

EN Coria del Río, ese pueblecito ribereño, tan blanco, que en los días claros reverbera al sol como si fuese de alabastro, esperaban ya, intranquilos, noticias de Juan de Dios, Emilio el casero, la señora Gracia y Magdalena. ¡Veinticuatro horas sin saberse nada! ¿Dónde estaría el mocito? La inquietud dejaba en el rostro de Magdalena una sombra hondísima de tristeza, y en los labios de Gracia y de su hombre, un rictus de amargura. Estaban hospedados en la vivienda de unos conocidos, y allí seguirían hasta que todo entrase de nuevo en la normalidad y pudieran volver sin peligro a La Albina.

—Anda, Emilio; date otra vuelta por La Marmoleja, a ve si saben ya algo de Juan de Dió.

—Vaya usted, padre. Hay que enterarse de lo que ha pasao. To menos seguí así, sin sabé nada— dijo Magdalena, con los ojos arrasados de lágrimas y sin preocuparse de ocultar la angustia producida por la incertidumbre.

Iba a coger el sombrero y a ensillar la jaca cuando oyó el trote de un caballo por la calleja, y poco después una parada súbita ante el portal. Este ruido produjo un vuelco en el corazón de

la señora Gracia, de Emilio y de su hija. Y de un modo inconsciente, por una fuerza misteriosa y oculta, mientras el viejo casero daba un tirón del cordel y la señora Gracia abría la cancela, Magdalena corría por el estrecho y encalado zaguán hacia el blanco poyete que marcaba la entrada a la típica vivienda andaluza.

Fué un grito de alegría, de entusiasmo, de esos gritos indescriptibles que se dan cuando instantáneamente se pasa de la zozobra a la calma y de la tristeza al contento.

—¡¡Juan de Dió; chiquiyo, qué susto nos has jecho pasá!

Y transfigurada por el alborozo, en cuanto el mocito saltó a tierra se echó en sus brazos y lloró sobre su pecho como aquella otra Magdalena dignificada por Cristo.

* * *

—Pero entonses, ¿Maricrú está enferma?

—Con mucha fiebre, a causa de la mojoura y de la pena de ve cómo la corriente se llevaba a su padre río abajo. Una desgrasia, una gran desgrasia. Yo intenté buscarlo; pero me convení de que perdía er tiempo en tonto; además, Maricrú se me desmayó y tuve que subirla a mi cabayo en seguía y juí der río, ya desbordao. Una tarde y una nochesita de prueba. Cayendo aquí, levantándonos ayá, con barro jasta la sintura unas veses y cubiertos por el agua otras. No quiero acordarme.

Pero, en fin, hay que dar gracias ar sielo porque Maricrú se ha sarvao. Y si apareciera vivo er señó Hipólito, la felisiá sería completa.

Emilio el casero, con la sabiduría que le presta-ba su experiencia, repuso:

—Si la corriente se lo yevó, es difísi que se sarve.

—Tié usté rasón. El Guadarquiví desbordao es mu trasionero. ¡Me costó un trabajo vensé su fuersa cuando lo crusé con mi novia a la grupal! Si la jaca seja un poco, hubiéramos dío a jaserle compañía ar probe viejo.

La conversación, ya más calmada, sosteníase en el pequeño patio de la casita pueblerina; un patio casi rústico, de paredes muy blancas, con maceti-llas en los ángulos, y un pozo como un canastito con sus asas de hierro y pintado de verde. El pa-vimento era de guijas amarillas, rojas y negras, haciendo caprichosos arabescos. Unas oleografías con paisajes infantiles manchaban los muritos albos.

—¿Entonces, Maricrú, dónde está?

—En La Puebla. En casa de su tía. Allí la he dejao, después de unas cinco o seis horas de ca-minata por ciénagas y lapachares. Un horror, pa-dre. Pero basta ya. He jablao bastante de mí. ¿Y er señó Curro? ¿Y los demás? ¿Y er ganao de La Arbina?

—Er señó Curro y to er presoná de la dehesa, en La Marmoleja, y er ganao, en sitio seguro. Han pasao también lo suyo pa sarvá a las vacas parías

y a los terneriyos; no se ha perdido más que una cabeza, y esa por testarúa. Er toro sarvaje. No ha jecho caso de los cabestros ni de los garrochistas, y a estas horas debe de está jincho como una papocha o comío por los grajos. Mira en lo que acaban toas las fieresas.

—Oye, Juan de Dió—le dijo en aquel instante Magdalena—, ¿estarás desfayesío después de esa jorná por los fangales de la marisma? ¿Quieres que te prepare en un momento argo de comía?

—No te molestes, nena. Me secaron lã ropa y comí ya en casa de la tía de Maricrú. Figúrate: yegamos ayí empapaítos. Por eso he tardao. La tranquiliá no la he perdido pensando en ustedes, porque sabía por Daví, cuando se presentó en la chosa del serrao, que estabais toos sanos y salvos.

—Nos venimos en seguía a Coria, porque era peligroso quearse en er caserío con la riá que se presentaba. ¿Y esta noche, duermes aquí?

—No sé; porque si a Maricrú no le baja la calentura, me quearé velándola. No jase más que delirá, y a veses grita con mucha angustia, yamando ar viejo. ¡Pobreciya!

—Pues vete. Ya te discurremos con er seño Curro y con Daví. Ahora marchaba yo a La Marmoleja pa preguntarles si habías apareció. Iré pa desirles que ya estás entre nosotros y pa quitarles la preocupasi3n que tenían por tu tardansa.

—Pues entonses vamos juntos. Yo me queo en La Puebla y usté sigue carretera adelante.

La señora Gracia y su marido entraron en una

de las habitaciones de la casita. Magdalena quedó a solas unos momentos con Juan de Dios. Y de pronto, con los ojos llenos de lágrimas y temblorosa, le dijo:

—Una mujé nos roba tu cariño. Tú ya no nos quieres. ¿Por qué te vas, por qué no duermes aquí esta noche?

—Pero chiquiya, ¿qué dices? ¿Que yo no os quiero? ¿Pero estás loca, Magdalena? Madre, padre y tú sois pa mí lo más sagrao. Mi cariño por Maricrú es otra cosa, hermana.

—Sí otra cosa, pero te vas con eya.

—Es mi novia y será mi mujé. ¿No comprendes? Por eso no pueo abandonarla. Además, está enferma. Y yo quiero mucho a mi Maricrú, de otra forma, ¿sabes?; pero tanto como a ti.

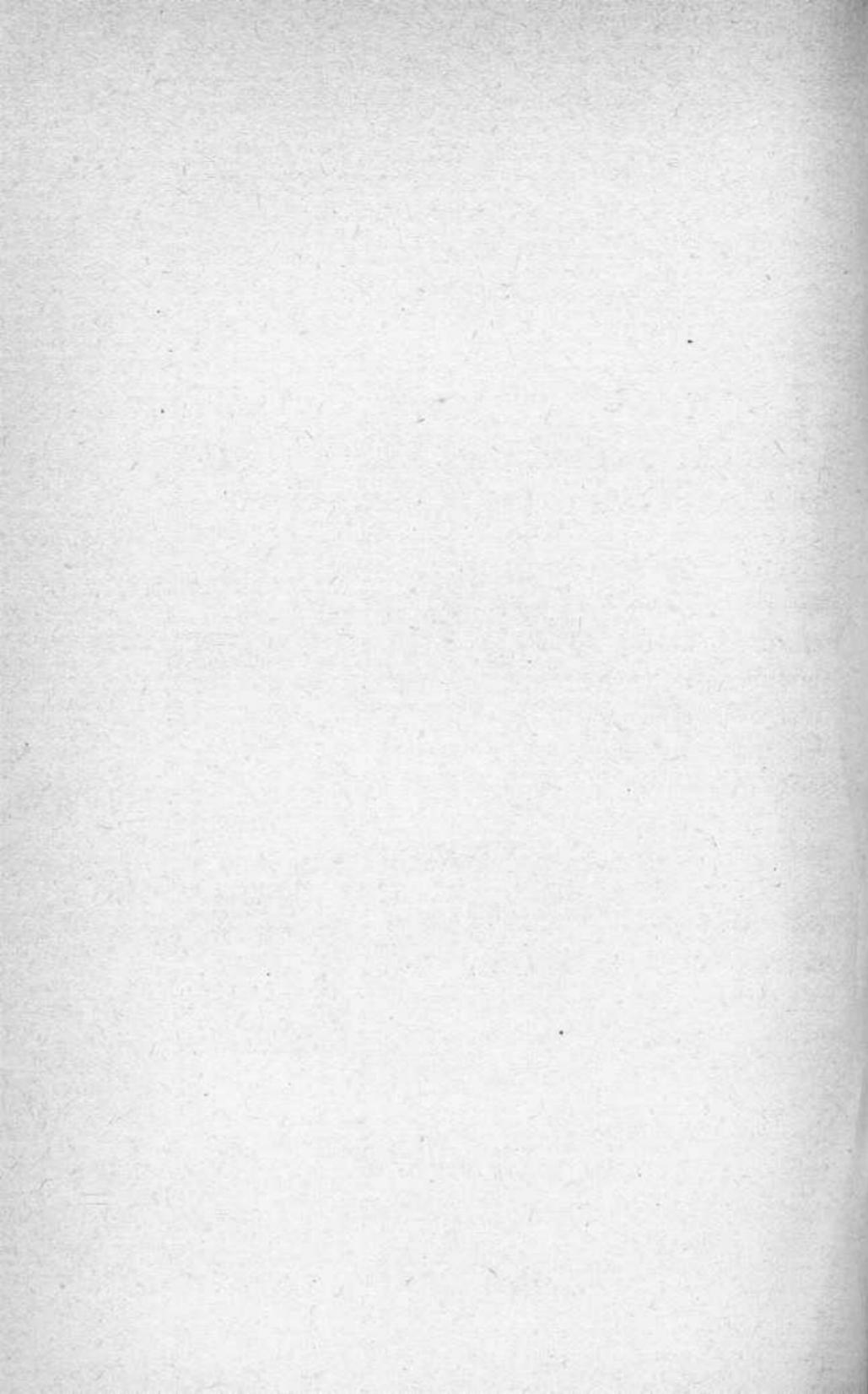
—¡Siempre tu Maricrú, siempre tu Maricrú!

—¡Pero qué raras dices! ¿Selos de hermana ahora?

Y acercándose a ella le puso un beso de ternura en la frente.

Magdalena, entonces, buscó refugio de nuevo en los brazos de Juan de Dios para ocultar su angustia.

TERCERA PARTE



I

LA choza de Juan de Dios en La Albina se había transformado por completo. Esteras de esparto se cruzaban en la habitación rústica, y eran como aspas de oro sobre la tierra negra y endurecida del pavimento. Los postes que constituían la armazón y las vigas y los travesaños de la techumbre de albaida relucían de blancura por el milagro de la cal, y los escasos muebles y adornos de la parte dedicada a vivienda se habían aumentado, poniendo así de manifiesto el espíritu sibarita de sus moradores, con un sillón de extensión, que al abrirse mostraba una lona de polí Cromos tonos como un arco iris; se había enriquecido también con un reloj de pared metido en una pequeña garita de madera; con unos visillos blancos en las ventanitas cuadradas; con una especie de aparador pequeñito, donde relucía el metal plateado de un azucarero, el cristal siempre limpio y transparente de unos vasos y el brillo esmaltado de unos cacharros de loza.

Cuando se entraba en la cabaña veíase en primer término un biombo, hecho con cretonas de colores vivos. Y detrás, en vez del antiguo catre de tijera, ocultábase una cama de matrimonio con

barrotes dorados, y en la cabecera una estampita de María Santísima, traspasado el dolorido pecho por los siete simbólicos puñales. En otro de los ángulos de la choza resaltaban unas palometas pintadas de verde, y en sus correspondientes agujeros había cuatro cantarillas y un búcaro de la Rambla, sudando el agua por sus poros de barro moreno. En la parte dedicada a cocina, y bajo una pequeña chimenea de campana, amontonábase la ceniza del último fogaje. Todo limpio, todo colocado en su sitio, con detalles muy femeninos. Profusión de papeles rizados en unos vasaritos donde estaban en fila y colocados graciosamente fuentecillas, platos y tazones. En las paredes, blanquísimas, y con meticulosa pulcritud escalonados, sucedíanse marquitos pobres de cartón con postales en colores de Sevilla y unos cromos con paisajes absurdos. En suma, la choza de Juan de Dios, por dentro, debido tal vez a la visita de algún hada de las marismas, hallábase convertida en un hogar donde no sólo se vivía cómodamente, sino que se gozaba de ciertos refinamientos urbanos. El hada benéfica, la gentil autora de este milagro, era Maricruz, esposa ya ante Dios y ante los hombres del vaquero más joven y más gallardo de La Albina.

* * *

La modernidad en el mobiliario de la cabaña rimaba también con el progreso de los aires, el

paso del avión que hace el servicio de Sevilla a Larache y de Larache a Sevilla. El primer día, Maricruz creyó, al oír el tableteo del aeroplano, que toda la marisma trepidaba bajo las alas de aquel monstruo de acero, en cuyos metales quebrábanse los rayos del sol, espejeando trágicamente.

A Maricruz y a Juan de Dios les distraía esta escena casi diaria del paso del avión por la dehesa. En cuanto oían el ruido del motor asomábanse a la puerta de la cabaña para verlo evolucionar en el espacio hasta desaparecer en la línea del horizonte. A veces, el aviador divertíase descendiendo tanto, que distinguían la figurilla de aquel pájaro humano enfundada en un traje de cuero y con el casco de buzo de los aires pegado al rostro. Otras veces, este muñequillo de bazar, con su juguete metálico, seguía el vuelo casi rozando la llanura, y en ocasiones tan cerca de los toros, que al sentir el bordoneo del motor y el viento huracanado de la hélice, despavoridos y mugiendo fuertemente, huían en todas direcciones.

Nueva y laboriosa faena para Juan de Dios, pues tenía que ir con la jaca a reanudar de nuevo la calma interrumpida en el ganado por el avión del piloto bromista.

* * *

—¿Vas mañana ar caserío?

—Sí; quiero traerme unas cosiyas que jasen

farta. Así veré cómo sigue Magdalena. Yeva argún tiempo malucha.

—¿Ha estao enferma de cuidao antes?

—Ni antes ni ahora. El médico de Coria ha venío a verla y no le ha dao importansia a la cosa. Pa mí que lo que tiene Magdalena es aburrimiento. Eya se distraía mucho con las bromas que yo le daba; pero desde que nos separamos, como no habla más que con gente vieja, se atontolina y parese que le han dao cañaso.

—En cuanto se echara un novio cambiaría.

—¿Y cómo va encontrá eso en el cortijo? Los mositos cabales escasean. Además, yo la conosco y sé que hasta ahora no se ha fijao en naide. Magdalena es mu rara pa to esto de los noviasgos.

—Pues como no tome por otra vereas, se va a quedá pa vestí imágenes. Y es una lástima, porque como guapa y hasendosa, no hay hija de cortijera que la iguale.

—Sí que lo es, tan guapa y hasendosa como tú.

—¡Tonto! ¿Yo guapa?

—Una guapura distinta a la de Magdalena. Eya es moreniya, curtía la pié por el aire marismeño. Una guapura de sol. A ti parese que er viento de esta ribera te ha echao sobre la pié terronsiyos de sal; por eso eres tan blanca, como los panes poco recosíos, como las arbinas floresías, una guapura de luna.

—¿De manera que eya es er só de la marisma y yo la luna? Tú has nasío pa escribí en los pa-

peles, Juan de Dió. ¿Cómo se te ocurren esas comparaciones, chiquiyo?

—Ven aquí y te lo diré, nena; pero antes contéstame a una cosa. ¿Por qué ca día que pasa te quiero yo más?

Y candorosamente sonrió ella al requiebro galante y fervoroso. Por el blanco visillo de una de las ventanas cerníase la luz de una mañana abrilena. En una sillita baja de anea, Maricruz zurcía una camiseta, mientras Juan de Dios colocábase los zahones.

—¿Vas a salí?

—Voy a dar una vuertesita por el serrao. Tardaré poco.

—Cuidaíto, nene. No te aserques mucho ar toro chorreao ni a esa vaca negra, que está enloquesía por haber perdío ar terneriyo. No te descués, Juan de Dió, que no tengo en er mundo a naide más que a ti.

Maricruz, al recordar la tragedia pasada, soltó la prenda que estaba zurciendo, y miedosa como una niña, refugióse, acongojada, en los brazos del que ya era su marido.

—¡Vamos, vamos! ¿Otra vez? ¿Pero no comprendes que en este mundo tenemos que entrá por lo bueno y por lo malo? Lo pasao, pasao, ¿me entiendes? Y de mí no te preocupes, nena. No me coge a mí esa vaca loca ni ese toro reservón aunque pase rosándoles la jeta montao en mi cabayo. ¡Ea! A secarse esas lagrimitas y a reirse un poqui-

yo, que no quiero ve a mí lao mositas guapas haciendo pucheros, que se ponen mu feas.

Maricruz, mientras con ternura besaba a Juan de Dios, sonreía dolorosamente, como si la angustia del recuerdo gravitara sobre todos sus sentimientos. La vida se le aparecía ahora como una mezcla absurda y arbitraria de alegrías y de tristezas, de dolores y de goces, de felicidades inmensas y amarguras inextinguibles. Una alegría que le mataba una pena y una pena que le mataba una alegría. Así había sido hasta aquel momento la vida para Maricruz. La desaparición del padre río abajo, envuelto por la corriente y del que nada se supo, la dejó medio alelada. En los primeros instantes creyó morir de tristeza. Gracias a los cuidados de su tía y a los mimos de Juan de Dios, fué poco a poco también cediendo la fiebre que le ocasionara aquella larga caminata en la noche, atravesando a ciegas los campos inundados. Al amante, al esposo, debíale la nueva existencia. Habilísimo conocedor del terreno, a pie, llevaba las riendas mientras ella, atasajada sobre la caballería para no venir al suelo con los vaivenes de la marcha, afianzábase con las manos buscando un punto de apoyo en el borrén delantero de la silla vaquera. Así, ella como un fardo y él como un peregrino que cumpliese una terrible y dolorosa penitencia, llegaron a La Puebla, mojados hasta los huesos y con las ropas convertidas en guñapos, después de una lucha desesperada, defendiéndose de la lluvia y del fango hasta el ama-

necer, cuando la luz aún turbia del alba les mostró los copitos blancos de algunos caseríos ya cercanos a la aldeíta ribereña.

Inútiles fueron después las búsquedas para encontrar vivo o muerto al vaquero de El Calvario; no apareció ni el cadáver de la jaca. Seguramente en la desembocadura del Guadalquivir serían sorbidos ya como piltrafas por la inmensidad del Atlántico y arrojados después entre las arenas o las rocas de algún puerto de la costa gaditana.

Maricruz no tenía más parientes que aquella tía de La Puebla, en cuya casa habíase recogido el día trágico de la riada; pero allí no podía seguir mucho tiempo, porque la pobre vivía mal. Dedicábase a la sericicultura; pero la cría de los gusanos de seda, que en otros años bastaba para el sostenimiento de toda una familia, ahora no se obtenían ingresos ni para cubrir gastos. Una desdicha. El Gobierno, que en otras ocasiones prestara su ayuda a la útil, linda y modestísima industria, desoía las quejas y creaba dificultades, como si tuviese interés en desterrar por completo de estos pueblos guadalquivireños la sericicultura, tan famosa y tan floreciente en la época de los árabes cuando toda la Andalucía era un emporio de riquezas.

En estas condiciones, a Maricruz no le quedaba más recurso que ir a Sevilla y buscar una buena casa para servir. Y pensó en la de los dueños de El Calvario. Ellos eran los que tenían obligación de auxiliar a la huérfana; pero todos estos

planes vinieron a tierra ante la negativa de Juan de Dios. Ella saldría de La Puebla, pero no como criada de nadie. El mozo se ausentó unos días y habló con sus padres adoptivos. Luego, ya completamente de acuerdo con Emilio el casero y la señora Gracia, se arreglaron los papeles necesarios, y a los quince o veinte días de la trágica riada, Maricruz fué ya la mujer legítima de Juan de Dios. Llevaban juntos un año. Y eran felices en aquella choza, cuidada con esmero por Maricruz. Unicamente la sombra del padre desaparecido nublaba aún la dicha de esta pareja de tórtolos marismeños, pueriles como Dafnis y Cloe y cándidos como Pablo y Virginia.

II

¿QUÉ pasa cerca de La Marmoleja? ¿Y en la cañada del toro? ¿Y en el rincón de los lirios? ¿Y en otros sitios de la Isla Mayor? ¿Por qué abandonan los manchoneros sus siembras de alpiste y sus plantaciones tomateras, y sus matas de sandías y de melones? ¿Es verdad lo que dice el señor Curro en la cocina del cortijo, rodeado de toda la gente, mientras la sopa de caldereta va calentándose en la cachifa y bajo el vuelo de la chimenea de campana?

—Sí, señó. Una Compañía de tíos ingleses ha compraó casi toa la isla pa sacarle er salitre y sembrá cáñamo. He visto máquinas de toas clases, y han puesto, arrodando a los lucios y las albinas, sacos con arena. Disen que las tierras bajas las van a reyená y que en poco tiempo serán laborables. Con unas máquinas muy estrambóticas, pues paresen escarabajos peloteros, y que están amon-tonás a la entrá de la isla y en er mismísimo rincón de los lirios, han aseguraó que chuparán toa la sal de los esteros y que la tierra entonses producirá trigo, avena, sebá, senteno, en fin, to lo que se le jeche. Y servirá no como ahora, que sólo se curtivan y producen argunas vetas.

—¡Esos no saben cómo las gasta er Guadarquiví cuando se enfurruña!—dijo Emilio el casero.

—¡Mire usted que vení a toletarse a estos campos, que unas veses son un desierto y otras un mar!—opinó David, el viejo vaquero.

—Pues yo lo que le digo a ustedes es que esos tíos no son tan idiotas como por acá creemos. Con las máquinas han traío materiales de construsión, y en Villa Dora, una espesie de pueblesiyo que han levantao ahí serca de La Marmoleja, hay un arsená de chirimbolos. Han jecho casas de ladriyo en una semana, y por toas partes se ven ingenieros y arbañiles. Aqueyo tan solitario antes de ahora, está hoy que jierve. Desde lejos se oyen los gorpes de los picos y el ras-ras de las sierras y unas palabras mu raras y mu enrevesás de los capatases.

—Esos no saben—repuso el viejo vaquero despectivamente—que ya se jiso una cosa paresía en otra ocasión y quedaron enterraos muchos miyones de pesetas. Estos campos de la marisma no se desecan ni echádoles ensima toa la arena der Sahara. Si lo sabré yo, que yevo aquí metío sesenta años. ¡Desecá la marisma y jaserla laborable en las arbinas, en los lusios y en los regajos! ¡Vamos, que esos tíos ingleses están locos!

Chiflados o cuerdos, lo cierto era que una Compañía de mucho capital había comprado casi todos los terrenos de la Isla Mayor y disponíase con una maquinaria modernísima y un personal idó-

neo a convertir aquellos terrenos anegados en invierno y casi estériles en las sequías del estío, en campos fecundísimos y apropiados para todos los cultivos de las zonas meridionales.

En aquella estepa, casi siempre solitaria, donde sólo se veía de vez en cuando la silueta gallarda y nerviosa de un toro, recortábanse ahora los perfiles acerados y metálicos de los tractores, de las locomóviles, de las grúas, de las vagonetas, y en tierra los hilos también acerados de los rieles. El progreso, en fin, entraba rasgando, enérgico y brioso, la virginidad de la nava marismeña. El resultado se vería después. Por lo pronto, con el numeroso personal que prestaba sus servicios a la poderosa Compañía, habían formado ya dos núcleos de edificaciones, que eran como dos pueblecitos: Villa Dora, fuera de la Isla Mayor; Alfonso XIII, al lado de La Albina, y otro conglomerado de viviendas y talleres en el rincón de los lirios. Y como la plata corría por allí como el agua en el invierno, a la sombra de esta gran Empresa habíanse instalado tiendecillas de comestibles y de bebidas. Y cercana a la Venta de la Negra y El Gorrión, una casa con *ganao alegre*, según decía David el vaquero, y que conocíase en toda la ribera con el nombre cabalístico y un poco sospechoso de La Piompa.

Con los motores, con las dinamos y con las vagonetas; es decir, con todos los dioses, semi-dioses y héroes de esta ultramoderna mitología del Progreso, había entrado en la marisma, sin duda

para evitar aberraciones y extravíos, la prostitución reglamentada. En La Piompa y en otras cabañas, convertidas en burdeles, encontraba siempre el obrero que quisiera divertirse y pulir el jornal, una vieja celestina con dos o tres surripantas.

—El otro día me reí como jasia tiempo que yo no me reía—dijo el señor Curro, mirando a David y al casero.

—Pues ¿qué le ocurrió?—preguntó intrigadísimo el padre de Magdalena.

—Venía pa la dehesa, y como apretaba er calor entré a refrescá en un ventorriyo, cuando me veo ayí, más amigos que dos burros pastureros, así estaban de melosos, a dos ingleses tan borrachos, que no podían casi tenerse en pie. Y uno de ellos le desía al otro, en nuestra lengua, estas palabras, que se me quearon grabás por lo divertías: “No beber más, Jhon, que luego en La Piompa, como estamos borrachos, vemos, como el otro día, hombres en ves de mujeres.”

Y era verdad todo lo que contaba el señor Curro. En la marisma, con las máquinas, había entrado también el vicio hasta en su aspecto más repugnante. En varios de aquellos tabucos, instalados en el cruce de los caminos, se permitía todo. Los cientos y cientos de obreros que trabajaban en Villa Dora, en el rincón de los lirios y en el poblado Alfonso XIII, no necesitaban ir a Sevilla los días de fiesta. Podían divertirse a un tiro de fusil de donde actuaban como peones y embo-

rracharse con *whisky*, *piperment* y otras bebidas alcohólicas. Todo organizado perfectamente para que dejaran parte del jornal en las mancebías camperas y en los ventorrillos marismeños.

—Pero una ve que desequen las tierras, ¿qué harán con ellas?—preguntó David.

—Las repartirán en parcelas entre la gente que las quiera trabajar. Dan semiyas y adelantan algún dinero.

—Una espesie de colonos, ¿no es eso?

—Argo así. La Compañía, a mi entendé, lo que quiere es labrá y poné en condisiones lo más pronto to er terreno que ya tiene compraó. Los manchoneros que había por estos contornos no pican, a pesá de toas las fasilidades, porque disen que en cuanto venga un invierno cruo, pa ná han de serví tos esos canales, y tos los sacos de arena que han puesto pa contené el agua.

—Y yo creo también lo mismo, señó Curro. En cuanto er Guadarquiví se arborote, arrambla con too.

—Disen que piensan poné muros de contención y canales de desagüe. Además, ya están plantaos en argunos sitios álamos, eucaliptos y móreras.

—Que no agarrarán. Esos no saben que en la pergeña no agarra más que er carsao y las hebrauras de las cabayerías.

—¡Ya veremos lo que pasa, Daví! De toas maneras hay que agradecerles lo que jasen. Convertí

un fangá en un llano fertí, y un desierto en una granja agrícola, ya es argo.

Todos los que estaban en la cocina asintieron a las palabras juiciosas y reposadas del señor Curro, hasta la señora Gracia, que en aquel instante separaba del fuego el pote donde hervía ya el caldo espeso y sabroso.

III

EL brusco casamiento de Maricruz con Juan de Dios, había sumido a Magdalena en la angustia y en el desconsuelo. ¿Juan de Dios de otra mujer? Pero ¿era posible? Y ella lo consentía. La noticia del noviazgo no tuvo importancia; le pareció algo sin trascendencia alguna, compromiso fácil de romper en cuanto ella se lo propusiera. Pero todo se vino abajo ante la terrible y desoladora realidad. Maricruz, huérfana de súbito, sin apoyo de nadie, y Juan de Dios que pide permiso a los viejos y en unos días queda todo consumado. La impresión es tan grande, tan inesperada, que Magdalena cae en el mutismo más absoluto. Y como en los comienzos de los perturbados, tiene una idea fija. En ella esta idea es huir de La Albina. No vivir cerca de aquella choza donde Juan de Dios duerme con otra mujer. Esto de que Juan de Dios duerma con otra mujer le obsesiona, le aturde, la sume, en fin, en una tristeza hondísima. ¡Ella, ella tenía la culpa! ¡Estúpida, idiota! Si estaba enamorada de Juan de Dios con cariño de hembra, ¿por qué no se lo dijo a tiempo? Ahora ya era tarde. ¿Cómo interponerse entre Maricruz y su hermano? ¡Su hermano!

¡Qué palabra más vacía de sentido en estos momentos en que ya no ignoraba el verdadero significado de todo lo que iba ocultándose en su corazón! Porque no valían el engaño, ni los subterfugios. Juan de Dios le atraía como hombre, no como hermano. Y ahora se explicaba ella sus rubores de niña cuando la besaba en la frente y en las mejillas y las palpitations aceleradas en su pecho cuando él, cogiéndola en brazos, aupábala sobre aquellos erales que enseñábanse para cabestros. Todo iba pasando por el cerebro de Magdalena, y la evocación de esta infancia dejaba en lo hondo de su ser un fuego inextinguible. Allí seguían las llamas, a cada momento más voraces y más ardientes. Ahora comprendía también su despego, su indiferencia por los zagales del cortijo. Desde pequeñita se había acostumbrado a que la mimase Juan de Dios. Con él únicamente compartía sus juegos, y sus alegrías, y sus tristezas ya en los umbrales de la pubertad. No sabía explicarlo; pero desde niña atraíale Juan de Dios, claro que con cariño fraterno; pero también con una mezcla rarísima de sentimientos encontrados y dispares. Antes de que descubriese el secreto de la existencia del mozo, Magdalena, en sus soliloquios, pensaba: "Si hubiera en La Albina un zagal que se pareciera a mi hermano, yo lo querría como novio." Era el sexo alzándose y rebelándose ante la superchería del parentesco; la naturaleza, que adivinaba la burla y no podía resignarse a la pasividad. Luego, al aclararse todo, al saber que

Juan de Dios era únicamente su hermano de leche, aquellos sentimientos recónditos y raros que dormían en su corazón, despertáronse e hicieron-se dueños de su organismo con una violencia arrolladora. ¡Qué alegría la de Magdalena al saber que no era un pecado querer a Juan de Dios como ella imaginaba y sentía! ¡Y luego, qué tristeza al ver que él, ajeno a toda esta lucha interior, seguía considerándola como una hermana! ¿Tan ciego estaba? ¿Tan cruel era? ¿Por qué la seguía besando lo mismo que siempre? ¿No se daba cuenta de su martirio y de su angustia? Y esta tristeza de ella agravaba más la situación, porque entonces el mocito tornábase más mimoso y más zalamero.

¡Cuánto sufría Magdalena viéndose acariciada y festejada como hermana, como hermana nada más! Y claramente lo demostraba él hablándole del comienzo de sus relaciones con la hija del vaquero de El Calvario. ¡Calvario el de Magdalena oyéndole hablar del cariño de otra mujer, y ella, mientras, muriéndose de deseos y soterrándolos para no descubrirse! Luego tuvo que oír también el elogio que le hacía de la belleza y de la bondad de Maricruz. Suplicio que no imaginara el verdugo más fiero y más ruin. Y, por último, como un mazazo, como el anuncio de la pérdida absoluta de todas sus esperanzas: el casamiento. ¡Y arrullándose allí, en la misma dehesa y en la choza que aún conservara en muchos pormenores las huellas de sus manos. En aquella cabaña, donde

hasta un retrato de Magdalena, ¡irónico detalle!, ocupaba la cabecera del lecho.

El dolor sordo que sufría de continuo hizo su carácter más reconcentrado, más irritable. La niña alegre de otros tiempos desaparecía para convertirse en una hembra exacerbada por un deseo oculto. Los días de fiesta que el matrimonio solía ir al caserío eran días de tormento indecible para Magdalena, hasta el extremo de que Juan de Dios llegó a notar algo raro, pero sin descubrir la verdadera causa. Advertía, eso sí, que ya no estaba tan cariñosa con él y que este despego se hacía más visible en sus relaciones con Maricruz. Evitaba pasear con ella por el jardincillo, y no tenía esa confianza que nace entre dos mujeres casi de la misma edad y que se ven con frecuencia. Y este principio de antipatía o de indiferencia desdeñosa aumentaron de tal forma en Magdalena, que, pretextando ligeras indisposiciones durante estas visitas del matrimonio al cortijo, encerrábase en su habitación horas y horas.

* * *

Un domingo, hacía ya tres meses que se había efectuado el casamiento, Juan de Dios se acercó a la alcoba de Magdalena. Estaba la puerta a medio entornar, y allí, en el fondo del pequeño dormitorio, vió a la moza echada de bruces sobre el lecho.

Se detuvo, vacilaba entre avanzar y retroceder,

cuando de súbito, en el silencio amodorrado de la siesta campera, llegara hasta él los rumores casi imperceptibles de unos sollozos.

—¡Magdalena!, ¿qué te pasa?

Y solícito, aproximóse; pero ella, al oír la voz, con los brazos hacia adelante, rechazó enérgica el auxilio.

—Na me pasa, ¿entiendes? Ni a ti debe importarte en este mundo naide más que tu Maricrú.

—¿Por qué me tratas así, Magdalena? ¿Es que ya no quieres a tu hermano?

Riéndose de un modo que a Juan de Dios le causó lástima, repuso:

—¿Hermano mío, hermano mío? Tú estás loco; tú ya pa mí no eres mi hermano, eres un hombre como Leandro, como otro cuarquiera. ¡De manera que vete, vete! No quiero ver a naide ¿sabes?, no quiero ver a naide.

—¡Tonta, ven aquí!

—¡Te he dicho que te vayas!

Y por la primera vez en su vida, Magdalena rechazó enérgica los brazos que le tendía Juan de Dios.

IV

DE lo ocurrido aquella tarde en el caserío del cortijo nada supo Maricruz. De un modo vago aún, Juan de Dios iba sabiendo algo que no quería saber, iba comprendiendo algo que no quería comprender, iba adivinando algo que no quería adivinar. Pero ¿era posible? ¿Qué pretendía Magdalena con aquellos sollozos y aquella repulsa? ¿Por qué pasaba de pronto del cariño al desafecto y de la ternura a la cólera? Había que vigilarla, porque tal vez fuesen avenates de loca. Y ahora, contra menos frecuentara el caserío, mejor. Tenía que ir a hacer el costo todas las semanas; iría, pero sin detenerse tanto como antes. Y mientras a Magdalena no le pasara el arrechucho, las visitas de Maricruz quedarían suspendidas. Un poco de calma. Y lo demás ya vendría con el tiempo. En cuanto hubiese por aquellos campos un mocito que la hiciera tilín, desaparecerían las rarezas que tan preocupado traían a Juan de Dios y a toda la familia.

En la choza, los días transcurrían lentos, tranquilos, iguales, pero llenos de felicidad. Mientras Juan de Dios salía a ver el ganado, Maricruz cosía, o limpiaba por dentro la cabaña, erguida en

pleno campo marismeño. Ahora, ya avanzada la primavera y con la proximidad de Villa-Dora y del poblado Alfonso XIII, Juan de Dios tenía también que salir de noche a recorrer el cerrado de las vacas, pues algunos muchachos que soñaban con ser émulos de Belmonte y el Gallo, amparados en la sombra y como podían buscar refugio en las casitas edificadas por la Compañía extranjera, solían algunas madrugadas saltar la cerca de alambre y se entrenaban en alguno de los cerrados de La Albina. Aquellos torerillos eran unos verdaderos diablos. Lo que hacían allí anónimamente, sin el estímulo del aplauso, ni de la admiración de un público, sino al contrario, perseguidos siempre por los vaqueros de las distintas ganaderías, era algo de un valor inusitado y de una temeridad inaudita. Juan de Dios imaginábase que irían al cerrado las noches de luna; pero los maletillas, queriendo burlar mejor a los guardianes de las dehesas, presentábanse también en las noches en que los blancos rayos del satélite de la tierra no ponían un reguero lechoso en la llanura ribereña. A veces acercábanse también a los cabestros vigilantes y les introducían grandes puñados de hierba en los cencerros hasta que los badajos, ya inmovilizados, dejaban de sonar.

Juan de Dios advirtió el juego porque una madrugada le despertaron de súbito los mugidos de las vacas. Maricruz dormía profundamente. Saltó del lecho, vistióse en un santiamén, sacó el caballo de la cuadra, empuñó la garrocha y, ya fue-

ra, a campo libre, miró en torno. No se distinguía nada. El cielo, muy entoldado, no dejaba que se asomasen las estrellas y así la oscuridad era completa. Negra boca de lobo para unas pupilas menos penetrantes que las de Juan de Dios. Bajo aquella sombra espesa, los ojos del marido de Maricruz escrutaron sagaces y buídos. Al comienzo, nada; únicamente, entre desgarrones grises, alguna que otra estrella palpitando angustiosa antes de ocultarse de nuevo en las tinieblas. Luego, el silencio enigmático y profundo de la noche, roto a pausas por unos mugidos que empavorecían el ánimo más sereno.

¿Qué era aquel resplandor? ¿Una estrella errante que había caído en tierra y seguía luciendo como encantada? No, no podía ser. Juan de Dios no creía en nada sobrenatural, ni para él existían los trasgos, ni las brujas, ni esos duendecillos creados por las imaginaciones pueriles y visionarias. Aquello que brillaba a ras de tierra era una luz, una luz blanquísima que en la oscuridad del fondo resaltaba como un diamante.

—¡Jaca, vamos ayá, *Cartujana!*

No tuvo ni que espolearla. El animalito, a ciegas, pues la noche seguía con su negrura impenetrable, avanzó hacia aquella piedrecita luminosa que era también como un lucero en el ancho testuz del desierto marismeño. No había cuidado alguno. La jaca no tropezaría en su marcha al través de las tinieblas con el *jechío* de un toro, ni iría a meterse como un caballo forastero entre los

cuernos de una novilla. Hábil, venteaba el peligro y dejaba a su derecha unas sombras misteriosas y movibles. ¿Toros, vacas? Sombras alargadas y otras que recogíanse y se empequeñecían alejándose con lentitud cuando iba aproximándose aquel jinete que parecía cabalgar sobre la noche.

El lucero convertíase ya en una linterna. Juan de Dios veía el reflejo de la luz blanca en unas meleras. Pero ¿dónde habían colgado aquel farolillo? Más cerca ya. Y al variar de dirección la jaca, otras dos linternas. Ahora se distinguían bien. Estaban colgadas de unas berlingas del vallado y en círculo para que se encontraran en un punto los rayos de las tres luces y alumbrasen por igual un rincón del cerrado y que fuese allí como un pequeño ruedo. Círculo que no imaginó Dante en su infierno y en el cual se movía nerviosa y como endiablada una vaca negra, de reluciente pelo, y alrededor de la cornúpeta, hostigándola sin descanso con unos trapos rojos que parecían piltrafas a la luz de las linternas, cuatro figurillas humanas. De las arrancadas súbitas de la vaca se libraban arrojándose al foso de la valla o subiéndose en algún hinco. Juan de Dios se detuvo. No sabía si avanzar o retroceder; tal asombro le causó lo que en aquel momento contemplara. Tres de los muchachos habían buscado amparo en un portillo mientras el último extendía el ligerísimo capote, y con la audacia que presta la temeridad inconsciente avanzaba muy pálido hacia la fiera, que retrocedía escarbando en la are-

na antes de arrancarse, asombrada quizá de que aquel muñequillo se atreviese a retarla.

En la noche negra y silenciosa, este grupo fantasmagórico dejaba el ánimo suspenso. Aguafuerte más viril, más recio, más hondo, no se podía grabar en el acero de la marisma. El menor detalle de esta lámina opaca y turbia, pero de una gran riqueza de matices en sus tonos oscuros, emocionaba. El corazón de la tragedia parecía palpitara allí en las pupilas de la vaca, en el rostro violáceo del muchachito retador, en las siluetas de los otros maletillas que, como ahorcados, balanceábanse en racimo sobre la valla; en los farolillos que, colgados de los postes, parecían luces mortuorias alumbrando a un cadáver insepulto. Todo sugería imágenes tétricas, imágenes de pesadilla, en las que fundíanse las tinieblas con las sombras y la angustia de lo que puede pasar con el tormento de la desgracia que se ha presentado y no puede evitarse.

Desde la jaca, Juan de Dios pudo ver cómo las figuras del aguafuerte cambiaban de lugar. La novilla arremetió contra el muñeco humano; la tromba negra y mugidora pasó rozando el cuerpillo feble del monigotito articulado y desapareció como una mole de sombra impalpable, pero tan grande, tan voluminosa, que parecía llenar la tierra y el cielo.

Entonces, pasado el peligro, fué cuando Juan de Dios, fingiendo que perseguía a los intrusos, avanzó con su jaca y deshizo el aguafuerte.

—¡Granujas! Si una noche trinco a alguno le va a salir caro el entrenamiento.

Los aficionadillos apagaron sus linternas, y en silencio se escabullían, arrastrándose como reptiles.

Poco después refugiábanse en algún ventorro. Menos cuando alguno de ellos quedaba tendido en la dehesa, agujereada su piel por los cuernos de un toro o de una vaca y sobre un charco de sangre. Mancha roja como una adelfa que fuese abriendo sus pétalos venenosos cerca del rostro pálido del torerillo y bajo sus carnes amoratadas.

UNA tarde, ya avanzadísima la primavera y cuando estaban de plática ganaderil en la cocina del cortijo, Emilio, David, el vaquero veterano, y el señor Curro, el conocedor, oyéronse unos pasos fuera y, poco después, entraba, pinturero como siempre, pero no con la alegría de costumbre, *el Plantaíto*.

—A la paz de Dió, señores.

—Hola, Echevarría—díjole en tono afectuoso el señor Curro.

—¿Qué te trae por aquí?—preguntó, sonriéndose, el viejo vaquero.

—Asiéntese y agárrese ar goyete esterao de la majuana, que hay dentro un rico viniyo de Coria. Too no va a sé pasá solanera.

—Se lo agradezco, Emilio—dijo, rechazando la invitación.

—Pero ¿desde cuándo ha empesao usté a martirisarse, Echevarría?

—He prometío no bebé jasta que mi hijo se ponga bien der too.

—Pero ¿está malo?—preguntóle con interés el señor Curro.

Y con una amargura que *el Plantaito* no se cuidó de ocultar, repuso:

—Yeva malo tres meses. Sentao en una butaca como un impedío. ¡Un doló, señores, un doló de hijo! Er pecho. Un purmón que no funsiona bien, según nos han dicho los meicos. Lo achacan a los porrasos que ha resibió de los noviyos y de las vacas. Un mal que ha dao la cara de pron-to. No quiero jablá de eso porque me sube un núo a la garganta.

—No yore usté. Eso, a lo mejó, no es na, y en cuanto descanse er mosito unos meses, vuelve a derribá toos los toros y toas las vacas que usté compre.

—Gracias, señó Curro, por el consuelo; me demuestra que tie usté buen corasón; pero too es inútil. Sé que mi Aquiles, aunque cure, no tendrá fuersas ni pa derribá a un añojo. Si ustés lo vieran no lo conoserían: los ojos jundíos, mate la pie, sumías las mejiyas, las orejas de papé fino, transparentás, y con menos carne en el cuerpo que un gorrión. Allá está en casa, ar lao de su madre, mientras yo tengo que salí en busca der cosío y pasando las morás pa yevarme yo solo, sin ayúa, los bichos que pueo adquirí en condiciones. Pocos días me quean ya de compraó de reses lisiás y organizaó de corriás en los pueblesiyos. Tomaré otro rumbo. Yo, sin mi chavá, no soy naide; ahora tengo mieo de too. Y cuando me yevo a una noviya en er carro me dan repe-lucos. Yo, sin mi Aquiles, soy un desgrasiao.

Y Echevarría, como una mujer, se limpiaba las lágrimas que iban cayendo por los hondos surcos de sus mejillas curtidísimas.

Aquella enfermedad del hijo, aparte del dolor moral, era la ruina del pequeño empresario. ¿Dónde buscar un ayudante como aquel mocito, de una valentía temeraria en los instantes decisivos?

Lo cierto era que el muchacho estaba herido de muerte. Los médicos habían dicho la verdad. Aquiles viviría algún tiempo si se le cuidaba como a un niño, y no tornaba a sus andanzas por las dehesas de la marisma. La lesión al pecho, por los golpes recibidos, tenía mucha importancia, y el mal sólo podía estacionarse con un reposo absoluto. Al menor esfuerzo que hiciera volverían los vómitos de sangre y en unos días *el Plantaíto* quedaría sin hijo. ¡Otro héroe anónimo, otro luchador sin espectadores, que se jugaba la vida muchos días bajo el sol ardiente de la estepa andaluza, como en la noche jugábanse también la vida aquellos aficionadillos de los pañuelos rojos y de las linternas misteriosas.

Esta honda angustia del padre por el hijo desahuciado, hizo que durante algunos segundos todos guardaran un silencio respetuoso. Luego, el señor Curro, queriendo animarlo un poco, le preguntó:

—¿Ha visto usted a Leandro en Seviya?

—Una ve. Tie maera de torero; pero es un fantasioso. Yo no quiero tratos con ese niño.

—Aquí, desde el año pasao que estuvo en la

tienta con el amo, no ha vuerto. Es un desagradecido, porque lo que sabe lo aprendió en La Arbina y too se lo debe a Daví y a este servió.

—¡Qué quie usté, señó Curro! El traje de luses que lo ha deslumbrao.

—Pues como venga a la tienta este año, le voy a desí cuatro cosas bien dichas.

—¿Y vale de veras?—preguntó Emilio, el casero.

—Es mu completo. Sólo tie jindama ar tirarse a matá—agregó *el Plantaíto*.

—Lo que le pasa a too er que es mu torero.

—¿Hay arguna corría prepará en er presidio pequeño?—preguntó Echevarría.

—Una hay que irá repagilando pa Sartera la semana que viene.

—¿Se han presentao muchas enfermedaes en la úrtima camá?

—Pocas—repuso el conocedor—; del mal de la pesuña se nos han muerto dos erales; pero no se han notao en las vacas y en los toros indigestiones de graveá ni diarrea blanca en los terneros.

Y el señor Curro, que se vanagloriaba de ser el mejor conocedor de las dehesas marismeñas y de saberse todo un curso de veterinaria, habló de otras enfermedades del ganado bravo. Entre ellas de la pica o mal de lamer, de la hernia de la panza, de la inflamación del breo, de los parásitos del esófago, de la tisis verminosa del hígado, del bocio, de la pneumonía, de la congestión

renal, de la agalaxia, de la garrapata que se adhiere a la piel y chupa la sangre de la res como un vampiro, de la sarna, de los barros y lamparones, del muermo, del hormiguillo que agujerea las astas y deja roma la punta, de los tétanos, de los carbuncos y de la glosopeda.

—Pero señó Curro, ¿toas esas enfermeaes tie er ganao vacuno?—dijo *el Plantaíto*, que había seguido curioso la extensa relación.

—Toas esas y argunas más. Y en las ganaerías bravas sobra er veterinario. ¡Cuarquiera cura a un utrero! Er so de la marisma es el meico, el que jase er milagro. A veses, la enfermeá es mu perra y pué con er so y con er bicho. Pero en La Arbina, hogaño estamos bien. La baja de dos eralles, como le dije enantes.

—Oiga usté, señó Curro, ¿y por qué hay toros de esos que no jasen las cosas como deben? Vamos, ya me entiende usté, de esos que podían está de pupilos en La Piompa.

La conversación se animaba con estas palabras de *el Plantaíto*, que ya parecía haberse olvidado del hijo enfermo.

—Hombre, como están siempre separaos de las vacas, en la época der selo se amariconan. De machos que son caen en lo otro. Este año, en la camá de los cuatreños, abundan los invertíos. Por lo visto se sivilisan:

Todos rieron, y David, el viejo vaquero, se tiró un latigazo de aquel rico vinillo de Coria

que conservábase fresco en la garrafa. Después, añadió:

—Vamos a ve, Echevarría. ¿Sabe usted cuándo un toro es toro pa la lidia?

—Cuando tiene sinco años.

—Ahora, por la demanda tan fenomená que hay de corriás, se lidian a los cuatro años; pero un toro pué tené cuatro años, sinco, jasta siete, y no sé más que noviyo. Ca defecto es tiempo que se le quita de ensima. Lo contrario que pasa a las presonas. Por eso, a veses, se juegan catedrales en las noviyás, marrajos de sinco años y vacas viejas que pasan casi por beserras. Un toro bisco, es desí, de cornamenta retorsía y gacha, aunque tenga la edá, siempre será noviyo.

—¿Y hay bonitas pintas este año en la reata? —preguntó *el Plantaíto*.

—Presiosas. Hay beserriyos cárdenos, sardos, jaboneros, barrocos, ensabanaos, botineros, retintos, bermejós, avinagraos, jaros, chorreaos en verdugo, mohinos, mulatos, lombardos, zainos, azabaches, arrosalaos, aldinegros, lomipardos, alunaraos, albardaos, atigraos, nevasos, anteaos, pajisos, albahios y jirones. Y de cabeza, cara, vientre y extremidaes, capirotos, capuchinos, gargantiyos, caretos, facados, luseros estreyaos, ojos de perdí, josineros, listones, aparejaos, calseteros, bragaos, rabicanos y coliblanco.

—¡Basta ya!—exclamó *el Plantaíto*, sonriéndose—. Diga usted de toas las pintas y se termina más pronto.

—¡Pues y de cornamenta, Echevarría! De toas tenemos este año en los utrerros—agregó el señor Curro con aquel entusiasmo que ponía en sus palabras cuando alguien le hablaba de la ganadería, su chifladura de viejo conocedor—. Las hay delgás, astifinas, cornigordas, cornicortas, veletas, gachas, corniavacás, copachas, apretás y delanteras, cornipúas, corniveletas, playeras, brochas, cubetas, y de colores astiblanças, acaramelás, astiverdes, astinegras y cornisusias.

Y terminó ahora con menos entusiasmo y un dejillo doliente:

—También hay algunos utrerros que no yegarán a toros; ocho o dies que tenemos entre despitonaos, mochos, escobiyaos y hormigones.

—Señó Curro, ¿y hasta cuántos años puen viví los toros y las vacas?

—El toro hasta los catorse o diesiséis, y la vaca, hasta los veinte o veintisinco.

Emilio el casero, como profano en todas estas cuestiones, pues el cortijo nada tenía que ver con la dehesa, ni con la ganadería, preguntó:

—¿Y cómo se pué sabé la edá de un bicho?

—No seas tarugo, hombre—repuso el conocedor en un tonillo de chanza—. Por muchas cosas: mira, los terneros, ar nasé, no tienen cuernos; a los dos o tres días se les nota ar lao der testú como unos chichones; ar mé se forma er cayó; al año tienen ya los cuernos menuditos y se les ve en la masorca un aniyo; a los dos años se han caío unas escamas y aparese otro aniyo; a los tres años

desaparesen los dos rodetes y se presenta otro, y entonses suertan er dedá o la beyota y quean los cuernos limpios. Porque lo que tú no sabes, Emilio, es que los pitones son pelos aglutinaos.

—¡Pelos, Curro?

—Y las pesuñas también—corroboró el vaquero.

—Sí, hombre, sí; pelos muy juntos, tan juntos, que se convierten en dos puñales o en dos agujas. A los cuatro años echa otro aniyo y quean ya los cuernos mu briyantes. Y cada año, hasta los dié, se les señala un nuevo rodete. A los dose, los cuernos adergasan y se retuersen por las puntas. También se les pué conosé la edá por las hierbas comías, por la jechura y er morriyo y por los testículos; cuanto más viejo es er bicho, más caíos, y a las hembras, que ya no sirven ni pa fecundá, por los pesones grandes y las tetas corgantes. Yo miro a un bicho y, por la seriedá de la jeta, me atrevo a desí los años que tiene. También se pué conosé ar ganao por los dientes. Salía de los pinsos y de los primeros medianos a los dos días de nasimiento; los segundos, a los sinco días; los extremos, a los quinse días. A los sinco meses viene el redondeamiento, y a los ocho meses de los primeros medianos, el rosamiento de los pinsos; a los onse o catorse, de los segundos, y a los diesiocho meses, de los extremos. Salía de los pinsos permanentes, al año y ocho meses; de los primeros medianos, a los dos años y medio; de los segundos medianos, a los tres años; de los extre-

mos, a los cuatro; el serrar, o sea el desgaste o último redondeamiento, a los cuatro años y medio; el rosamiento de los pinsos, a los cinco años; de los primeros medianos, a los seis; de los segundos medianos, a los siete y medio, y de los extremos, a los nueve. En el último rosamiento, de los dies a los doce años, se ponen los dientes pajisos y muy susios; a los catorce, la boca der toro es una carraca, y a los quince, de los pinsos no quean más que unos raigones que no sirven ni pa masticá brevas. La vejé, Emilio; lo que a toos nos pasa, o por lo menos a mí, que voy pa los setenta reales y no pueo ya comé más que requesón.

—No exagere, señó Curro; no exagere—dijo David.

—¿Vas a protestá tú, que eres tan viejo como yo?

—Poco nos yevaremos.

—Como que de los sesenta y ocho reales no te rebajo a ti ni un perro gordo.

Emilio intervino con gracejo:

—Aquí, er benjamín de la reunión es Echevarría.

—Hoy tengo más años que toítos ustedes juntos.

Y bajó la cabeza y apoyó las manos sobre la frente, como si el recuerdo lancinante del hijo tísico volviera a sumirlo en la angustia y en el desconsuelo.

VI

—¿A DÓNDE vas tan prevenío, Juan de Dió? —Ar serrao de los cuatroños. Hay allí un toro mandón y es nesario vigilarlo pa que no cornee a los otros.

—Pero ¿vas solo?

—Hasta er serrao, sí. A la entrá, y serca de uno de los portiyos, me aguarda er boyero.

—¿Te has liao al cuerpo la honda que te bordó Magdalena?

—Sí, porque es más fuerte que la otra y ar cansa más.

Este arma vaqueril que Magdalena regalara a Juan de Dios años antes, cuando de *chanca* pasó a guarda, era una monería. Honda como aquélla, de tanta majeza, no la había por aquellos campos marismeños. Tres meses de trabajo, pinchándose los deditos con las agujas, pues el cuero resistíase a la perforación. Con hilos de varios colores, trezados maravillosamente, logró hacer un latiguillo fino y largo, que cuando se lanzaba la piedra, retorciase zigzagueante y crujía en el aire como un trueno. La cabeza de esta serpiente honderil, el lazo para empuñarla, era de juncos, pero enlazados como no lo soñara la más hábil canas-

tillera. En el centro, la hamaca de juguete que forma el óvalo donde se coloca el guijarro que ha de arrojarse, aparecía trabajada con tiras de cuero, negro y blanco, y en medio, muy disimulada en las junturas con unos pedacitos rojos, había formado dos corazones.

—Ten cudiao, Juan de Dió, y no te aserques mucho; ya sabes que los toros hieren y matan al vaquero que los castiga.

—No seas tonta, mujé—contestó chancero y dando unas palmaditas de cariño en las mejillas de Maricruz—. Con la chivata que tú me buscaste el otro día, con la jonda de Magdalena, y con la garrocha, y sobre too, montao en la *Cartujana*, que es una pluma de ligera, no hay bicho que puea conmigo.

—¿Vendrás a medio día?

—No lo sé; si me tardara, come tú. ¡Ah, y no sargas de la cabaña, que a lo mejó viene juía una noviya por aquí, sin que te dé tiempo a ná!

—Una vaquerita como yo, sabe lo que ha de jasé, niño.

Y riéndose, llena de felicidad y de alborozo, se echó en los brazos de Juan de Dios, rebulléndose sobre su pecho como una inquieta y juguetona ternerilla.

* * *

Como el acero, relucían en la marisma soleada los hincos y los alambres de las cercas. La llanura era un inmenso tapiz ocre, morado, rojo, ama-

rillento, verdoso, y azulado en las pupilas temblorosas y ya medio secas de los lucios. Ojos casi sin visión; pero que reflejaban el azul metálico de la atmósfera. De ella descendían con los rayos absorbentes del sol cálidas oleadas. Un día de agosto en primavera. Lo meridional, adelantándose siempre, ávido de vivir de un modo intenso en el menor tiempo posible. Calor de estío en el mes de mayo.

Llegaba al cerrado. En el escalón de la gavia estaba ya esperándolo Serafín.

—¿Y er toro *Pinturero*, ha jecho alguna nueva trastá?

—Sigue como ayé y sin jasé caso de los cabestros—repuso el boyero, y añadió: —Yo creo que debíamos castigarlo.

—A eso vengo. ¿Hasia dónde está?

—Escondió tras esos matojos y con peores intensiones que la vaca de su madre.

—Pues háblale a los bueyes pa que me puean cubrí si se arranca el marrajo.

Era Serafín el boyero un hombre de pelo en pecho, recio, ancho de hombros y de regular estatura; por el borde de la zanja corrió hasta uno de los ángulos del cerrado donde los bueyes pasaban tranquilos, acompañados de la música lenta y como adormecida de los cencerros.

—¡¡Eh, *Siyero*; juí, *Bondadoso*; vete pa ayá, *Armirante*!!

A los gritos de Serafín, los mansos, poco a poco, dejaron aquella parte del cerrado y corrié-

ronse hacia el centro, donde había una tropa de cuatreños; eran cinco toros agrupados allí. Había dos de pie, con la cabeza en alto, como si ventearan la proximidad de algún peligro, y tres sentados beatíficamente. Un macizo de malvas, unos bayuncos y unos lirios azules protegíalos de la hoguera solar.

Juan de Dios, que había quitado las tornapuntas del portillo, subióse de nuevo en la jaca y entró sin miedo, pero con precaución en el cerrado. Delante de él, y a poca distancia, iban los tres cabestros.

¡Maravillosa mañana y divino y bravo paisaje! En el cerrado, ante aquella insólita entrada del caballista, los cuatreños comenzaron a intranquilizarse, a moverse nerviosos, a bramar, y haciendo después saltar el polvo con sus patas y con el florón de su cola, larga e inquieta. Juan de Dios notó también que el cielo se cubría de pelusillas blancas; eran esos pájaros amigos inseparables del toro, los espulgabueyes, que al levantarse violentamente los cuatreños, remontaban el vuelo, y por unos segundos suspendían su labor de manicuro rústico. Unos segundos nada más, porque de nuevo tornaron a posarse en los cuernos, en el testuz, en la cara, en los lomos, en el vientre, en las patas y en el nacimiento de la cola. Y Juan de Dios pudo ver el prodigio de un toro negro, de piel brillante y fina, que seguía echado, y sobre uno de sus brazuelos, quieta, tan quieta que parecía de una materia inerte, a una de estas aves benéfi-

cas. Pero el prodigio estaba en que el cuatreño, agradecido sin duda al pájaro blanco y de gentilísima silueta, había alargado el hocico y, con su lengua áspera, alisábale su vestido de plumas. Y el ave, con la placidez y la serenidad de sentirse segura, dejábase lamer por el toro.

Continuó su paseo, siempre detrás de los cabestros, que con un leve "¡Jep, jep!", iban hacia donde él les indicaba. Cerca, otra geórgica bellísima: un cortejano, carifosco y alto de agujas, que mugía de contento, rozándose el lomo con el palo de un rascaero, que ya se tambaleaba y medio salía de la tierra por los empellones continuados y bruscos de la res. Más cuatreños de varias pintas y de distinto trapío. Cuajados, de respeto, de mucha y poca vara, buenos mozos, bajos de agujas, acochinados, escurridos, largos de costillas, cortos de piernas, zancudos, agalgados, chatobrosos, degollados, o sea de poca papada, greñudos, ensillados, zancajosos, colines y hasta un ralón.

Y de pronto, entre un macizo de jaramagos y almirones y casi cubierto por los tallos y las hojas de un cardizal, surgió el cuatreño peligroso: el toro mandón, el chulo del cerrado. Allí estaba, solo, con mirada de reto, soberbio, bien asentadas las patas, sobre su trono, la tierra marismeña. El sol fulgía en su piel roja y llenaba de ascuas de oro el testuz gallardo y altivo. Bien armado, en los cuernos astifinos tenía una brillantez y una transparencia de caramelo. Nervioso, movía la cola, y sus anchas y desafiadoras pupilas despe-

dían metálicas luces al notar la presencia de Juan de Dios y de los cabestros.

El *Pinturero* campaba allí por sus respetos. Medio cerrado era de él. Y ahora, según decía Serafín, intentaba arrojar de su *jechío* a otro cuatroño.

—No te arriendo la ganancia—pensaba el marido de Maricruz mientras, con la ayuda de los bueyes, intentaba sacar de su trinchera al toro rebelde—. En cuanto jieras a uno de esos y lo abochornes, los otros te matarán. ¡Eres un idiota, *Pinturero!* Los chulos en las ganaderías no se hacen viejos, ni entre los hombres tampoco.

El cuatroño no pensaba lo mismo que Juan de Dios, porque en cuanto vió que los cabestros se le acercaban, intentó cornearlos.

—¡Ah, bandido! ¡Hasta con los bueyes te metes, ladrón!

Afianzándose bien en los estribos, descijnóse de la cintura la honda que le regalara Magdalena, sacó una piedra del bolsillo de la chaqueta corta, la colocó en el sitio conveniente y, con un hábil voleo, lanzó el proyectil al aire. ¡Tirada maestra! El guijarro describió una parábola en la atmósfera, luego se abrió como una granada al estrellarse contra uno de los cuernos de aquel bicho salvaje y arisco. Una parada en seco. Después, un bramido, un salto, una cola nerviosa que se levanta en el aire como una palmera o como un surtidor, y al fin, la huída vergonzosa, el abandono rápido, instantáneo de aquella trinchera formada por el cardizal y el macizo de jaramagos y almirones.

VII

POCO a poco el cariño de Magdalena se fué transformando en una indiferencia inexplicable, en un despego casi morboso. Cuando Juan de Dios presentábase en el cortijo *para hacer el costo*, la hija de los caseros se alejaba de allí, pretextando ocupaciones en el tinaón, en los almiarres, en la gañanía, en los graneros o en las cuadras. Desde el casamiento del mocito con Maricruz, siempre conseguía evadirse con el propósito, sin duda, de no ser ella la que le preparase el capacho con los víveres. No bastaba eso. Una idea fija íbase apoderando del cerebro algo anormal de Magdalena. Escaparse de La Albina. No, no podía seguir allí más tiempo pensando siempre, obsesionada, en la choza donde Juan de Dios y Maricruz dormían juntos. Le enloquecía la visión hipotética de sus cuerpos enlazados, y muchas noches despertábase sobresaltada, creyendo que llegaban hasta su alcoba, desde la cabaña perdida en el llano, chasquidos de besos y palabras dulces y mimosas. Era como un comienzo de histerismo que apoderábase de los nervios de Magdalena, excitados por los trastornos misteriosos de la puertad y por un deseo vago de goces presentidos.

Magdalena ya no reía como antes, ni tenía en el rostro aquellos colores de fruta andaluza, ni había en sus movimientos la ligereza y la gracia de la niñez. Ahora, la palidez agitanada del rostro hacía más blanca la pulpa de sus dientes y el cerco lechoso de sus pupilas y más negros y brillantes sus cabellos. El pecho, alto, henchido, y los andares, perezosos, de novilla encelada.

En la cocina del cortijo aparecía pocas veces. Molestábale hablar ella y que le dirigieran la palabra los demás. Sola con sus pensamientos, estaba más tranquila. No podía resistir sin que se le notase el enfado y la repugnancia, las miradas, a veces impúdicas, de los mozos de la gañanía, que no enmascaraban sus apetitos carnales ante la fresca y pimpante belleza de la cortijerita. No la distraía tampoco con su charla, divertida y alegre, David, el viejo vaquero, ni el señor Curro, que lo intentó en varias ocasiones, contándole cosas raras y fantásticas historias de vacas endiabladas y de toros endemoniados. Irritábale el barullo, las risas, las voces, y hasta la conversación más calmosa se le hacía intolerable. Seguía buscando la soledad con ahinco, de una forma, que sus padres acabaron por notar este alejamiento, este desdén por todo. Inventaba limpiezas en la casa de los amos, en los graneros, en la azoteílla, en el jardín. Otras veces íbase horas y horas por la parte trasera del caserío a cuidar, según decía, de las gallinas y de los ánsares domésticos y a buscar los escondrijos donde dejaban los huevos; pero

lo cierto era que nada de esto le preocupaba, e iba allí, en realidad, a sentarse sobre un montón de leña y a enterrar sus pupilas enigmáticas en la raya azul y lejana del horizonte. ¿Un principio de manía persecutoria? ¿La lucha extraña entablada con sus sentimientos había tal vez herido su razón? Una locura tranquila, silenciosa, resignada, una locura cuerda, como podría denominar un paradojista.

Aquella idea fija de Magdalena penetraba cada vez más en su cerebro. No había otra solución. Volar de allí. Irse del cortijo, no como las cigüeñas ni las golondrinas, que tornaban en la primavera, sino para desaparecer definitivamente. ¡Huir, huir! ¡Marcharse pronto, muy pronto! Ojos que no ven... Así el olvido, el santo olvido, acabaría con todas sus congojas. Pero ¿qué maldita atracción era aquella? ¿Por qué no podía querer a Juan de Dios de la misma forma que él la quería? ¡Amor de hermanos! ¡Cabía nada más puro! ¿A qué atormentarse buscando lo prohibido? Juan de Dios era ya de Maricruz; pero también ella, como una hermana, podía estrecharlo contra su pecho y besarle en la frente. En sus ratos de soledad, cuando fijaba sus ojos en la llanura infinita que se extendía ante ella, el recuerdo de que había otra mujer que no sólo lo estrechaba contra su pecho, sino que lo besaba en los labios, hacía llorar de rabia y encenderle en el corazón, como llamas, unos celos inextinguibles. Entonces, la idea fija venía más fuerte y dominadora. La

huída, la huída era el término a sus martirios y a sus torturas. No ver el cortijo ni la dehesa, ni nada que se relacionase con la vida marismeña. Todo hablábale allí de Juan de Dios, los juncos, los almajos, las gayombas, los lirios, las meleras, la magarza, los jazminillos y la torbisca en la tierra caldeada de sol, y en el aire, pasando alocadas bajo aquel cielo de esmalte azul, las herreretas, las abubillas, las cogujadas, las pepitas, las avutardas, las terrerillas y los trigueros. Hablábanle también los lucios cubiertos de castañuelas y aquellos cerrados en dilatadísima perspectiva, con las motitas negras, rojas y castañas de las vacas y de los toros. Contemplar todo aquello era una angustia continua, aguda y que se le clavaba en el corazón como una saeta. No podía Magdalena resistir su punzada cruel. Aquel suplicio era superior a su voluntad; amustiado su espíritu como una florecilla de la marisma, seca ya por los ardores del estío, Magdalena dejaba transcurrir los días, pensando siempre en la marcha, pero sin llegar a la determinación decisiva. ¿Adónde ir? ¿Qué rumbo tomar?

Y entonces el convencimiento absoluto de que jamás podría escapar de allí, la triste realidad de su derrota sin lucha, sumíala de nuevo en la angustia y en la desesperanza.

VIII

EN el cerrado de las vacas, donde alzabase la choza de Juan de Dios y de Maricruz, había un ternerito huérfano. Como no era bastante listo para becerrillo ladrón, se trajeron unas cabras del cortijo con el propósito de atender a su crianza. Pero a Maricruz le dió lástima de que aquellos mansos animalitos pudieran quedar estropeados en poco tiempo por los bárbaros tiros del recental, y todas las mañanas y todas las tardes, lo que hacía era ordeñar a las cabras, y ya en un cubo la leche, el ternerillo, fuertemente sujeto por Juan de Dios, se le obligaba a meter el tembloroso hociquito en el recipiente. La primera vez dió un resoplido, agitóse como un epiléptico, y al fin consiguió zafarse de las manos atezadoras; la segunda vez, Maricruz ideó una forma originalísima de lactancia. Hasta más arriba del codo, subióse las mangas de su blusa; metió el brazo blanco, como la misma leche y teñido de venitas azules, en el fondo del cubo y asomó un dedo en la superficie del líquido; era allí como una mama artificial. Y el becerrillo entonces, engañado hábilmente, chupó aquel dedito rosado que, como un pezoncillo maravilloso y úni-

co, le ofrecía Maricruz. A las succiones continuadas la leche iba subiendo por la falange y pronto cesó el ternerillo en sus movimientos bruscos para defenderse de las manos que lo tenían sujeto. Pocos segundos después, Juan de Dios lo soltó. Y el mamoncete, en vez de huir, continuó con la cabeza metida en el recipiente, chupando casi sin tomar aliento de la tetilla prodigiosa.

En los días siguientes, el becerrillo tomaba ya el alimento por las mañanas y por las tardes y sin que Maricruz tuviese que acudir con el reclamo del engaño. Y a la semana era ya suficiente que le avisara haciendo sonar con una piedra el metal del cubo. Así, el ternerillo venía como una dócil y mansa ovejita.

—¿Sabes quién está ahí, Maricrú? Vas a quedarte asombrá, chiquiyya. ¿A que no te lo figuras?

Como esas ideas súbitas que acuden a la mente sin llamarlas, de un modo misterioso, la vaquerita repuso con sobresalto:

—¿Magdalena, quisá? Tu hermana.

No pudo dominar Juan de Dios el disgusto que le producía aquella pregunta y aquella respuesta dadas al mismo tiempo por Maricruz.

—No se trata de Magdalena. Ya no le importamos nada ni tú ni yo. No hablemos ahora de ella. Quien se ha presentao de pronto, sin sabé cómo ha podío yegá hasta aquí, ha sío la *Madrasa*; sin duda, se ha escapao de la dehesa de Sartera. ¡Eso es tené ley a los hijos! De eya debían

de aprendé muchas madres; pero entre las mujeres, no entre las vacas.

—Pues mira que er terneriyo no le va a la saga.

—Como que ya se habrán convensío el amo y el señó Curro que no hay medio de separarlos.

La historia de la *Madraza* y de su becerrillo era una historia ejemplar. Los habían separado varias veces, y del cerrado de los añojos se escapaba rompiendo alambradas y saltando zanjas, hasta reunirse con la madre. Acordaron dejar el ternerrillo en el cerrado de las vacas y llevaron a la madre una temporada a la dehesa de Salteras; pero la vaca, salvando, como el hijo, vallas, zanjas y guiándose por la finura de su olfato, después de un día de marcha entre olivares, sendas recónditas y caminos, había vuelto a La Albina en busca del hijo. Y allí estaba la vaca, roja, encendida, toda llena de sol y de ternura, lamiendo al becerrete, que agitaba la cola alborozado y mugía cariñoso, mientras ella, con su mirada mansa y elocuentemente muda, parecía rumiarle muchas cosas.

—Di al amo y al señó Curro que no los separen más. Me da mucha pena de esa vaca y de ese becerrillo. ¿No ves qué alegría tienen y cómo se acarician?

Aquella escena, conociendo los antecedentes de la historia, conmovía. Había allí como un efluvio de algo muy grande, como un afecto humano en germen, como algo misterioso y singular, pero muy hondo y muy bello. El instinto que se con-

vertía en sentimiento, la humanización de los irracionales por los dos amores más sagrados: el amor materno y el amor filial.

* * *

A pesar de la demanda, cada vez mayor, de corridas por los empresarios de las distintas plazas españolas, del Mediodía de Francia y de la América del Sur, en La Albina aumentaban anualmente las cabezas. Era una bendición el cerrado de las vacas paridas. Había crías de dos semanas, de un mes, de tres meses, de seis y hasta de un año. Entre las vacas y los becerrillos pastaban tranquilas varias yeguas y una punta de potros, cerriles y greñudos. El ganado bravo dejábales que corriesen por allí sin atacarlos. Sobre el inmenso tablero verdoso de la marisma pastaban todos juntos con una camaradería y una paz, que para sí quisieran los hombres civilizados o salvajes. Lejos, solía brillar la pupila azul de un lucio y la hoja acerada de un lapachar florecido de castañuelas. De vez en cuando se rompía la uniformidad celeste de la atmósfera y delineábase la silueta estrambótica y fuertemente decorativa de una cigüeña, que con sus patas larguísimas, sus alas enormes y su pico interminable, alejábase hacia los cucuruchos de los almiares, que en el horizonte parecían capullitos amarillos, elaborados bajo el sol de la marisma por unos mágicos y maravillosos gusanos de seda. Golondrinas, pe-

pitás, primillas, también pasaban con dirección a los caseríos. Al anochecer, Maricruz y Juan de Dios refugiábanse en la cabaña para huir de los mosquitos orejeros, que levantaban verdugones en la piel, y a veces, la excitación nerviosa hasta producía destemplanza.

—¿Y el *Pinturero*, qué tal va, Juan de Dios?

—El que es marrajo y mala sangre no se amansa con palabras ni con gorges. Si esto ocurre con las presonas, figúrate lo que ocurrirá con er ganao. Conseguí echarlo del cardisá y que dejara aqueya parte del serrao pa los demás cuatreños; pero esta mañana me ha dicho Serafín que ha corneao a un bicho. Ya tenemos un toro abochor-nao en La Arbina. Y en mar tiempo, porque pa el sábadó está anunsiá la tienta. Hay que avisá ar cortijo, no vayamos a tené una esaborisión si er cuatreño jerío se sale del serrao y, siego de ira y de doló, arremete contra lo primero que piye.

Maricruz, temerosa, y echándose en los brazos de Juan de Dios, replicóle:

—Que avise Serafín. A él le coge más serca, y yo no quiero que tú pases hoy por el serrao de los cuatreños. Mañana ese toro estará más tranquilo. Anda, nene. ¿Haslo por mí?

Y lo miraba amorosamente, llenos de lágrimas sus ojos, mansos y dulces.

—Bueno, mujé; pero mañana no tengo más remedio que i al caserío. Hemos de prepará con el señó Curro y Daví too lo de la tienta y darle un repaso a la vaya de la mangá.

—Me conformo; pero me has de prometé que mañana, al irte, darás un rodeo pa no pasá por el serrao de los cuatroños.

—¡Te lo prometo, te lo prometo, noviyita cobarde!

Y riéndose, cogióle la cara con sus manos morenas y callosas y le dió un beso en la boca.

I X

-¡POR vía der demonio! ¿Toreriyos otra vez?
¡Pues había que escarmentarlos!

Con cuidado, para no despertar a Maricruz, saltó de la cama, se vistió en un periquete y fué en busca de la jaca para ensillarla.

* * *

Nada ocurría en el cerrado de las vacas. Echadas unas y otras en pie, con su recental al lado, reposaban tranquilas, iluminadas por la clara noche, reluciente de estrellas. Los mugidos venían con el viento del cerrado de los cuatreños. Al galope, pronto el aire de la madrugada lo sintió pasar por su rostro como la hoja fría de una cabriera. Bajo el cielo morado y la tierra gris recortabáanse fantásticamente las berlingas y las alambradas de los vallados, y como señales cabalísticas en la noche, los retorcidos troncos de algunos *rascaeros*. Ojo avizor y la pica dispuesta bajo el brazo atlético, entró en el cerrado de los toros. De allí venían los mugidos, a cada instante más rotundos, más enérgicos. Ni un bicho cerca de aquella entrada que había salvado Juan de Dios.

¿Dónde estaban los cuatreños? ¿Hacia la querencia? Siguió su marcha tomando nuevas precauciones. En terreno peligroso ya, los bramidos se oían más cercanos y sucedíanse sin interrupción. Tuvo que bordear un macizo de meleras para ver si en un *jechío* cercano estaba el toro. Nada. La señal característica de la huella del cuerpo. ¿Dónde estaría el bicho? Un bramido más fuerte que los otros atronó el aire de la madrugada. Continuó avanzando cuando, de súbito, la jaca detúvose y enderezó las orejas. ¿Qué ocurría? Juan de Dios quedó sorprendido ante aquel raro espectáculo. Una luna blanca, rota y como deshilachada en vellones, iluminaba el cuadro que atraía por su belleza emocionante y trágica. Dos toros, uno enfrente del otro — en uno de ellos pudo reconocer Juan de Dios al cuatreño chulo—, se preparaban para acometerse. Quietos todavía, sólo denunciábase su nerviosidad por el temblor de las colas y el relampagueo de las pupilas. Abriéndose en abanico y en torno del que desafiaba al mandón, se veían también, tranquilos en apariencia, como si esperasen el comienzo de aquel singularísimo combate, una veintena de toros, y entre ellos el *abochornao*, el cuatreño herido por el chulo, curado ya por la brisa marismeña y el sol de la llanada. Solo Juan de Dios, no podía, sin exponer su vida, deshacer el cuadro. Además, era aquello tan bellamente dramático, rimaba tan bien con el páramo infinito y el cielo misterioso y estrellado, que el marido de Maricruz convirtióse

sobre su jaca en un jinete pasivo y en un espectador ávido de sensaciones nuevas.

Como una señal del comienzo de la lucha, bramaron a la vez los toros que componían la escolta del cuatreño que había tenido la valentía de desafiar al mandón. Los dos al mismo tiempo bajaron la cabeza para acometerse. Mirábanse rabiosos, bramando también, buscando la parte más débil, el sitio menos defendido para hundir el cuerno hasta la cepa. Tentativas inútiles. Buenos luchadores, cubríanse bien, presentando siempre al rival las astas amenazadoras y fatales. No comenzaba la lucha. Con nuevos bramidos demostraban su impaciencia los cuatreños abiertos en ala. El jaque, impaciente también, avanzó para tirarle una cornada a su adversario; pero éste, listo, precavido, traicionero, retrocedió presentando el testuz, engañándolo, como si intentase jugar con él, haciendo el escudo. El *Pinturero* cayó en la trampa. Los cuernos se enlazaron, y entonces Juan de Dios vió de repente destacarse del cerco de los toros el cuatreño *abochornao* y que, sin darle tiempo para la defensa, hundíale sañudamente las agujas en uno de los ijares. Bramaron los demás, y entonces, ya sin miedo todos los cuatreños, en guerrilla, cayeron furiosos sobre el toro chulo, acribillándolo a cornadas. Derribado en tierra, y sobre un gran charco de sangre, el mandón mugía dolorosamente, mientras la vida se le iba escapando poco a poco por aquellas desgarraduras mortales. Otra tarascada vengativa,

fiera y cobarde, del toro *abochornao* hizo doblar al *Pinturero*, ya convertido en una masa informe.

Y el esposo de Maricruz pudo contemplar otro espectáculo maravilloso, bajo la noche estrellada. Los toros habían hecho un cerco en torno del cuatreño ya muerto. Comenzaban los funerales. El miserere cantado por la torada. El *abochornao* mugía primero, y los demás respondíanle con bramidos, que resonaban entre las sombras como voces misteriosas y ocultas de una naturaleza primitiva, selvática, cruel. Emocionaba hondamente aquel canto mortuario y bravío, que extendíase por la llanura, cubierta con el velo eucarístico de la luna, pues habíase salido de los jirones de unas nubecillas y alzábase redonda, cándida y pura como una hostia. Realizábase a modo de una comunión entre el paisaje y la torada bruja. Una misa negra en la noche blanca. Un aquelarre de diabólicas fieras en la serena paz de la marisma infinita. Juan de Dios nunca olvidaría la escena lúgubre y enigmática de aquellos toros cercando al muerto, formando una circunferencia con los cuartos traseros y las colas juntas, moviéndose nerviosas, como escobillas de trasgos. Las cabezas alzábanlas corneando en el aire, y los puñales, finos y terribles, de las astas apiñadas, eran como una selva de negras, blancas, amarillentas y verdosas púas. Los ojos bovinos seguían inyectados en sangre, y los hocicos negros, temblaban como vulvas excitadas por un roce invisible, y de ellos

iba fluyendo la rara y tenebrosa letanía del canto funerario.

—Poco has durao de mandón en la camá, *Pinturero*. El ofisio de chulo entre los toros y entre los hombres tié sus quiebras.

Y monologando así, Juan de Dios volvió grupas para dirigirse a la cabaña, pues sabía que era expuesto interrumpir los ritos bárbaros y religiosos de aquellas fieras.

—¿Y A terminó la tiente?
 —Sí, Maricrú. Mañana trempano se van toos. De señoritos y de cupleteras está er caserío que da grima. Jasta se han dedicao algunos a yevarse los huevos que dejan los patos reales entre los bayuncos. Hay que ve la gente que viene sólo a chupá a estas fiestas. También hemos tenío ahí a Leandro.

—¿Leandro?

—Sí, mujé, un gañán que fué de La Arbina y que hoy es noviyero mu nombrao. Y por ahora, el ojito derecho del amo. Me ha dao rabia, porque yo no había visto nunca a un mosito tan farrón. Me miraba como si dijese: "Tú no eres na pa mí." Si no yega a está don Feli por allí, le pongo los sinco deos en la cara. Porque le hablé de tú, me vorvió las espartas. ¡Qué se habrá creío er mu lila! ¡A qué viene tanta fachenda, si toos sabemos que se puen matá toros y jiñarse ante un hombre de corasón? ¡Te digo que este año me asquea la tiente por el presoná que ha venío! ¡Tenía unas ganas de vorvé a tu lao, con mi Maricrusiya!

Ella sonrióle con la ternura de siempre, y go-

zosa, buscó el *jechío* de sus brazos y el sabor a juncia de sus besos.

* * *

Sentado en un taburete estaba Juan de Dios viendo cómo el sol, ya en el ocaso, teñía de franjas rosadas, verdosas y pajizas todo el cielo, cuando notó que se agrandaba poco a poco en el paisaje la figurilla de un caballista. ¿Quién sería? ¿Qué buscaba por allí? Con más realce distinguía ahora al jinete y a la cabalgadura. Era indudable que venía hacia el cerrado de las vacas, porque había desmontado, con el fin de entrar por uno de los portillos. Juan de Dios subióse en su jaca, que durante el día casi siempre esperaba ensillada, avisó a Maricruz para que siguiera preparándole la comida y no se alarmase por aquella breve ausencia, y fué al encuentro del desconocido. La distancia entre ambos acortábase con rapidez. Ya reconocía al que avanzaba. Era Vicentet, el *chanca* valenciano. ¿Qué se le habría roto al *chanca*? ¿Pasaría algo en el cortijo? ¿Una razón del amo? Ya estaban cerca. Y sin levantar la voz podían entenderse.

Juan de Dios fué quien primeramente rompió el silencio de este crepúsculo magnífico.

—¿Qué pasa? ¿Quién te manda? ¿A qué vienes?

—Naide me manda, Juan de Dió. Vengo por mi propia voluntá.

Vicentet, que continuaba en La Albina por su afición al toreo, habíase compenetrado tanto con todo lo andaluz, que al año de estar en la dehesa hablaba ya como un ribereño.

—¿Quiés explicarte, niño?

—Ahora mismo; pero déjame desmontá; creí que echaba las tripas con el trote de esta roana. He sartao más que un camarón cuando lo cuesen. Vengo a pelo y me duele er hueso durse. ¡Josú y qué potrancas hay en La Arbina!

* * *

—Pero ¿tú sabes con seguríá que eya está desidia a dirse con él?

—¡No voy a tenerla, Juan de Dió!

—¿Y a qué hora dises que están sitaos?

—A las do de la madrugá; cuando-too er mundo en er caserío pegue el ojo. Van en dos jacas, que ya tendrá ensiyás ese Juá, la de él, y esa negra que argunas veses ha montao Magdalena. Quería yevarla a la grupa; pero eya le ha dicho que así no va.

—¿Dónde se pusieron de acuerdo pa jui juntos?

—En la parte trasera del caserío. Ayí, sentaos sobre un montón de leña. Yo oí toa la conversación por casualiá, porque andaba arrastrándome buscando entre los matojos huevos de ánsares.

—¿Tú no habrás dicho a naide ná?

—A naide más que a ti; si quieres que berree

la notisia en el cortijo, pa que le escupan en la cara a ese Iscariote, la berreo.

—No; tú te marchas en seguía pa ayá. Y de lo que has descubierto y de lo que hemos hablao aquí, no hay que publicá ná. ¿Entiendes? Yo lo arreglaré too.

—¿No te hará farta un ayudante? Ya sabes que me ofresco de veras.

—Tú vete en seguía ar cortijo pa que no noten tu farta. Y de lo jablao aquí, como si tú y yo fuéramos sordomúos.

XI

¿QUÉ locura era aquella? ¿Escaparse de La Albina? ¿Y con Leandro? Juan de Dios se resistía a creerlo. ¡Pero si ella lo despreciaba! ¿Tal vez ahora el brillo del traje de luces la había deslumbrado? No, no podía ser. Conocía a Magdalena, y como buena ribereña no le atraían ni sentía admiración por los toreros. ¿Qué habría ocurrido para que ella se decidiera a huir de la dehesa? ¿No tomaría en serio el *chanca* Vincentet una conversación un poco atrevida de Leandro y unas palabras irónicas de Magdalena, puesto que, sin duda en broma, quería afirmar precisamente lo contrario? De una forma o de otra, convenía estar alerta. Leandro era un mal bicho, y Juan de Dios sabía que le gustaba Magdalena. El torerillo mujeriego y fantasmón, que iba a darse cartel perdiendo a una mocita. ¡Bandido!

Nada dijo Juan de Dios a Maricruz de lo que ocurría. A media noche ensilló la jaca, empuñó la garrocha, ciñóse al cuerpo la honda de Magdalena y advirtió a su mujer:

—A descansar, chiquiya, y no te asustes si tar-

do en vení. El amo está en el cortijo y hay que vigilar.

* * *

Muy alta estaba ya la luna cuando Juan de Dios llegó a la cancela de la dehesa. Desmontóse, brujuleó entre unos matojos hasta encontrar la llave del candadito, desenrolló de las berlingas la cadena, tiró de las tornapuntas hasta dejar el hueco necesario para que pasara la jaca, cruzó aquella especie de rastrillo, que era como el acceso a la llana fortaleza de La Albina, hablóle a la *Cartujana* en voz baja, y dándole golpecitos en los brazos y acariciándola, hizo que se tendiera. Juan de Dios, entonces, tiróse al suelo también, y de medio ganchete, se recostó sobre la jaca.

Tranquilo en apariencia, extendió su vista hacia el caserío lejano. No distinguía más que una lucecilla, parpadeando muy débil, en el fondo de la llanura, inmensa sábana que cubría la estatua yacente de la noche.

El vaho que se desprendía de la tierra y el olor afrodisíaco de las plantas silvestres, iba ascendiendo en la atmósfera como un incienso embriagador y narcotizante. El viento pasaba también; pero en oleadas tibias y olía a paja reseca y a rastrojo quemado. El silencio de esta landa marismeña no podían romperlo ni el canto de los grillos, ni el croar de las ranas, ni el fúnebre lamento de las aves nocturnas.

A pesar de todos estos rumores camperos, oíase

el silencio. El silencio majestuoso del páramo, que sólo se rompía definitivamente cuando el rebramido de un toro, clarín de victoria y de audacia, quedábase vibrando en la noche como si la Naturaleza, violada súbitamente por un monstruo, lanzase este grito magnífico de repulsa y al mismo tiempo de fiero y bárbaro deleite.

Nadie aún por aquel ruedo gigantesco y lleno de luna. La lucecilla, palpitando en la lejanía. Pero de pronto, Juan de Dios sintió más fuertes latidos en su pecho. Del fondo lechoso de la noche iban poco a poco delineándose dos sombras. Dos sombras altas y movibles, como siluetas de cartón que se despegasen de la tierra plomiza y del cielo morado. ¿Serían ellos? No podía creerlo. ¿Magdalena marchándose de La Albina como una mala hembra? Era una alucinación de sus sentidos y una ligereza imperdonable en Vicentet el *chancaca*. Su hermana no podía huir y escaparse como una prostituta. Los que venían por allí, hacia la cancela, serían dos invitados a la tienda y que recorrerían la dehesa por capricho, y con el fin de contemplarla alumbrada por la luna. El era un tonto, un idiota, un imbécil, y además una mala persona, porque sólo una mala persona podía abrigar la sospecha de que Magdalena fuese capaz de una acción tan inicua y tan baja.

Más cerca aún. Los ojos buídos de Juan de Dios penetraban como estiletos en los velos grises de la noche. Avanzaban los desconocidos. Los caballos, ahora muy juntos, y los jinetes toman-

do más relieve y más vida. Una punzada en el corazón, certera, agudísima, sintió el vaquero. ¡Magdalena y Leandro! No había duda. ¡Más cerca, más cerca! Leandro, pinturero y jacarandoso, con su traje corto y su sombrero ancho, inclinaba el cuerpo como si intentara acercarse a Magdalena o decirle algo en secreto. Ella, en la jaca negra y de pelo reluciente y como aceitoso, esquivaba la conversación íntima o la audaz caricia del torero, sesgando su montura. Un mantoncillo de crespón cubría su busto redondo de amazona campera. Disminuía la distancia. Juan de Dios bajó la cabeza, pegó el oído en tierra y escuchó atento. Ya se oían las palabras. El viento favorecía su estratagema. Y las frases volando con el aroma de las plantas silvestres, de la paja reseca y del rastrojo quemado, llegaban íntegras hasta Juan de Dios.

—Ya sabes lo que me has prometió antes de que saliésemos juntos del cortijo.

—No seas arisca, mujé, que yo no me como a naide. Te cumpliré too lo ofresió. Pero que me maten si te entiendo. Te escapas conmigo, das la campaná y luego, entre nosotros, ni agua.

—Eso es, ni agua. Entre nosotros no pue habé ná.

—Pa la gente no será lo mismo.

—No me importa lo que piense la gente. Además, me conviene que crean lo que no hay ni habrá; así me dejarán tranquila.

—Pero a mí no—repuso riéndose Leandro.

—Si estás arrepentío me lo dices; que yo en cuanto yegue a la carretera de Seviya no necesito compañía. Quiero salí de La Arbina y no vorvé; eso es tóo. Lo que digan de mi honra me tiene sin cuidao y tú ya te defenderás de los cargos, que pa eso eres hombre.

—Y que no lo orvies, Magdalena; soy mu hombre y ya pues figurarte que no dejaré la partía jasta que tú me quieras, porque tú has de quererme. Lo que píe mi voluntá hay que dárselo.

—Creo que pierdes er tiempo.

—¡Pero, niña! ¿Es que a ti no te gusta ningún mosito cabá?

—Entoavía no ha nasío ese fenómeno.

—Mira que yo estoy loco por ti, Magdalena.

El diálogo se había cortado de pronto. Oíanse ya las pisadas de las caballerías y, de vez en cuando, los bramidos empavorecedores del ganado invisible. Unos lejos, otros cerca, formando una sinfonía bárbara, salvaje, demoníaca.

A muy poca distancia de la cancela, Juan de Dios notó algo que le hizo saltar velozmente sobre la *Cartujana* para correr en auxilio de Magdalena. El novillero, de un modo brusco, había descendido de su cabalgadura y, cogiendo con fuerza las bridas de la jaca negra y pegándole, le hizo dar saltos con el propósito, sin duda, de derribar a la moza. Magdalena se defendía de este ataque inesperado y feroz con una frágil vara que rompióse a los primeros golpes.

—¡Mala sangre, no debía de haberme fiao de

ti, si has sío siempre malo y traicionero como un miura!

Peró de pronto ella vió que Leandro caía a tierra como arrollado por un monstruo y luego sintióse aupada milagrosamente en el aire. Unos brazos fornidos habían tirado de su cuerpo y hallóse sin darse cuenta a la grupa de otra cabalgadura. ¿Qué era aquello? ¿Quién la había suspendido en el espacio como una pluma? Volvió la cabeza. No pudo ahogar un grito de asombro. Estaba sobre otra jaca que se rebullía nerviosa y en los brazos acogedores y providenciales de Juan de Dios.

* * *

—¡Vamos, alevántate ya, que er gorpe que te di con la chivata na ha sío pa tanto. No soy tan rencoroso como tú, Leandro; te podía habé matao, que te lo mereses por canaya, y ni siquiera te he jerío. Atontolinao sí estarás; pero de esa enfermedadá padeses tú a toas horas.

—Er varaso que me has dao y er cachondeo que te traes te va a costar caro, Juan de Dió—dijo el novillero poniéndose en pie dificultosamente como bajo los efectos de una borrachera.

—Pero mira que eres presumío y farolero. Te podía habé matao a puyasos como a un beserro y aún gayeas. Yo tengo poco aguante; bien lo sabes tú, que nos conosemos desde que éramos chavales; de manera que ahórrate de da explicaciones, ni de pedirlas; coge la jaca y vete pa er

cortijo, y mañana, con el amo y los invitaos, a Seviya; pero antes óyeme una cosa. Esta mujé que yevo yo a la grupa es como la Virgen der Rosío. ¿Tú me entiendes?

—Pues la Virgen der Rosío—repuso irónicamente el torero—dejaba esta noche muy a gusto la marisma pa escaparse conmigo.

—Contigo no iba yo ñi a la gloria, ladrón—interrumpióle Magdalena, rabiosa y despreciativa.

—No desías eso antes, ayá en el caserío.

—Porque estaba endemoniá.

—Bueno—contestó con marchosería Leandro—, estas cosas de hombres no se arreglan delante de las mujeres—y añadió dirigiéndose a su contrario: —Tú y yo tenemos que liquidá una cuenta. Conviene, cuanto antes mejó, porque así, con una mosa pa evitá las acometías, toos somos mu valientes.

—No le hagas caso, Juan de Dió—contestó Magdalena mientras apretábase contra el pecho del vaquerito, aterrada por la provocación de Leandro.

—Pero, nena, ¿no lo conoses entoavía? Tiene fama de valiente como torero. Ahora que una cosa es engañá a los toros y otra mu distinta luchá con un hombre, ¿sabes, Leandro?, con un hombre. Te advierto que hombres de veras quean pocos ya. De modo que cuando a ti te convenga, arreglaremos too lo que haya que arreglá; ahora, por mí hermana, ¿sabes?, por Magdalena y por sus padres, que son los míos, ¿entiendes?, te vas

al cortijo. Y si berreas algo de lo que aquí ha ocurrido esta noche y la honra de esta mujé se trae o se yeva por caseríos, chosas y gañanías, te juro por lo más santo que te busco y te mato.

Luego cogió las bridas de la jaca y, con Magdalena a la grupa, tornó a la cancela de La Albina para cerrarla.

Leandro, repuesto ya del polpe, había montado en su caballo y, pensando en vengarse, mohino y cabizbajo, se dirigió al caserío.

XII

LA noche seguía blanca de luna. De un óleo albo, sereno y místico, parecían impregnarse los campos.

Las dos jacas, libres ya, pastaban tranquilas. En la inmensidad de la llanada, un cobijo único. La choza de Juan de Díos y de Maricruz. Como la plata espejeaban sus muros blancos, y en la madrugada misteriosa, un gigantesco cuervo, posado sobre ella y con las alas extendidas, fingía su techo de albaida.

—¡Por los clavos de Cristo, Magdalena! ¿Qué pensabas jasé?

—Irme de La Arbina, juí pa siempre de estos sitios que están embrujaos, ajogarme en er Guardarquiví. ¡Yo no pueo más, Juan de Dió, no pueo más!

Los sollozos le ahogaron la voz en la garganta, y con sus manos morenas se tapó el rostro.

El, calmoso, con tierna dulzura y al mismo tiempo con severidad de hermano mayor, la reprendía:

—Pero ¿tú sabes, chiquiya, la pena que ibas a causá a tus padres con esa campaná? ¿Irsé de La Arbina? ¿Y por qué? ¿Te tratan mal? ¿Te mo-

lesta arguien? Sé franca con tu hermano, Magdalena, que sólo quié pa ti lo mejó der mundo. Si no sargo en tu busca, ¿qué hubiera sío de ti, desgrasiá? Mañana, en toos los cortijos de la marisma, se sabría que Magdalena, la hija de los caseros de La Arbina, se había escapao con Leandro, el noviyero, porque ese mar arma lo publicaría por toas partes.

—Yo iba con él hasta Seviya; ayí pensaba co locarme de criá donde fuera; pero en una casa honrá, Juan de Dió. Yo no soy una mujé perdía, ni una mujé mala.

—¡Qué vas a serlo! Pero tú me ocurtas argo y me lo vas a desí, ¿entiendes? Huyes de La Arbina ampará en un hombre que a ti no te gustó nunca.

—Por eso me creía más segura a su lao.

—¿Segura ar lao de ese hijo de vaca picardeá? ¡Ya no te acuerdas de lo der tríguero? Er que tiene malos sentimientos no pué sé presona desente nunca. Pero vamos a dejá eso. Mira, Maricrú debe de está despierta. Anda, descansas un poco y nos cuentas tus penas pa remediarlas si podemos, que sí podremos, y luego te yevaré al cortijo.

Magdalena dió un paso atrás. No lloraba, pero en la expresión de su rostro y en sus pupilas negras había una angustia infinita.

—¡Yo no entro ahí, Juan de Dió, no entro!

—Pero ¿estás loca? ¿Te vuerven los avenates?

—Loca endemoniá, lo que tú quieras; pero no me martirises, Juan de Dió, compadésate de mí,

no me preguntes na y déjame que me marche, pero no al cortijo. Yo no pueo seguí aquí, ¿sabes?; yo no pueo seguí en estos campos ni entrá en esa cabaña ni está serca de ti; óyelo bien, Juan de Dió, porque te quiero, no como una hermana, sino como te quiere Maricrú.

Y, de nuevo, la voz ahogóse en la amargura del secreto que ya no lo era.

Juan de Dios acudió a sostenerla en sus brazos porque desfallecía. Luego, los ojos de Magdalena quedaron suspensos y extáticos sobre otras pupilas que la contemplaban con asombro, y su boca se aplastó febril contra los labios de Juan de Dios que, compadecido y angustiado también, no se atrevía a rechazarla.

* * *

Ella, al volver de aquel éxtasis, vió tan marcadas en el rostro del esposo de Maricruz la conmiseración y la pena, que, súbitamente, zafóse de sus brazos.

—No es verdad lo que te dije. ¡Te engañé, te engañé!

Y riéndose con una risa que producía espanto y antes de que Juan de Dios pudiese impedirlo, saltó sobre su caballo y lo jaleó rabiosa, no hacia el cortijo, sino a la querencia de las vacas.

* * *

—¡Párate, Magdalena, párate, no sigas por ahí que vas a tu perdición, desdichá! Pero ¿es que estás loca der too, Magdalena?

No oía ni escuchaba ya las palabras de Juan de Dios. El caballo seguía su marcha, cerrado adentro, velocísimo. Agrupadas, movíanse unas manchas negras, rojizas y castañas. Eran las vacas que habían venteado algo raro en la atmósfera y demostraban su inquietud con el zigzaguo de la cola, los mugidos, la fijeza de sus pupilas y el balanceo hostil del testuz y de sus astas amenazadoras y fatales.

—¡Magdalena, que te metes en la boca der lobo! ¡Juye pa otra parte, que ahí está er ganao! ¡Loca, loca!

Ella, fuera de sí y excitada por completo, repuso:

—¿No me has dicho tú muchas veces que los locos puen pasearse sin mieo entre los toros y las noviyas? Pues déjame que pruebe.

Estas palabras irónicas de Magdalena, casi no llegaron al oído de Juan de Dios, tan lejos iba ya, aunque él, sobre la *Cartujana*, intentaba darle alcance.

Asustadas las vacas por el misterioso jinete, huían hacia un ángulo del cerrado. Pero el peligro subsistía aún. Las novillas, al encontrarse en su huída el foso y los alambres del vallado, tendrían que retroceder, y entonces, arremeterían furiosas contra todo lo que se le pusiera por delante. Había que acudir en auxilio de Magdalena

antes de que las vacas llegaran a la cerca. Juan de Dios no lo pensó más. Espoleó con frenesí a su cabalgadura y, con una rapidez de estrella errante que se pierde en el cielo, alcanzó al caballo de Magdalena en el momento en que las vacas comenzaban a retroceder. Un segundo de titubeo era la perdición. Hábilmente, levantó el brazo armado de la garrocha y en el ijar izquierdo le hundió la puya con fuerza.

El animalito dió un bote, emprendiendo una carrera vertiginosa, pero ya en dirección contraria al ganado. Iba también Juan de Dios a huir de la furia de las vacas, a ponerse fuera del alcance de sus cuernos, cuando, de pronto, encontróse encerrado en una especie de anillo. Las vacas, asustadas por estos centauros de la noche, al retroceder lo habían hecho una detrás de otra, formando el remolino, espiral trágico que iba estrechándose en torno de Juan de Dios, como un dogal o una serpiente que, de un modo inexorable, apretara..., apretara...

* * *

Doscientas vacas enloquecidas, asustadas, ciegas por el impulso adquirido, daban vueltas, vueltas, y, a cada instante, hacían el círculo más estrecho y el muro de carne viva menos franqueable.

Y alucinado por las sombras de la noche y las primeras claridades del alba, vió que aquel círculo fatal, aquella espiral trágica cerrábala una no-

villa negra, con los ojos inyectados de sangre y reconoció en aquella fiera enloquecida, entre aquella masa sombría, a una de las hijas de la vaca que meses antes tuvo que asesinar para verse libre de sus tarascadas. Aquello le hizo perder la poca serenidad que le quedaba. No obstante, trató de sobreponerse al augurio. Metió espuelas. Inútil porfía. Rebotó como un pelele sobre aquella masa oscura, sobre aquel muro circular, tembloroso y palpitante. Mugidos, pataleos, y el anillo que se achica y la espiral que sigue con el mismo vértigo de la iniciación. Hasta que, como dos nubes contrarias que al encontrarse se repelen, las paredes macizas del remolino trágico y viviente chocaron. Fué un ruido caótico, como de cientos y cientos de odres que se aplastaran unos contra otros. Por aquella presión bárbara e inevitable, muchas vacas reventadas, mugían dolorosamente, agonizando, mientras otras, con los brazuelos rotos, intentaban levantarse a saltos grotescos, como canguros. Las ilesas, unas pocas nada más, huían despavoridas por el llano inacabable y fatídico, mientras el horizonte íbase ya tiñendo con los colores amarotados del amanecer.

Juan de Dios, en el centro del remolino, hundido en la tierra, yerto, inerte y con los brazos en cruz, miraba al cielo.

XIII

UNOS golpes fuertes, secos, rotundos, la despertaron. ¿Quién aporrearía así la puerta de la choza? ¿Juan de Dios? No, no era él. Ella conocía su manera de llamar.

—¿Quién es?—preguntó intrigada, sentándose en el borde del lecho y sin que se notara en su voz miedo ni desconfianza.

—¡Por la Virgen Santísima, abre, Maricrú, soy yo, Magdalena!

¿Qué ocurría? ¿Por qué notaba tanta angustia en aquellas frases? Ahora ya con miedo, con un miedo indeterminado, confuso, misterioso, Maricruz vistióse con rapidez y corrió hacia la puerta. El débil tablero giró sobre sus goznes, y Magdalena, rendida ya, como si en aquel instante le hubiesen abandonado todas sus energías, sollozando convulsa, cayó en el mismo umbral de la cabaña y a los pies de Maricruz.

—Pero ¿qué pasa? ¿Por qué yoras así? ¿Ocurre algo en el caserío? ¡Habla, habla!

—¡En el caserío na, na; pero a dos pasos de aquí, en este mismo serrao, Juan...

No pudo seguir, los sollozos ahogaron su voz.

—¿Qué dises, qué dises?

—¡No puedo, Maricrú; no puedo!

—¿Dónde está Juan de Dió? ¿Qué le ha ocurrido? ¿Por qué no viene? ¡Habla! ¡No me tengas así! ¡No seas cruel, Magdalena, que yo nunca te quise mal! ¡¡Juan de Dió, Juan de Dió!!

Como enloquecida, salió fuera de la choza. Sus ojos tristes, inmensamente tristes, abarcaron toda la llanura y el cielo que se iba cubriendo de una gasa dorada. Todo tranquilo. Una brisa leve rizaba las hojas de las gramíneas y ponía temblores y susurros en los almajos y en las meleras. Pero la llamada angustiosa de Maricruz quedó sin respuesta en el silencio y en la soledad del páramo.

—Pero ¿qué es esto? ¿Por qué no me contesta mi Juan de Dió? ¿Dónde está?

Y mal veladas las formas por la blusa y el pañolillo, Maricruz, como una sonámbula, corrió hacia la parte donde la niebla denunciaba el cauce del río. Y el nombre amado, que repetía sin cesar, sonaba en la estepa andaluza con la tristeza inexorable y fatídica de un canto funerario. ¡¡Juan de Dió, Juan de Dió!!

* * *

Al advertir la huída de Maricruz, Magdalena salió detrás de aquella mujer que hasta entonces odiara tanto y que, en este momento, el mutuo dolor unía de nuevo sus corazones. La alcanzó ya en el centro del cerrado. Y asombrada la seguía sin atreverse a detenerla. ¡Cómo iba dere-

cha, sin el menor titubeo, hacia el sitio donde había ocurrido la tragedia! ¿Tan grande era el amor de Maricruz por Juan de Dios? ¿Tan lúcida y clarividente la fatalidad? ¿Quién la guiaba hacia su desdicha? ¿El demonio o el Señor, el acaso o el presentimiento?

—¡Aguárdame, aguárdame, Maricrú, que voy contigo!

—Por aquí fué, ¿verdá?—dijo sin mirar a Magdalena, como preguntándose a sí misma.

—¡Sí, un poco más adelante; ayí cayó pa siempre! Y tuve yo la curpa, Maricrú, ¿sabes? ¡Pisotéame, escúpeme a la cara! Yo quería marcharme de La Arbina sin que me viera naide. Y aproveché la noche, pero desorientá me fuí metiendo entre el ganao sin da con la salía. Juan de Dió vigilaba. Acudió a sarvarme, él no tuvo tiempo de huir. Las vacas, entonses, hicieron el remolino.

Continuaron avanzando. La calma de Maricruz ahora daba frío. Ni una lágrima en sus ojos, ni el menor cansancio en sus músculos. La intensidad del dolor notábase únicamente en un rictus angustioso que había en la comisura de sus labios.

Dos novillas muertas, reventadas casi, dos becerrillos también con la cabecita levantada hacia el pezón de la madre y como dormidos sobre la hierba. Más vacas muertas y ensangrentadas. Luego, unas huellas de terreno removido y un caballo que, por lo destrozado, no se podía reconocer. Y, de pronto, la triste y desoladora realidad,

que dejó muda de espanto a Maricruz: el cadáver de Juan de Dios.

* * *

Fué Magdalena la que, ya más calmada, dijo con firmeza:

—Hay que enterrá en sagrao a Juan de Dió. No podemos dejá ahí su cuerpo pa que acúan las aves de rapiña. Ir al cortijo andando por en medio de los toros, tampoco pué sé. Pero como estamos casi a la oriya del río, en barca es fási yvarlo jasta La Puebla.

Magdalena razonaba bien. Lo más derecho era llevar a La Puebla, por el río, el cadáver de Juan de Dios, para que se le pudiera dar cristiana sepultura. Allí vivía también el único pariente de Maricruz. Aquella hermana de su padre que la recogió el día trágico de la riada. Avisar al cortijo era imposible sin la ayuda de una caballería. La jaca de Magdalena, desbocada por el puyazo, había desaparecido después de arrojarla a tierra.

Tenía razón Magdalena. Había que ir en busca de la barca. Y piadosamente recoger el cuerpo de Juan de Dios.

* * *

El cuchillo acerado del río cortaba la llanura. Maricruz recordó la tarde trágica cuando su padre desapareció en la jaca arrastrado por la co-

rriente impetuosa. Con la luz del alba iluminábase ahora la estepa marismeña. Medio sol en curva gallardísima alzábase sobre el horizonte. Era como una marca de fuego aplicada a la piel azul, tersa y suave del espacio. Hierro ardiente de la primavera avanzada, en el país meridional. Cantaban las alondras y, de vez en cuando, se oían bramidos lejanos, y por encima de la hoja gris del río, a gran altura, bandos de chorlitos reales y alguna que otra avutarda, cuervos y milanos.

Clavado el desaliento en el corazón como un estilete, Maricruz y Magdalena llegaron a la orilla del Guadalquivir. Las pupilas de Maricruz empañáronse de ternura y de consuelo. Había una barca grande amarrada a un picacho. Era necesario hablar con el barquero. Gritaron en súplica de auxilio. Nadie. El viento únicamente respondía a sus llamadas angustiosas. No podían seguir inactivas. Caso de no encontrar al dueño de la embarcación, tenían que decidirse por algo. Todo menos continuar allí, mirándose como locas, mientras el cadáver de Juan de Dios podía atraer a las aves carnívoras.

—Hay que trasladarlo a la barca, sea como sea, Maricrú.

No hablaron más. ¿Para qué? Se comprendían sin hablarse. A unos cien pasos de la orilla estaba el cuerpo de Juan de Dios. Animadas por una fuerza misteriosa, sin recelos, sin temores, como si de súbito el miedo se hubiese convertido en valor y la amargura en indiferencia, avanzaron ha-

cia aquel bulto inerte. Las dos mujeres parecían muñecos mecánicos. La emoción de aquel angustioso momento sólo se notaba en la palidez del rostro de Maricruz y en los surcos amoratados que bordeaban las pupilas de Magdalena.

En la mañana alegre, luminosa, llena de sol y del perfume penetrante de las hierbas, humedecidas aún por el rocío, aquel traslado trágico del cadáver tenía algo de rito salvaje y bárbaro. Magdalena, más atrevida, lo había cogido de los brazos; Maricruz, de los pies. Magdalena, encendida como el sol; Maricruz, blanca, muy blanca, como la luna de la marisma. Los cuernos de las vacas habían respetado el cuerpo de Juan de Dios. La muerte, sin duda, se la causó el magullamiento y la asfixia. En la garganta, un óvalo rojizo marcaba la huella de una pesuña asesina. Por los desgarrones de la chaquetilla y de la zamarra, veíase el pecho velludo, pero acardenalado y como hundido.

Ya estaban cerca de la orilla. Otro impulso y pronto llegaron al lado de la embarcación que se movía ahora con más fuerza, como si intentara soltarse del picacho.

—Es la marea que sube—dijo Maricruz—. Nos favorese. Así yegaremos más pronto a La Puebla.

Sombría, Magdalena, no contestó.

Con mucho cuidado dejaron el cuerpo de Juan de Dios en la estrecha faja de arena que simulaba una playita. Y de nuevo llamaron al barquero

invisible y misterioso. El mismo resultado. ¡Nadie, nadie respondía!

Maricruz saltó decidida dentro de la barca.

—¿Qué hases?

—Ver si poemas nosotras solas yevá a Juan de Dió con la ayúa de la subía de la marea.

—¿Están los remos ahí?

—No. Pero tenemos la caña del timón pa dirigí la barca y una sog a gruesa y muy larga que nos pué serví pa sirgá.

—¿Sirgando vamos a yegá jasta La Puebla, Maricrú?

—Jasta er fin der mundo yego yo por sarvá er cuerpo de mi Juan de Dió. Aunque dejara mi carne a peasos en las estacas de la ribera. Ayúame, yo sirgaré desde la oriya.

—Partiremos er trabajo, Maricrú. Cuando tú te canses yo sirgaré también.

Sobre el panel de la barca colocaron el cuerpo de Juan de Dios. La sog a quedó fuertemente atada a la proa de la embarcación, mientras Magdalena, recogida en el banquillo de popa, empuñaba la caña del gobernalle.

—Mientras yo tiro de la sog a, desata tú la barca del picacho, Magdalena.

Así lo hicieron. Pronto la ligera embarcación comenzó a alejarse de aquella especie de atracadero primitivo. La subida de la marea empujábala hacia adentro, en sentido contrario a la desembocadura del Guadalquivir. Maricruz, salvando todos los obstáculos de la orilla, tiraba ardorosa-

mente de la barca donde iba el cadáver de Juan de Dios, y Magdalena de trágico timonel.

Marchaban, sí, marchaban; pero ¿a qué costa? El cuerpo, doblado en arco, la cabeza baja con los cabellos enmarañados y flotantes, los brazos y las piernas con los músculos atirantados, como prontos a estallar, el rostro enrojecido y lleno de sudor, sirgaba Maricruz como una novilla a la que hubieran hecho tirar de un peso superior a sus fuerzas. De vez en cuando, la soga se escurría entre sus manos ya desolladas y cubiertas de sangre. Pero sin sentir dolor ni cansancio, una fuerza misteriosa hacía avanzar, avanzar. De su juboncillo abierto, un pecho henchido y blanco se había escapado y la luz del sol se dormía en él, llenándolo de transparencias divinas. ¡Tan púdica, tan casta, tan pura era aquella desnudez mística de renunciación y de tragedia!

Arfando de proa, seguía el avance la barca.

—¡Aguarda, Maricrú, yo sirgaré ahora!

En un recodito del río, se detuvo el ataúd flotante. Nadie en torno; ni una lancha, ni una embarcación pesquera. Soledad y silencio de río africano. Ni un toro, ni una vaca, ni un novillo, ni una becerra en las márgenes. El mundo parecía deshabitado, porque el mundo para Maricruz y Magdalena era Juan de Dios y Juan de Dios había muerto.

Más fuerte que Maricruz, Magdalena sirgaba con bríos, y para impulsar mejor a la barca se había atado la soga a la cintura. Así, los brazos

libres podía extenderlos en el aire, unas veces, como alas; otras, cruzándolos sobre el pecho, como si intentara apagar para siempre los latidos de su corazón.

Maricruz daba la sensación de feminidad, de algo muy frágil y muy bello, que, de un momento a otro, podría romperse; Magdalena, en cambio, causaba otro efecto. El rostro moreno, el cuerpo elástico y los ojos animados por un intensísimo fuego interior, imprimían a la silueta vista a contraluz en la marisma ribereña, exóticos delineamientos. Tirando de la barca desde la ribera, con el rostro sudoroso y con los músculos de todo su cuerpo en tensión, parecía una recia y sufrida sirgadora del Volga, de ese río lejano y misterioso de la Rusia enigmática, con su profunda poesía y su cruel y descarnado realismo.

* * *

Daban ya vista a La Puebla. En el fondo del paisaje bravío, sobre el verdor de los campos, relucían de blancura las casitas. ¡Al fin, al fin! Sirgaba ahora, de nuevo, Maricruz, y Magdalena, dentro de aquel nicho flotante, había izado en el palo de la vela su mantoncillo de crespón. Rara bandera negra de largos y sedosos flecos que anunciaba, al flotar en el aire soleado de la mañana luminosa, lo que la barca conducía. Hasta aquel instante, Magdalena había sido la que animara a Maricruz; pero al contemplar de nuevo a Juan

de Dios, una angustia terrible le subió del corazón al cerebro, enloqueciéndola de pronto. ¡No, no podía más; aquel sufrimiento era superior a sus fuerzas! Sin Juan de Dios, ¿para qué vivir? ¿Qué haría? ¿Marchar a Sevilla? ¿Tornar a la dehesa? ¡Pero si el recuerdo de la terrible noche no se borraría nunca, si continuaba allí en su cerebro y en su corazón, como un puñal, como un ascua!

Miró a Juan de Dios. Parecía dormir, pues las pupilas se las había cerrado piadosamente Maricruz al trasladarlo a la navecilla. En la cintura conservaba la honda, aquella honda que Magdalena le regalara cuando inició su vida de vaquero en La Albina. La honda, con su latiguito de finos juncos y sus cueros de colores. Se inclinó sobre el panel y con cuidado deshizo el nudo. Poco a poco, como una maléfica serpiente, se desenrolló. Y vió entonces que aquellos corazones recortados por ella, no se distinguían bien. Una mancha de sangre, tal vez sangre de Juan de Dios, seca ya, al extenderse por el cuero, los había convertido en uno, misteriosamente. Esto acabó de enloquecerla. No lo pensó más. Fué una idea súbita, un impulso invencible. Por una punta amarró la honda a uno de los travesaños de la embarcación y con la otra hizo un nudo corredizo que se pasó por el cuello. Y serena, sin proferir un grito, con una calma que daba espanto, se dejó caer de bruces con todo el peso de su cuerpo, sobre el cadáver de Juan de Dios.

La fúnebre bandera, aquel mantoncillo de flecos largos y sedosos, como un ave maléfica, aleteaba en el aire. Maricruz, desde tierra seguía tirando de la barca convertida ya en sepultura de Magdalena y de Juan de Dios. Falta de gobierno, pesaba cada vez más; pero ella, con las manos ensangrentadas, el pelo revuelto y las piernas cruzadas de arañosos, continuaba ajena a la nueva tragedia, hacia el fin de su martirio, sirgando siempre, muda, ciega, sin una queja, sin una imprecación, como si Maricruz simbolizara la angustia perenne y el trágico silencio de la estepa andaluza.

F I N

INDICE

	<u>Págs.</u>
Una noche de diciembre en la marisma.....	9
PRIMERA PARTE.....	25
SEGUNDA PARTE.....	103
TERCERA PARTE.....	207

